

AM/2105

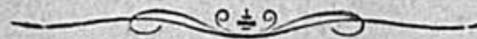
ANTONIO DE LEYVA

MEMORIA BIOGRÁFICA

POR

ANTONIO SUÁREZ INCLÁN

Premiada en los Juegos Florales celebrados en Logroño en 24 de Mayo de 1885.



MADRID

Establecimiento tip. de EL CORREO, á cargo de F. Fernández

8 CALLE DE SAN GREGORIO 8

1886

ANTONIO SUAREZ INCIAN
ANTONIO DE LEYVA

Ref. n° 846

92 LEYVA

62

ANTONIO

ANTONIO DE LEYVA

ANTONIO DE LEYVA

MEMORIA BIOGRÁFICA

POR

ANTONIO SUÁREZ INCLÁN

Premiada en los Juegos Florales celebrados en Logroño en 24 de Mayo de 1885.

DIPUTACION LOGROÑO



ARCHIVO-BIBLIOTECA



MADRID

Establecimiento tip. de EL CORREO, á cargo de F. Fernández
8 CALLE DE SAN GREGORIO 8

1886

R. 846



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

Lib. de la U. de P. Esp. de M.
7-4-1913 = 2 m.

ANTONIO DE LEYVA

MEMORIA BIOGRAFICA

INTRODUCCION

PORTADA

ANTONIO SUAREZ INCLAN

Presentada en los Juegos Florales celebrados en Logroño en 24 de Mayo de 1886.

DIPUTACION LOGROÑO



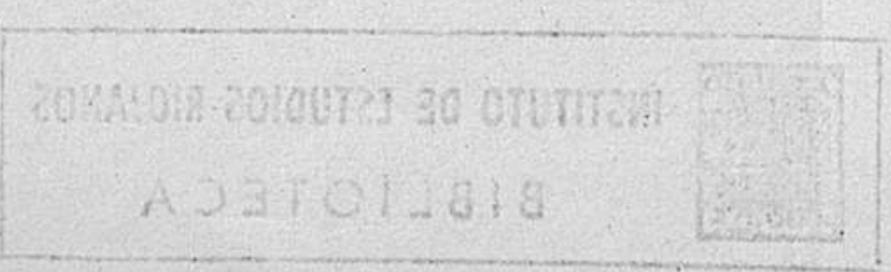
ARCHIVO-BIBLIOTECA



MADRID

Establecimiento tip. de Mr. Gorrion, a cargo de P. Fernandez
8 CALLE DE SAN GREGORIO 8

1886



INTRODUCCIÓN

Memorables por los sucesos que en ellos se realizaron, notables por las controversias que suscitaron y aún suscitan en el mundo, son los reinados de los Monarcas Católicos, de Carlos I y Felipe II. Dotó la Providencia á España en el famoso siglo xvi, á la vez que de pensadores profundos y estadistas insignes, de generales expertos y soldados aguerridos, que llevaron con su presencia el terror y la admiración á todas partes, haciendo tremolar nuestras banderas lo mismo en las calurosas costas de África, que en las frías regiones de Flandes, ya en las orillas del Danubio, ya en países ultra los mares, ganados á la causa de la fe para gloria mayor de la nación hispana.

Trabajando los Reyes Católicos con animoso esfuerzo para lograr la unidad nacional, acaban, con la toma de Granada, la obra gloriosa de la Reconquista, inaugurada por los indomables astures al mando de Pelayo, en las ásperas y escondidas montañas de Covadonga; y persistiendo en tan bello propósito, aprovecha hábilmente Fernando la invasión que hace el francés con la ayuda del rey de Navarra, para unir en breve plazo á su corona aquel pedazo de territorio peninsular sujeto á dominación extraña.

Alcanzaba entonces la política española más dilatados horizontes, é inspirándose en grandes y magníficos ideales, mientras en el interior se enaltece y progresa nuestra patria, descubre el intrépido Colón un nuevo mundo atravesando los mares con insólita audacia; y cuando muerta la Reina Isabel interviene Don Fernando en los asuntos de Italia, las querellas con el de Francia dan motivo á sangrienta lucha, donde aparece la excelsa figura de Gonzalo de Córdova, que con menores fuerzas, pero mayor destreza, vence á sus adversarios en repetidos encuentros, siendo las batallas de Cerinola y Garellano brillante muestra de las dotes incomparables del famoso caudillo, cuyo nombre lucirá siempre con fulgente esplendor, en el cielo hermoso de nuestras glorias militares.

Al sagaz Monarca aragonés, sucede en el trono aquel joven Príncipe nacido en extranjero suelo, bajo cuyo cetro consigue España el lugar más eminente que hasta entonces ocupara en el mundo. Viene á Castilla Carlos de Gante en edad temprana, y como poco versado en el despacho de los negocios y desconocedor del carácter español, ocasiona con sus primeros actos el disgusto de sus súbditos, que pronto se manifiesta en pública y altiva forma. Concítase el odio popular contra los personajes flamencos que Carlos elevara á los más altos cargos del gobierno, y cuando poco después reclama el Soberano cuantiosos subsidios para ceñirse en Aquisgrán la corona del Imperio, que la Dieta de Francfort acababa de adjudicarle, crece el descontento, se exaltan las pasiones, llega la exasperación á su colmo, y tiñéndose los campos de Villalar con sangre generosa, perecen en rota inolvidable las libertades castellanas.

Á su regreso de Alemania, pronto demuestra el Emperador que su inteligencia ha adquirido pleno desarrollo y que, elevándose sobre el general nivel, posee en su persona cualidades insignes para figurar en distinguido lugar entre los Soberanos de aquel tiempo, con ser

ellos tan justamente celebrados como los que entonces gobernaban los Estados de Europa. Grande por sus pensamientos y acciones, dotado de actividad incomparable, ilustre como general y experto como político, hace sentir su influencia sobre cuantos asuntos se ventilan en el mundo en aquel siglo de metamorfosis y controversia. Tenía, á la verdad, competidores dignos de su talento y de su fama, y bien fueron necesarias las condiciones excepcionales del egregio Carlos para que, en medio de las complicaciones que entonces agitaban hondamente la Europa y el universo entero, salieran siempre á salvo la dignidad y grandeza del nombre español.

Apenas había ocupado el solio Carlos I, cuando se avivaron las querellas entre franceses y españoles. Aveníanse mal los primeros con los quebrantos que sufrieran en tiempo de Fernando el Católico, y poco pacientes ó muy prevenidos, no tardaron en invadir el territorio navarro, con ánimo de vengar la afrenta que allí experimentarían; mas no les valió su intento, pues acudiendo los españoles con solícito afán, obligaron al francés á retirarse con grave daño, haciéndole renunciar á sus proyectos de conquista.

Gobernaba en aquel tiempo la Francia un Monarca audaz y de ambiciosos designios, y además poseía Francisco I notables prendas de carácter, que hubieran elevado su patria al primer puesto en el mundo, si no tuviese rival tan conspicuo como Carlos de Austria. Competidores perseverantes los dos Monarcas, lucharon con tenacidad indecible por conseguir el dominio de Europa, sin que al cabo obtuviese ninguno de ellos la realización de sus vastos pensamientos: bien es verdad que distrajeron al Soberano de España asuntos tan diversos y cuestiones de tal modo complicadas y difíciles, que era de todo punto imposible que una sola inteligencia pudiese dirigirlos y una sola voluntad lograrse dominarlos.

Pretensiones no bien fundadas del Rey de Francia, diéronle mo-

tivo para encender la guerra en el Norte de Italia. Tenía allí el Emperador sus mejores tropas, acaudilladas por ilustres Capitanes, que acudieron presurosos al encuentro del adversario; trabóse luego la decisiva batalla de Bicoca, y alcanzando el triunfo los de España, repasaron los franceses la frontera vencidos y maltrechos.

No desmayó por esto Francisco; antes, adquiriendo en la desgracia mayores bríos, levantó numeroso ejército, pretendiendo modificar la suerte de las armas; mas fué vano su empeño, porque tras breve incursión en Italia, viéronse los franceses en el trance de retroceder á su país, seguidos de cerca por las tropas imperiales, que asentaron su campo en torno de Marsella.

Los repetidos contratiempos, impulsan al Monarca francés á hacer un supremo esfuerzo para obtener ruidoso desquite; alista á toda prisa un bien pertrechado ejército que dirige en persona, decidido á terminar la lucha con un golpe audaz y decisivo, que le haga dueño de Lombardía. Ante la violencia del huracán, repliéganse á Lodi los generales de Carlos V, y viene á chocar el ímpetu del invasor contra los muros de Pavía. Por dicha gobierna la plaza expertísimo Capitán, cuyo esforzado ánimo no vacila ante el número del agresor ni cede ante la furia del adversario: el inteligente Leyva desbarata las acometidas y maquinaciones del enemigo, é intrépido y sagaz, igual pelea con enérgica bizarría, manteniendo siempre la alarma en el campo francés, que descubre y aniquila los insidiosos manejos que se fraguan contra la tranquilidad interior de la plaza. Aquella admirable defensa, que siempre podrá citarse como acabado modelo de pericia y decisión, quebranta las tropas de Francisco, y cuando rechazadas las del Emperador acuden en socorro de los sitiados, dase la memorable batalla de Pavía, tan gloriosa para España, que su recuerdo vivirá perdurablemente, como perdurablemente ha de vivir en

el mundo la nación que se inspire en los hechos sublimes de aquellos guerreros incomparables.

Prisionero el Monarca francés de su odiado competidor, no tarda en recobrar la libertad, que el César le concede, merced á las estipulaciones que entrambos concertaran: mas el Rey Francisco, no bien llega á su patria, falta á la empeñada palabra, y aliándose á otros Príncipes que soportaban con envidia y disgusto la grandeza de Carlos V, de nuevo promueve encarnizada guerra, que ensangrienta toda Italia. Invade Borbón los Estados Pontificios con impetuosa decisión, y llegando ante los muros de la Ciudad Eterna, lanza sus tropas al asalto, en el que pierde la vida, desbordándose la desenfrenada soldadesca por las calles de la población que fué señora del mundo. Aquellos guerreros, que á la embriaguez del triunfo unen la cólera de la venganza, se entregan á los vituperables excesos de tremendo y duro saco, y rotas las riendas de la disciplina, es Roma teatro de escenas desoladoras, si explicables en aquella edad, dignas de acerba censura cuando se las examina desde la época actual, más humanitaria y templada, aun en sus procedimientos de violencia.

De nuevo penetraron los franceses en Italia; pero después de llegar en su camino á Nápoles, sufrieron grandes reveses, que les obligaron á regresar á su patria, en tanto que en Lombardia combatían los imperiales con suma destreza y valor, venciendo á los enemigos en apretada y ruda lucha.

Cuestiones de importancia extraordinaria distraían la atención del Emperador en este tiempo. Los progresos de la Reforma, que amenazaba trastornar el mundo, hondamente preocupaban á Carlos, quien para contener su marcha devastadora, realizó esfuerzos de todo género, que al cabo libraron á España y gran parte de Europa del contagio de las nuevas ideas. Y cual si esto no bastase, los secuaces de Mahoma, aumentando su poderío, amenazaban la Cristiandad entera: sa-

lió á su encuentro el César, y en Viena primero, y después en Túnez y la Goleta, abatió la enseña del islamismo, venciendo en Solimán y Barbarroja á los más diestros y audaces representantes de la causa musulímica.

Hallábase entonces nuestra patria en un período de material grandeza, cual jamás había alcanzado. Al tiempo que nuestros soldados deslumbraban á Europa con el brillo de su fama, atravesaba Cortés el golfo mejicano, y con un puñado de heróicos españoles realizaba la empresa más atrevida de que hay memoria. Ante el talento admirable del célebre extremeño, derrúmbase gigantesco imperio y se ensanchan considerablemente las posesiones de Carlos I. Sigue Pizarro las huellas de Cortés; con igual bravura y resolución lleva á efecto magníficas proezas, y así, á la par que gana España inmensos territorios, millones de seres adoran desde entonces al Supremo Hacedor, penetrando la luz del Cristianismo en sus corazones idólatras.

Y eran tanto más notables y dignos de loa los triunfos conseguidos por el ilustre Emperador, cuanto que, lejos de hallar ayuda para sus empresas, suscitábanle los Príncipes cristianos toda especie de dificultades, y ni aun la Sede pontificia le prestaba las más veces auxilio alguno. Mientras árduos y pavorosos problemas conmovían la sociedad en sus cimientos, utilizaba el rey de Francia la ausencia de su rival, ocupado en combatir los enemigos de la fe, y promovía en Italia nuevas luchas. Por fortuna, mandaba en el Milanesado Antonio de Leyva, que con su reconocida pericia logró detener la invasión, en tanto que llegaba Carlos con sus tropas victoriosas del musulmán. Ansiando castigar á su enemigo, penetró el César en el territorio francés; mas cansándose la fortuna de servirle, fué esta vez desgraciado, y vióse en la precisión de retirarse á Italia. Este y otros reveses que más tarde sufrieron sus armas, junto con la prematura declinación de su cuerpo, agobiado con el peso de las abrumadoras cargas que agi-

taban su espíritu, fueron poco á poco impresionando el ánimo del excelso Monarca, impulsándole al fin á dejar en manos de su hijo el centro con que intimidara un día á los poderes todos de la tierra. Retirado en solitario monasterio, donde no se desmintió por un momento la actividad de su inteligencia y las inclinaciones de su carácter magnánimo, desapareció allí para siempre aquella brillantísima figura, que llena majestuosa uno de los períodos más salientes de la historia del mundo.

Y ¿cómo no calificarlo así, cuando fueron tantos y tan notables los sucesos que en él acaecieron, tantos y tan distinguidos los personajes que en él rivalizaron? Refriéndonos á nuestra España, vémosla ocupar el primer puesto entre las naciones del globo; su nombre es temido y envidiado en todas partes, y á la vez que sus naves surcan los mares con temeraria audacia, sus armas recorren victoriosas una y otra comarca, venciendo á toda suerte de enemigos. Aquellos soldados admirables, descendientes de los que acaudillara el insigne Gonzalo de Córdova, realizan épicas proezas, mostrando el esfuerzo invencible de su brazo, y en la perpétua guerra que sostienen, surgen maestros mil en el arte de batallar, apareciendo la pléyade de famosos guerreros que se llaman: Colona, Moncada, Pescara, Lanóy, Vasto, Cortés, Pizarro, Alarcón, Borbón, Doria, Alba, Bazán, Frunberg, Urbina y el no bien celebrado Antonio de Leyva, notable por su perspicacia, valor y prudencia.

A relatar sus hechos se refiere este trabajo, tan pobre y humilde de suyo, como es importante y grande la figura que vamos á presentar. Abrillantén nuestra labor las acciones del héroe y aparezca él dignificado y enaltecido, cual lo merecen la excelsitud de su inteligencia y el duro temple de su alma.

I

Genealogía de Antonio de Leyva: sus primeros actos.

¿Quién no conoce los méritos del inteligente defensor de Pavía?
¿Quién no ha oído nombrar aquel famosísimo General que consiguió una serie de brillantes triunfos sobre sus enemigos? Nacido en la villa de Leyva (1), próxima á Santo Domingo de la Calzada (Rioja), corriendo el año 1480, llegó á obtener por justa recompensa á sus preclaros servicios los títulos de Príncipe de Ásculi, Marqués de Atela, Conde de Monza (2), señor de las villas de la Briola, Santofel y Villamaina, caballero de la orden de Santiago, Comendador de Yeste, Consejero de Estado y de Guerra, Lugarteniente del César en Italia, Go-

(1) No son de este parecer: Paulo Jovio en sus *Elogios de varones ilustres*. Granada, Hugo de Mena, 1668, desde el folio 179 al 181. Diaz, *Sitio y batalla de Pava*. Barcelona, 1883. Nuestro héroe era de Leyva, según se ve por su apellido, y en esta villa residieron sus antepasados. Así lo afirman: Gobantes, en su *Diccionario geográfico é histórico de Logroño*. Madrid, 1846; López de Haro, en el *Nobiliario genealógico*. Madrid, 1622, parte segunda; Vilar y Pascual, *Diccionario histórico, genealógico y heráldico*. Madrid, Sánchez, 1859, tomo V; *Los retratos de varones ilustres españoles*, publicados por la Calcografía Nacional; y el *Diccionario histórico ó Biografía universal*, Barcelona, 1832, tomo VIII.

(2) Brantome, *Vies des hommes ilustres*, tomo I de sus obras, añade á estos títulos el de Duque de Terranova; pero éste fué concedido al Gran Capitán por los Reyes Católicos.

bernador de Milán y Generalísimo de la Santa Liga celebrada en Bolonia en 1533, aumentando así el lustre de su estirpe, que era ya distinguida, y muy noble, aunque muchos notables escritores sustentan la contraria opinión, que fácil nos será refutar exponiendo una breve noticia de sus antecesores (1).

Hacen algunos descender la familia de Leyva de los Condes de la Rioja y Fernán González, y otros de los señores de Vizcaya: sin medios ni datos suficientes para aclarar este punto, comenzaremos esta genealogía en el momento en que se disipan las dudas y aparecen las noticias históricas.

Vivió Sancho Martínez de Leyva á fines del siglo XII, y heredóle Martín Martínez de Leyva. Fueron hijos de éste Sancho Martínez de Leyva, Juan Martínez de Leyva y Martín Martínez de Leyva, que, como su padre, sirvieron á Don Sancho VII de Navarra.

Don Sancho Martínez de Leyva, primogénito de los referidos, dejó por sucesor á Garci Manrique de Leyva, que se encontró en las guerras de Sancho VII de Navarra. Martín Ruiz de Leyva (2), su hijo, sirvió á Don Alfonso *el Sabio* y fué Embajador en Granada. Le sucedió D. Sancho Martínez de Leyva, rico-home y Adelantado mayor de Castilla, del cual fué hijo D. Juan Martínez de Leyva, mandado asesinar por D. Juan Manuel en la minoría de Alfonso XI, y que habiéndose casado con una señora de la casa de Avellaneda, hubo de su matrimonio á D. Juan Martínez de Leyva y á D. Sancho Martínez de Leyva.

(1) Afirman que era Leyva de familia oscura: Guichardini, *Historia de Italia*, traducida del italiano por Betisana. Madrid, A. Román, 1683; Larouse, *Dictionnaire universelle du XIX siecle*, tomo X; Moreno, *Consideraciones sobre el arte militar en el siglo XVI y sobre la batalla de Pavia*, publicadas en la *Asamblea del Ejército y Armada*, segunda época, tomos VI y VII, 1864. La opinión que sustentamos la siguen Vilar y Pascual, López de Haro, *Historia de la casa de Leyva, y especialmente la del Sr Antonio*. MS., B. Nacional, P. 39; Brantome, el *Diccionario histórico* y los *Retratos de españoles ilustres*. Clonard dice que era hijo de un zapatero, y en otra parte de su *Historia de las armas* rechaza este parecer.

(2) En éste empieza la genealogía Vilar y Pascual; lo anterior lo extractamos de la historia de la casa de Leyva, que estando en lo demás conforme con éste y López de Haro, la consideramos veraz.

El primero fué señor de la casa y mayorazgo, Adelantado mayor de Castilla, Prestamero mayor de Vizcaya, del Consejo de Alfonso XI y uno de los caballeros que más se distinguieron en este reinado. Embajador cerca de Benedicto XII, de donde volvió con el pendón de la Cruzada contra los moros, á causa de las acusaciones de sus émulos, se retiró, volviendo á tomar parte en la toma de Algeciras. Casó tres veces.

Su hermano Sancho (1) llamado *Brazos de hierro*, se encontró en la batalla del Salado, en la defensa de Tarifa y tomas de Gibraltar y Algeciras; pasó por Embajador á Inglaterra, y ayudó al Rey Eduardo III en todas sus guerras, principalmente en la batalla de Poitiers, donde ejerció el cargo de Capitán general, derrotando completamente á los franceses. Agradecido el Rey, le dió en matrimonio á su hija natural, Isabel de Bretaña. Este enlace facilitó á los Leyvas el uso de las armas reales de Inglaterra. Su hijo, Juan Martínez de Leyva, murió siendo Capitán general de la frontera de Santaren.

Sucedió al Adelantado Juan su hija doña Juana Martínez de Leyva, que casó con D. Gómez García de Meneses, primogénito de esta casa, siendo hijo de esta unión y sucesor en el mayorazgo, don Juan Martínez de Leyva y Meneses, que tuvo, de su casamiento con doña María Díaz de Ceballos, á D. Sancho Martínez de Leyva y doña Juana García de Leyva, mujer de D. Diego López de Stúñiga, de quien descienden los Duques de Béjar.

Sancho, señor de la casa de Leyva, asistió á la tala de la vega de Granada bajo el mando de D. Fernando de Antequera. Casó con doña Leonor de Guevara, siendo sus hijos Ladrón de Leyva, Sancho Martínez de Leyva, Juan Martínez de Leyva y Luis González de Leyva.

Ladrón de Leyva, que era el primogénito, tomó por esposa á doña Inés de Herrera, y asistió á todas las guerras del reinado de Juan II y Enrique IV junto con sus hermanos. Fueron sus hijos Juan Martínez

(1) A éste, Haro y Pellicer le suponen hijo del Adelantado Juan, pero claramente se ve que era hermano, como dice el Sr. Vilar, pues si no él hubiera sido el poseedor de la villa y estados de Leyva.

de Leyva, Sancho Martínez de Leyva, Virrey de Galicia, y Beltrán de Leyva, Virrey de Canarias.

Juan Martínez de Leyva que sucedió en el mayorazgo, prestó servicios á Enrique IV y después á los Monarcas Católicos, siendo Capitán general en el Rosellón. Se unió en matrimonio con doña Constanza Hurtado de Mendoza, de la que hubo á Sancho Martínez de Leyva y Antonio de Leyva, el personaje cuyas hazañas nos proponemos relatar.

Casó éste con doña Castellana Villarragut, y fueron sus hijos: don Luis, que sucedió en la casa; doña Constanza, casada con el Duque de Alburquerque y doña Juana, esposa del Príncipe de Melfi. De doña Beatriz Galerana, señora milanese, tuvo á D. Diego, Capitán general (1).

Vió Leyva la luz del mundo en época de profunda metamorfosis: falseados los cimientos en que se apoyara por espacio de largos siglos el edificio social, buscaba el mundo nuevo asiento, y en el afán de obtener sólida base para sus instituciones futuras, sufrían las sociedades violentas conmociones. Más afortunada España que los demás países de Europa, pasó sin transición dolorosa ni brusca sacudida, de abyecto estado de rebajamiento en que se condensaran los vicios de una edad ya decrépita, á la situación próspera y bonancible que alcanzó á fines del siglo xv, debido al privilegiado talento y admirable previsión política que harán imperecederos en nuestra historia los nombres egrégios de los Reyes Católicos. Vislumbraron aquellos Monarcas insignes la época de transformación en que entraba el mundo, y lejos de oponer al ímpetu devastador poderoso dique, que á la postre aumenta la desolación y ruina, se propusieron con sutil ingenio encauzar la desbordada corriente. Sus acciones, su sabio gobierno, corresponden á tan altos designios; y así pudo nuestra patria saludar la aurora del Renacimiento sin sufrir esos estragos que de ordinario acompañan á las grandes evoluciones sociales.

Á la verdad, secundaron á los ilustres Monarcas en su empresa,

(1) No son menos célebres por sus heróicas acciones los descendientes de Sancho y Antonio de Leyva, pues siguieron ocupando los primeros puestos de la milicia y dando constantes pruebas de su pericia y valor.

preclaros personajes que brillaron en distintos ramos del saber; que siempre la Providencia distingue espléndidamente á la nación que por sus virtudes y méritos, se hace digna de merecer tan señalados favores.

Y más quizá que ningunos otros varones, sobresalieron entonces guerreros ilustres que marcaron al arte militar nuevos derroteros, señalando en la historia ese período de feliz regeneración que alcanza á todo el siglo XVI, y que sólo con un espíritu de apasionada injusticia puede negarse á España.

Realizada la conquista de Granada, aún pugnaron por conservar la religión de sus mayores los descendientes de la raza que por tanto tiempo dominó la Península. Entraba Leyva en la adolescencia cuando se hallaba bastante encarnizada la guerra en Nápoles, y marchando hacia este reino á la sazón que los moriscos se levantaban, regresó á tomar puesto de Teniente en la compañía de su padre, encontrándose en el apaciguamiento del Albáicin y toma de Huejar.

Ensalza su valor Zurita (1) en el sitio de Belesique, donde dice que los moros hacían frecuentes salidas de la plaza, validos del conocimiento del terreno y causando algún daño á los cristianos. En una de ellas embistieron con tal furia á los españoles, que produjeron «gran sobresalto; y si no fuera—prosigue el cronista—por Juan de Merlo, Bernal Francés y Antonio de Leyva, que ordenaron su gente con mucho ánimo y resistieron y rechazaron el ataque de los moros, hubieran los nuestros recibido grave daño» (2).

(1) *Anales de la Corona de Aragón*, tomo V y I de Don Fernando, libro IV fólío 201, columna 1.^a y 2.^a.

(2) Estudian esta rebelión de los moriscos Mendoza y Mármol Carvajal al comienzo de la *Rebelión de los moriscos en tiempo de Felipe II*, tomo XXI de la Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Rivadeneyra, 1852.

prelitos personajes que brillaron en distintos ramos del saber; que siempre la Providencia distingue espléndidamente a la nación por sus sus virtudes y méritos, se hace digna de merecer tan señaladas honras.

Y más poixá que ningunos otros varones sobresallieron entonces los guerreros ilustres que navegaron al arte militar nuevas derrotas, señalando en la historia ese período de feliz regeneración que alcaza a todo el siglo XVII, y que sólo con un espíritu de esparcimiento injusticia puede negarse a España.

Realizada la conquista de Granada, aún permaneció por conservar la religión de sus mayores los descendientes de la raza que por tanto tiempo dominó la Península. Realizada la guerra en Nápoles, y cuando se hallaba bastante encaminada la guerra en Nápoles, marchando hacia este reino a la sazón que los moriscos se levantaban, regresó a tomar presto de Tenebrón en la compañía de su padre, encontrándose en el apogeo del Alcazar y toma de Murcia, y al volver a España, en el sitio de Balaia, donde dice que los moros habían trepado salidas de la plaza, validos del conato del terreno y causando algún daño a los cristianos. En uno de ellas embistieron con el turco a los españoles, que produjeron gran sobresalto; y si no fuera por el cronista—por Juan de Merlo, Manuel Franes y Antonio de Leyva, que ordenaron su gente con mucho ánimo y resolución y rechazaron el ataque de los moros, hubieran los nuestros recibido grave daño (2).

(1) Anales de la Corona de Aragón, tomo 7, y 1 de Don Fernando, libro IX folio 201.
columna 1.ª y 2.ª

(2) Estudian esta rebelión de los moriscos Menchaz y Manuel Garvjal al comienzo de la Rebelión de los moriscos en tiempo de Felipe II, tomo XXI de la Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Rivadeneyra, 1852.

II

Empresas del reino de Nápoles en que se encuentra Antonio de Leyva: batalla de Seminara.

Conquistado el reino de Nápoles por Alfonso V de Aragón, heredó en el trono al magnánimo Soberano su hijo Don Fernando, siguiendo esta rama de la dinastía aragonesa en pacífica posesión del reino hasta los últimos años del siglo xv, en que tuvo efecto la expedición de Carlos VIII de Francia. Abrumado Alfonso II por la superioridad del enemigo, tuvo que retirarse á Sicilia, y viérase muy luégo despojado del trono si el Soberano de Castilla y Aragón no acudiera pronto en su socorro. Con un puñado de valerosos guerreros vence el insigne Gonzalo de Córdoba á las tropas francesas, y haciéndoles abandonar aquel país, que con tanto orgullo habían señoreado, reduce en breve toda la comarca, restableciendo en la soberanía á Don Fernando, hijo de Don Alfonso.

Luis XII, Rey de Francia por muerte de Carlos, reúne un bien equipado ejército, con el cual marcha hacia Nápoles resuelto á hacerse dueño de su hermoso territorio. Don Fadrique, que allí reina, viendo que los Príncipes de Italia protegen al francés y que Don Fernando ha ajustado con él paces; encontrándose sin ayuda extraña, falta de las dotes de guerrero y con un corto número de tropas á su servicio, decide llamar en su auxilio al turco, con escasez de prudencia ó sobra de apasionamiento. Resolución para él funesta, porque

además de no evitar así su ruina, se hizo objeto de invectivas furiosas por parte de sus contemporáneos, y dió ocasión á que los Monarcas francés y español, aprovechasen hábilmente esta coyuntura favorable para dividir entre sí el floreciente reino de Nápoles.

Mas como suele ocurrir en casos semejantes, tratándose de rivales poderosos, poco duró el amigable concierto.

Había quedado algo confuso el tratado de partición respecto á algunos puntos, y alegando ambas partes sus derechos, en vano procuraron una avenencia Gonzalo de Córdoba y Nemours; ni uno ni otro Soberano cedían fácilmente de sus pretensiones, y así no pudo venirse á un acuerdo.

Fueron, en verdad, los franceses los que más exigentes se mostraron, porque Fernando el Católico propuso términos de concordia que Luis XII no aceptó, creyendo empresa fácil conquistar para sí todo el país.

Rompieron los franceses las hostilidades, y careciendo de tropas para oponérseles, retiróse el Gran Capitán á Barletta. Tomó Nemours á Canosa, donde estaba Navarro (que le entregó la plaza, saliendo con un puñado de hombres honrosamente por entre las filas enemigas), y se dirigió después á Barletta, cuyo famoso sitio no relatamos, por no importar á nuestro propósito. Aubigni, el segundo en el mando, aunque muy superior á Nemours en talentos militares, marchó contra Calabria, donde penetrara con buena fortuna D. Hugo de Cardona, que había logrado juntar 3.000 infantes y 300 caballos (1).

Sabiendo Fernando el Católico la exigüidad de sus tropas y el apurado trance en que se hallaban, envió á Italia en quince naves á Manuel de Benavides con 300 caballos, 300 hombres de armas y 2.000 infantes (2), entre los que iba Antonio de Leyva por Teniente de la compañía de Sancho Martínez de Leyva, su tío; desembarcó la expedición en Mesina el 18 de Octubre de 1502, y uniéndose con D. Hugo en San Jorge el 25, fueron los de España apoderándose de varios lu-

(1) Bernáldez dice que eran 1.000. Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXX.— Madrid, Rivadeneyra, 1878.

(2) Según Bernáldez, 500.

gares. Hallábanse en Terranova cuando tuvieron noticia de que venía contra ellos Aubigni, á quien se habían incorporado tropas de los Príncipes de Palermo y Bisiñano. Reuniéndose en consejo los jefes españoles, acordaron salir de la población, que estaba muy mal fortificada y poco provista de víveres, y atravesar la sierra para dirigirse al Apenino. Caminando iban en esta dirección, cuando los alcanzó Aubigni, obligándoles á reñir combate. Mandaban el ala derecha de las tropas francesas los Príncipes de Palermo y Bisiñano; la izquierda, en que iban los caballos ligeros, estaba bajo las órdenes de Gregni, valeroso caudillo; el cuerpo de batalla, que era mandado por el mismo Aubigni, se componía de un fuerte escuadrón de hombres de armas apellidados «invencibles.» Al lado de Gregni iba Malherba, con los esgüizaros muy cerrados y los gascones muy abiertos, para que pudieran disparar sus flechas cómodamente (1). Los españoles, al recibir el ataque, hicieron en general poca resistencia; sólo les hizo rostro Antonio de Leyva con sus soldados, y en uno de los encuentros dejó casi rota la caballería de Gregni y muerto su jefe. Con escasa gente se sostuvo el español largo tiempo contra las acometidas de todo el ejército contrario; mas abandonado del resto de los suyos y considerando tal vez imprudente exponer sus tropas, tuvo que abandonar el campo á los de Aubigni (2), que si bien alcanzaron el triunfo material, fueron moralmente vencidos por aquel corto número de fuerzas (3). Perecieron de los franceses más de 40 hombres, y de los españoles quedaron 30 prisioneros, los más de la compañía de Antonio de Leyva. Después del combate, retiráronse D. Hugo de Cardona y Antonio de Leyva á Castelbetro, y Benavides y Alarcón á

(1) Paulo Jovio, *His'oria de su tiempo*, traducida al castellano por Baeza, primera parte.

(2) Mariana, *Historia de España*, tomo III, y Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1610, tomos V y VI, ensalzan la conducta de Leyva en esta ocasión.

(3) Paulo Jovio, en sus *E'ogios de var'ones i'ustres*, afirma ser este el primer combate en que se halló Leyva. Esto se desvirtúa leyendo el primer capítulo de esta Memoria.

Giraci (1), por ser muy inferiores en número á los de Aubigni. Dióse esta batalla el segundo día de Navidad.

Quedó sumisa la mayor parte de Calabria á los franceses, que ocuparon los principales lugares. Esperaban los españoles nuevo socorro; y en breve llegó á Italia D. Luis de Portocarrero, cuñado del Gran Capitán, conduciendo bajo sus órdenes á Fernando de Andrada con 6.000 hombres que había reclutado en Galicia, Astúrias, Vizcaya y Navarra, y Alonso de Carvajal con 600 caballos (2). Al poco tiempo de llegar á Nápoles, murió Portocarrero y le reemplazó en el mando Andrada (3).

Sitiaba Aubigni á Terranova que se defendía con mucho esfuerzo, y acudió en socorro de la plaza la gente pocos días antes llegada de España, á la que se unieron, entre otros, Antonio de Leyva y Juan de Cardona en Melicota (4) con 200 jinetes y 300 infantes. Con deseo de pelear se aproximó Aubigni al campo de los españoles, que estaban en Seminara, tratando de obligarlos á empeñar combate. Sacaron Andrada y D. Hugo juntos con los demás capitanes hasta 800 caballos ligeros y cerca de 4.000 peones. Aubigni, no obstante tener un ejército superior al de sus enemigos, compuesto de 300 hombres de armas, 600 caballos ligeros y 4.500 infantes, de ellos 1.500 escogidos, se replegó á Gioya. Adelantáronse entonces á su encuentro los españoles, y por fin, el día 25 de Abril de 1503 (5) salió el jefe francés con los suyos decidido á empeñar batalla. Ordenaron los nuestros prontamente sus tropas de esta manera: en el ala izquierda, colocaron la mayor parte de los infantes con las compañías de caballos de Portocarrero, Ayala, Andrada y Avalos; en el centro, los hombres de

(1) Mariana, Zurita, Suárez de Alarcón. *Comentarios del Sr. Alarcón*, Madrid, Diaz de la Carrera, 1665.

(2) Zurita, en sus *Anales*, hace ascender á 15.000 los soldados de este ejército. Bernáldez dice lo componían 300 caballos, 300 hombres de armas y 2.500 infantes. Seguimos la opinión de Paulo Jovio.

(3) Este nombramiento fué hecho por el Virrey de Sicilia, causando disgusto á don Hugo, Carvajal y Benavides, por creer á Andrada poco experto en cosas de guerra.

(4) Zurita, *Anales de Aragón*, tomo V.

(5) Así lo dice Zurita. Bernáldez afirma fué el 22 y Mariana el 21.

armas al mando de Antonio de Leyva, D. Hugo y Alvarado; en el ala derecha, los caballos ligeros á las órdenes de Manuel de Benavides; un poco detrás iba Andrada con 100 hombres de armas y 500 infantes para acudir á donde fuere menester (1).

Por su parte, los franceses dispusieron sus fuerzas de este modo: iba la vanguardia al mando de Aubigni; el cuerpo de batalla y la retaguardia formada por los caballos ligeros, eran dirigidos por Alonso y Honorato Sanseverino; la infantería constituía un escuadrón de forma cuadrada, que llevaba Malherba, y tras él iba la artillería. Antes de comenzar la pelea, recordó Aubigni á los suyos el gran triunfo que habían alcanzado en el mismo lugar contra un Rey animoso y Capitanes muy célebres (2), haciéndoles ver, la facilidad de romper aquella cobarde gente (3), que no podía sostener el parangón con la más lucida, que él en otro tiempo derrotara. Acordaron los españoles pasar el río que les separaba del adversario, con objeto de elegir acomodado sitio donde no les diese en la cara el sol. Apenas realizaron este movimiento, cuando Aubigni atacó con su legión de escoceses el ala derecha que gobernaba Manuel de Benavides, creyendo que no podría resistir la furia de sus escogidos soldados; mas de poco les valió su intrepidez, porque acudiendo á punto Antonio de Leyva, don Hugo y Alvarado, cargaron valerosamente sobre el enemigo, quien no pudiendo resistir el arrojó de los nuestros, fué puesto en huida, viendo su general rotas las tropas, en que cifraba el buen resultado de la batalla. No más afortunados en otras partes de la línea, quedó destrozada la vanguardia francesa y casi totalmente deshecha la numerosa y bien reputada infantería. Fueron hechos prisioneros en el combate muy principales jefes, y no mucho después cayó también Aubigni en poder de los españoles, que se apoderaron además de 600 hombres, 800 caballos y abundante material de guerra, como tro-

(1) Según Zurita, iban todos los infantes en el ala izquierda. No se expresa así Paulo Jovio; y dice que la infantería iba detrás. Seguimos en este punto á Bernáldez.

(2) La batalla de Seminara, que ganó contra el Rey D. Fernando y el Gran Capitán dada contra el parecer de éste.

(3) Mariana, Zurita.

feo de la victoria. Fué esta batalla muy importante, pues por ella fué sometida la Calabria á D. Fernando el Católico, y vencido el más experto general de Luis XII.

Cobró con ella gran fama Antonio de Leyva por su brillante comportamiento y excelentes dotes militares (1).

Con el intento de modificar la faz de los sucesos, vino á Italia un nuevo ejército francés, dirigido por el Marqués de Mántua; acudió á oponérsele Gonzalo de Córdova, y en las márgenes del río Garellano, se realizaron aquellas célebres operaciones de guerra que elevaron la reputación del insigne General español y enaltecieron, al tiempo que su pericia, el sufrimiento y la abnegación de las tropas que mandaba. Distinguióse cual en anteriores combates Antonio de Leyva, á quien, por sus notables servicios y superior mérito, otorgóle el Gran Capitán algunos lugares en Calabria (2).

(1) *Comentarios del Sr. Alarcón*, por Suárez de Alarcón, pág. 113.

(2) Paulo Jovio, *Historia de su tiempo*, traducida por Baeza. Granada, Lebrija, 1566.

—Prescot: *Historia de los Reyes Católicos*. Madrid, Gaspar y Roig,—Zurita: *Anales de Aragón*.—Vilar y Pascual: *Diccionario histórico, genealógico y heráldico*. Estas tierras le fueron quitadas por dos veces, y vueltas á devolver por Fernando el Católico.

III

Participación de Leyva en las guerras ocasionadas por la Liga de Cambray: su conducta en la batalla de Rávena, y operaciones militares en que intervino hasta la muerte de Don Fernando el Católico.

Convenida entre los más poderosos monarcas de Europa la famosa liga de Cambray, dispuso el Rey Católico que el Duque de Termens organizara un pequeño ejército, con el cual había de unirse al del Emperador, para luchar contra los venecianos. Pronto el nombrado caudillo realizó el encargo que por su Soberano le fué cometido, juntando las compañías que estaban en mejor orden en el Reino de Nápoles, entre las que sobresalían, las de los Colonas, Alarcón y Antonio de Leyva, dirigidas por estos y otros valerosísimos capitanes (Mayo, 1516) (1).

Tuvo Leyva ocasión de señalarse en esta guerra, mostrando su intrepidez en la defensa de Verona que los venecianos asediaban, y acreditando las cualidades de su energía y personal esfuerzo en reducir á la obediencia la soldadesca alemana.

Lograron las tropas de Don Fernando el objeto que se proponían en favor de España; mas como no tardaran en promoverse desavenencias entre los coligados, y de otra parte, en el Veronés no se hacía efecto de importancia por el escaso ejército del Emperador,

(1) Zurita: *Anales de Aragón*.

mandó el Rey Católico al Duque de Termens que diese la vuelta al Reino de Nápoles, con lo que tal vez se proponía dar más calor á los preparativos para llevar la guerra al África.

Formada al poco tiempo la Liga Santa entre el Papa, Don Fernando el Católico y los venecianos, para combatir al francés y recuperar cierta parte de los Estados pontificios que estaban en poder del Duque de Ferrara, envió á Italia el Rey Católico un brillante contingente de tropas al mando del Conde Pedro Navarro, muy celebrado por las victorias que alcanzara en África contra los moros. Era Generalísimo de la Liga D. Ramón de Cardona, Virrey de Nápoles, el cual llevaba á su cargo inmediato la selecta caballería y hombres de armas, en que formaban guerreros tan distinguidos como el Marqués de Pescara, Antonio de Leyva, Fabricio Colona, el Conde Pópulo y Alonso de Carvajal. Iban estos Capitanes lujosamente aderezados, pero quizá aventajaba á todos Leyva, quien, al decir de un diligente historiador (1), á más de sobresalir por el brillo de su traje, llevaba para su persona cuatro caballos, cubierto uno con raso naranjado y raso blanco, ataviado otro con sobrevestas de rayón de brocado y damasco blanco, y guarnecido el más principal de sobrecubierta de brocado blanco y terciopelo carmesí, con dos barras atravesadas, puestas sobre raso blanco.

Tras movimientos de poca importancia, dirigióse el ejército á poner sitio á la ciudad de Bolonia, cuya posesión era la principal causa de la guerra; pero no tuvo buen éxito el ataque, porque no aprovecharon las minas, ni los repetidos asaltos dados con gran arrojó, logrando á más el francés meter dentro de la plaza gran golpe de gente (2), ya por la aspereza del tiempo, que era en lo más riguroso del invierno, ya por sobrado descuido ó confianza en los sitiadores. Causó el fracaso mayor admiración á todos (dice Zurita), porque los más principales del ejército de la liga hacían su oficio como bra-

(1) Vallés (el maestro Pedro). *Historia de Pescara, con los hechos memorables de Próspero Colona, Lanoy, Moncada, Borbón, Orange, Leyva y Guasto.*

(2) Da minuciosos detalles de esta expedición hasta la batalla de Rávena la *Relación de los sucesos de las armas españolas en Italia en 1511 y 1512. Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo LXXIX.

vos y valerosísimos capitanes, y especialmente el Marqués de la Padula, D. Juan de Cardona, Gaspar de Pomar, Antonio de Leyva y Alvarado. Atribuíase por esto, y quizá con motivo, el mal suceso al desacuerdo entre los jefes, que era bien notorio desde el comienzo de las operaciones.

Socorrida la plaza, se acercó el grueso del ejército francés á Bolognia, obligando á Cardona á levantar el sitio y retirarse. Siguió el Duque de Nemours adelante, animado por las ventajas adquiridas, y ansioso de gloria, llegó á la ciudad de Rávena, á la que puso cerco, defendiéndola con gran esfuerzo Marco Antonio Colona, hasta el punto de rechazar diversos ataques de sus enemigos. Conociendo Cardona y Navarro el gran apuro de la ciudad, levantaron su campo y se dirigieron al encuentro de los franceses, decididos á dar batalla, no obstante ser inferior el número de sus tropas y desobedecer las órdenes de Fernando el Católico.

Aconsejaban Fabricio Colona, Leyva y otros no empeñar batalla, por ser mucho mayor el ejército contrario. Opúsose á tan sano parecer el Conde Navarro, que era hombre tan terco y apegado á sus opiniones como enemigo del ajeno consejo, aunque fuese más acertado y seguro: oyólo en este caso con buen agrado el Virrey, y resolvió atajar el paso al adversario, aunque bastante fuera de sazón para que los franceses pudieran formar en buen orden después de atravesar el río Ronco que dividía los dos campos. Estaba Fabricio Colona en la vanguardia española con parte de la caballería y considerable número de infantes; el Virrey formaba en la batalla, llevando consigo á los hombres de armas, entre los cuales iba de jefe Antonio de Leyva, y además algunos caballos ligeros y un corto número de infantes al mando del marqués de la Padula; la retaguardia, con el resto de los caballos, la gobernaba Alonso de Carvajal; y, por último, la infantería española, bajo las órdenes de Navarro, fué por éste colocada en un foso, con los carros á los lados, para no recibir daño de la artillería enemiga (1).

(1) Lafuente, en su *Historia de España*, dice que Navarro expuso imprudentemente la gran infantería española á los tiros de la artillería francesa. Esto no es cierto, y así lo afirman todos los que han descrito esta batalla.

Empezó á jugar el cañón de uno y otro bando, aunque por ser muy numerosa, hizo mayor daño la artillería francesa, principalmente en la caballería de Fabricio Colona y la gente del Virrey. Avisó aquél á Navarro lo que pasaba para que atacase con la infantería, pero éste, con mal acuerdo, no quiso aún tomar parte activa en el combate. Arremetió sin embargo el resto del ejército, y tal fué su furia, que deshizo la vanguardia de Gastón de Foix; volvieron contra ellos los hombres de armas y caballos ligeros franceses, y ayudados por su gran número, consiguieron rechazar á los nuestros, prendiendo á unos y matando á otros, en tanto que se retiraban los más con bastante orden. Adelantóse entonces Navarro, que pretendía atraer sobre su persona el prezo de la victoria, y dando con sumo coraje en la infantería alemana, rompió el primer escuadrón y siguió desbaratando gran parte de la infantería francesa hasta llegar á la artillería, de que logró apoderarse. Vinieron á este punto contra los victoriosos infantes los hombres de armas y la caballería que mandaba Nemours, dando lugar á que se rehiciesen muchos de los alemanes y volvieran á la batalla. No pudieron resistir los nuestros largo tiempo aquel terrible ataque, y poco á poco se retiraron, conteniendo las embestidas de los franceses. El Conde Pedro Navarro fué preso, apartándose desde entonces del servicio de su patria, para pelear contra aquellas tropas que en esta batalla hicieron prodigios de valor para salvarle. Murieron el Coronel Zamudio, Pedro Paz, Alvarado y otros muchos, y quedaron en poder del vencedor Pescara, Fabricio Colona, Alarcón, el Marqués de Bitonto y otros Capitanes. Se retiraron al ver perdida la batalla: el Virrey, el Duque de Trageto, el Conde Populo, Antonio de Leyva y Carvajal. Afirman algunos escritores franceses (1) que Leyva huyó en esta jornada. Otro célebre escritor (2) de aquel siglo dice que se «halló en esta batalla con D. Ramón de Cardona, y escapar sano de batalla tan mortal, no fué afrenta, sino honra, porque se

(1) Brantome, *Vies des grands capitaines*, le *Dictionnaire universel historique*. París, Prudhome fils, 1810, y la *Biographie universelle*... Michaud, 1819.

(2) Paulo Jovio, *Elogios de varones ilustres en valor de guerra*, traducido al castellano por Baeza. Granada, 1568, fól. 179.

retiró de tal manera á Cesena, que conservó por el camino la vida á muchos soldados:» Algo diferente es la versión del *Diccionario histórico ó Biografía universal* (1), que se expresa así: «Presentó (Leyva) el pecho al enemigo, recibiendo en testimonio de su denuedo una herida, que fué la señal de otros varios peligros á que iba á exponerle su bizarría. Hallábase aún afligido de los resultados de esta herida cuando tuvo que pasar á Roma para tranquilizar á Julio II, quien dudando del éxito de la guerra, había determinado abandonar aquella capital y refugiarse en Venecia.» De modo análogo opina la obra titulada *Retratos de varones ilustres españoles, con un epitome de sus vidas*.

Al advertir la diversidad de opiniones, bien será que procuremos aclarar la conducta de nuestro héroe. Habíase opuesto Leyva á que se diera la batalla; mas aunque se empeñara el combate contra su parecer, dió pruebas de arrojo atacando la vanguardia francesa, que por un momento rompieron los hombres de armas y caballos ligeros, siendo luégo los nuestros arrollados por la superioridad del enemigo. Peleó Leyva en los puestos de mayor peligro, donde le fueron muertos sucesivamente dos caballos (2), y no encontramos por esto inverosímil, antes consideramos muy probable, que fuese herido, como dicen las obras citadas. Retiróse Leyva del campo á punto que la batalla estaba perdida, y con algunos Capitanes pudo salvar las reliquias del ejército; y no debe por ello ser acusado con justicia, que fuera temeridad grande exponer su tropa inútilmente á la misma desgraciada suerte que sufrieran los jinetes de Pescara y de Colona. Considerando la victoria alcanzada por los franceses, era de suponer que éstos seguirían su marcha y amenazarían la Italia, é interesaba, por consiguiente, conservar la gente para impedirselo, y salir de nuevo contra ellos. Y con tal acierto se retiró Leyva, que llegó á Cesena con su tropa muy en orden, juntándose allí con el Duque de Trageto y Carvajal, y haciendo grandes esfuerzos para reunir mayor cantidad de gente y reparar el ejército.

(1) *Elogios de varones ilustres en valor de guerra*, tomo VIII, pág. 537.

(2) Zurita, *Anales de Aragón*, tomo VI, fol. 284. Mariana, *Historia de España*, tomo tercero, pág. 147.

La noticia del próximo arribo de los franceses, y el llamamiento que á los nuestros hacían de los lugares pontificios, temerosos de la llegada del invasor, determinaron á los tres Capitanes á dirigirse á Roma, donde tuvieron una entrevista con el Papa para infundirle mayores alientos, y á la vez se proveyeron de armas y dinero, pasando después á visitar al Duque de Urbino, general veneciano, con objeto de inclinarle en favor de la Liga. De allí, finalmente, se encaminaron á Ancona y se unieron al Virrey (1).

Organizóse entonces en el reino de Nápoles un ejército al mando de Cardona, y en él se dió importante cargo á Antonio de Leyva. Componíanlo fuerzas bien disciplinadas, y, sobre todo, la infantería era gente muy lucida y gobernada por valerosos Capitanes (2). Para vengar la rota de Rávena, caminó el ejército español hasta cerca de Florencia, tomando la ciudad de Prato, lo cual dió lugar á que los florentinos pidieran la paz: otorgóse la el Virrey, después de varios tratos en que eficazmente intervino Leyva.

Siguieron los del Rey Católico su marcha á Lombardía, pero recibieron embajadas de los suizos, diciéndoles que no pasaran adelante, porque los franceses ya se habían retirado, y para echar los que quedaban en ciudades y castillos no tenían necesidad de ellos, y que si seguían avanzando les saldrían al encuentro. Debíase el alarde de los suizos á instigaciones del Papa, quien una vez expulsados los franceses, temía los progresos de los españoles.

No estimó el Virrey las advertencias de los suizos, y siguió su camino hasta la ciudad de Bresa, que se le rindió juntamente con el castillo, á condición de que diera á los defensores salvo conducto para salir del territorio; así lo hizo Cardona, haciéndoles acompañar por alemanes y algunas compañías de caballos ligeros, mandadas por Antonio de Leyva.

De nuevo encendió la guerra la presencia en Lombardía de un ejército francés que vino en socorro de los venecianos, y cual en las

(1) Zurita, *Anales de Aragón*, tomo VI, fol. 284.

(2) Zurita, *Anales de Aragón. Historia de España*, por Mariana.

luchas anteriores, tomó en esta Leyva interesante parte. Asistiendo con 1.000 infantes al Duque de Milán (que ayudaban los de la Liga), hallóse como principal jefe en el sitio de Pontevehio, que fué apresada al cabo de un mes, no obstante el valor de los defensores (1).

Después de terminadas estas operaciones, estaba guardando Leyva la ciudad de Bresa, cuando el Virrey mandó al tesorero Mateo Granada que con 1.000 soldados se uniese á la gente que Leyva tenía y juntos cayeran sobre Crema y la Capilla de Bergamo; así lo cumplieron los Capitanes españoles, dando un bríoso asalto, en que murió Granada.

No asistió Leyva á la batalla de Vicencia, en que nuestras tropas quedaron vencedoras de los venecianos, por hallarse ocupado en el asedio y toma de Cremona (2). Trasladóse luégo á aquel punto con 200 lanzas, la gente del Papa y parte de los alemanes, custodiando los carros y otros efectos del ejército; y cuando allí se hallaba, ocurrió un suceso que acredita las cualidades de aquel activo y resuelto Capitán. Entraron los de la Liga por fuerza de armas en la plaza llamada Ciudadela; y Leyva, oyendo la batería que se daba á la citada plaza, sólo consultó á su ánimo esforzado, y con valeroso coraje, sin saber lo que sucedía, salió casi de noche á gran prisa de Vicencia para acudir allí donde su arrojo fuere menester, llevando en su compañía los alemanes y alguna otra gente. Magnánima resolución, que debiera tener frecuentes imitadores (3).

Siguió desde aquella fecha Leyva sus proezas militares hasta la muerte del Rey Don Fernando el Católico, acontecida en 1516. Pero aún había de distinguirse de un modo más claro: las guerras de Italia no se terminaron; antes podía decirse que las anteriores no eran más que presagio de la sangre que había de correr en aquellos floridos campos, teatro continuo de las aspiraciones de franceses y españoles.

(1) Guichardini: *Historia de las guerras de Italia de 1490 á 1534*.—Grumello: *Cronaca*, Milán, Francesco Colombo, 1856.

(2) Mariana: *Historia de España*.

(3) Zurita: *Anales de Aragón*, tomo VI.

luchas anteriores, como en esta Leyva interesante parte. A asistiendo con 1.000 infantes al Duque de Milán (que ayudaban los de la Liga) hallase como principal jefe en el sitio de Pontevico, que fue apr-

sa al cabo de un mes, no obstante el valor de los batallones (1). Después de terminadas estas operaciones, estaba guardando Leyva la ciudad de Brescia, cuando el Virey mandó al tesoro Mateo Gir- uada que con 1.000 soldados se uniese á la gente que Leyva tenía y juntos cayeran sobre Crema y la Capilla de Bergamo; así lo cumplie- ron los Capitanes españoles, dando un preso asalto, en que murie- ramos.

Grandes. No salió Leyva á la batalla de Vicenza, en que nuestras tropas perdieron vencedoras de los venecianos, por hallarse ocupado en el asedio y toma de Cremona (2). Tratándose luego a aquel punto con 200 lanzas, la gente del Papa y parte de los rearmados, combatiendo los ca- rros y otros efectos del ejército; y cuando allí se hallaba, ocurrió un suceso que acredita las cualidades de aquel activo y resuelto Capitán. Entraron los de la Liga por fuerza de armas en la plaza llamada Cin- quenta y Leyva, oyendo la batería que se daba á la citada plaza, solo consultó á su ánimo esforzado, y con valeroso coraje, sin saber lo que sucedía, salió casi de noche á gran presa de Vicenza para acudir allí donde su arrojo fuere menester, llevando en su compañía los alca- nes y alguna otra gente. Magnánima resolución, que debiera tener frecuentes imitadores (3).

Siguió desde aquella fecha Leyva sus proezas militares hasta la muerte del Rey Don Fernando el Católico, acontecida en 1516. Pero aun había de distinguirse de un modo más claro: las guerras de Ita- lia no se terminaron; antes podía decirse que las anteriores no eran más que preámbulo de la sangre que había de correr en aquellos horri- dos campos, teatro continuo de las aspiraciones de franceses y es- pañoles.

(1) Guichardin: Historia de las guerras de Italia de 1494 á 1534. - Granello: Geo- grafía Militar, Francisco Colombo, 1836.
(2) Mariana: Historia de España.
(3) Anales reales de España, tomo VI.

IV

Continúan las operaciones en Lombardía.—Sagaz consejo de Antonio de Leyva: marcha del ejército á Gabionetta.—Sale Leyva de Pavia para atajar los progresos del francés.—Movimientos de éstos.—Batalla de Bicoca: participación importante de Leyva.

Aclamado Carlos de Austria Rey de España, y al poco tiempo Emperador de Alemania, ejercía poderosa influencia en los destinos de Europa. Francisco I, enojado porque no fueran atendidas sus pretensiones á la dignidad imperial, ganoso de gloria, halagado por sus recientes triunfos, y con aspiraciones al Estado de Milán, esperaba sólo ocasión propicia para romper las hostilidades con el Soberano de Castilla. La restauración de Enrique Albret en el reino de Navarra, del que fuera despojado por Fernando el Católico, sirvióle de bandera para sus proyectos y de pretexto para la guerra. Envió Francisco á Navarra numerosas tropas; mas si bien consiguieron internarse en la Península, pronto fueron arrojados por los españoles, teniendo igual fin otra expedición con que pretendía reponer á Roberto de la Marca en sus antiguos Estados.

Francisco I, arrojando la máscara de que hasta entonces se había valido, mandó un fuerte ejército al Milanésado bajo las órdenes de Lautrech, uno de los más expertos de sus Generales.

Con objeto de expulsar al francés de Lombardía, alióse el Emperador con el Papa, y entre ambos concertaron restituir á la Iglesia los

territorios que antes poseyera, y restablecer la autoridad de Francisco Esforcia en el Ducado de Milán. Confió Carlos el mando de sus tropas á Próspero Colona, caudillo de muy aventajada reputación, y aumentaron en breve las fuerzas imperiales con 300 lanzas y 2.000 infantes españoles, que dirigía Pescara, y otras 400 lanzas, traídas de Nápoles por Antonio de Leyva (1).

Reunidas con estas tropas las del Papa, que conducía el Marqués de Mántua, marcharon los coligados contra la ciudad de Parma, defendida por Lescun, hermano de Lautrech (2), con numerosa guarnición. Atacáronla imperiales y pontificios con gran esfuerzo, logrando apoderarse de la mitad de la plaza (3); mas cuando se disponían á tomar la otra parte, supieron que se aproximaba Lautrech con fuerzas muy superiores á las suyas.

Temiendo entonces los confederados dar batalla en aquel lugar, de suyo desventajoso, alzaron el campo y se pusieron en Rebec (4), con la intención de unirse á 10.000 suizos que bajaban de su país; pero aun en aquel sitio, podían ser destrozados por la artillería de Pontevichio. Para resolver en tal situación, Próspero reunió en consejo á Pescara, Alarcón, Antonio de Leyva y el Marqués de Mántua: expuso alguno de ellos los inconvenientes de salir de allí, por la numerosa artillería y carros de bagaje que llevaban, y porque teniendo que echar un puente de barcas, el ruido de la operación advertiría al enemigo el movimiento que se proyectaba. Sostenido este parecer por Pescara, Alarcón y Mántua, hubiera sido adoptado, si Antonio de Leyva no contradijera semejante opinión con valiosas razones. El

(1) García Cereceda, *Campanas de los ejércitos de Carlos V...*, publicadas por la Sociedad de Bibliófilos españoles, Madrid, Aribau y Compañía, 1873-1876, y Blasco de Lanuza, *Historias eclesásticas y seculares de Aragón*, tomo I, Zaragoza, 1622, afirman que Leyva fué con Pescara; pero optamos por lo que dice Guichardini, entonces Comisario general del ejército.

(2) El Mariscal de Foix, ó señor del Escudo, como algunos le llaman.

(3) Está separada una parte de otra por un río; la que tomaron se llamaba Codi-ponte.

(4) Rebecca, según dicen algunos escritores.

distinguido Capitán hizo ver la conveniencia de dar batalla á Lautrech si éste la presentaba, para no relajar el ardor de las tropas, mas no en el paraje en que estaban, porque el general francés podía hacer salir gente de Pontevecchio que diera en la espalda del ejército de la liga, al mismo tiempo que les causara gran daño con su artillería. Después de probar la desventaja de permanecer quietos, opinó que debían ir á la aldea de Gabionetta, situada á tres leguas de distancia del punto donde se encontraban, fortificada por un lado con fosos naturales y de otro con el Oglio. Dijo también, que se podía hacer que la artillería y bagajes no hicieran mucho ruido y efectuar la operación con todo sigilo. «Harta culpa nuestra será (prosiguió el señor Antonio) (1), que con estar legua y media del enemigo, nos sienta, y yo me ofrezco, que no saldrá nadie del ejército sin que sea preso.» La opinión de Leyva fué aprobada por todos, y encargado de poner en práctica sus planes, hizo colocar dobles centinelas, y distribuyó en el exterior 27 espías para dar aviso de cualquiera novedad que en el campo contrario se advirtiese. Inmediatamente mandó poner en camino el bagaje, y ordenó la fuerza, situando en la vanguardia los alemanes, en el centro la artillería, custodiada por los hombres de armas, y en la retaguardia los españoles; los caballos fueron puestos en ambos flancos, para proteger la infantería.

Enterado Lautrech de la operación que realizaba el ejército aliado, envió á escaramuzar los caballos ligeros; pero cuando lograron dar alcance á los imperiales, sólo distaban éstos cinco kilómetros de Gabionetta (2).

Al observar este movimiento del adversario, ordenó Colona su gente con mucha prontitud, suponiendo que Lautrech quería pelear; mas las disposiciones que tomó no detuvieron un punto la marcha del ejército, y así, cuando el jefe francés quiso poner el suyo en orden, ya entraban los coligados en Gabionetta, donde su situación era fa-

(1) Con el título de Señor fué designado por el Gran Capitán, confirmándolo Carlos I.

(2) Gran parte de lo que exponemos está tomado de las *Noticias de las hazañas de Antonio de Leyva en Italia*, MS. Biblioteca Nacional, V. 248.

vorable y acomodada, para resistir ventajosamente las acometidas del adversario.

Noticioso Lautrech de que Próspero aguardaba un refuerzo de suizos, é imaginando que los que él llevaba no querrían batirse con los de su misma nación, llamó á los jefes de su ejército, para disponerse á dar batalla, antes de que aumentaran las fuerzas de los españoles y decrecieran acaso las suyas de modo considerable. Acogieron el proyecto los Capitanes franceses con señaladas muestras de desagrado, diciendo que era imposible combatir con un enemigo que se encontraba en tan buena posición, y negándose á pelear en tan desfavorables condiciones.

Logró Colona reforzar su ejército con la llegada de los suizos, y como al poco tiempo abandonaran las filas francesas los soldados de la misma nación que en ellas servían, adquirió ya el ejército imperial ascendiente grande para tomar resueltamente la ofensiva (1). Refugióse en Milán Lautrech, que ya no contaba tropas bastantes para luchar en campo abierto, mas pronto tuvo que retirarse á Cremona, dejando en poder del vencedor la ciudad de Milán y casi todo el territorio, que alzó banderas por los confederados.

Ocurrió entonces la muerte del pontífice León X, que vino á privar á los imperiales de valiosísimo auxilio, obligándoles al punto la falta de dinero á licenciar las tropas suizas y alemanas. Como los franceses por otra parte, quedaran muy quebrantados con los descalabros sufridos, suspendieron las hostilidades ambos ejércitos, esperando pronto refuerzos.

Para acudir en socorro del francés, atravesó los Alpes un nutrido cuerpo de esguízaros, y al tener de ello noticia Colona, dispuso que Antonio de Leyva (el cual había invernado en Plasencia)

(1) Queriendo impedir el gobierno suizo que combatieran en opuestos campos sus compatriotas, despachó correos para que, á la vez, dejaran las filas los que se hallaban en los ejércitos contendientes; llegó la noticia á punto á los de Lautrech, que en breve cumplimentaron la disposición de su gobierno; pero Colona, más hábil ó mejor advertido interceptó las órdenes que venían para los suyos.

cia) (1), se adelantase con 1.000 italianos y 2.000 lansquenets para entretener á los enemigos al pasar el río Adda. Cumplió Leyva las órdenes de Próspero, bien que por la escasez de medios no pudiera impedir el avance de los franceses.

Hallábanse los imperiales en notoria inferioridad numérica, y por esto, mientras les llegaba nuevo socorro, tuvieron que acogerse á los lugares fortificados, refugiándose en Milán el mismo Próspero, guarneciéronse así fuertemente las plazas de Novara y Alejandría, entre otras varias, y en Pavía (2), que era la segunda en importancia del Milanesado, penetraron 2.000 lansquenets y 1.000 italianos, bajo la conducta de Antonio de Leyva.

Fiado Lautrech en el superior número de sus tropas, las distribuyó en varios cuerpos, destinados á acometer diversas plazas de Lombardía; y mientras él en persona bloqueaba á Milán, envió sobre Novara dos de sus Tenientes. Creyendo Próspero que era escasa la fuerza que éstos dirigían, escribió á Antonio de Leyva y al Marqués de Mántua que salieran de Pavía con parte de su gente, al efecto de cerrarles el paso.

Sacó Leyva de la ciudad la caballería y los alemanes, y adelantándose al encuentro de los franceses, pronto recibió noticias de la mucha gente que traían; pero como jefe resuelto y cumplidor exacto de las órdenes de Colona, se fué hacia el enemigo, trabando con él escaramuza, en que obtuvo la ventaja. Pudo entonces apreciar claramente el número de sus contrarios, que no eran menos de cinco ó seis mil hombres, contra lo que Próspero había supuesto. Imposible era hacerles frente en semejantes circunstancias, y harto logró Leyva con sacar á salvo sus tropas y el prestigio de su reputación militar. Mandó el Capitán español la artillería con los alemanes en dirección á Pavía, y él, con el resto de su gente, se apostó en una colina, dán-

(1) Suárez de Alarcón, *Comentarios de los hechos del Sr. Alarcón, Marqués de la Valle Siciliana y de la Renda*, pág. 216.—Bellai Langei: *Memoires de Martin et Guillaume...* Paris, 1753, tomo I, pág. 320.

(2) Sandoval, *Historia de Carlos V.*—Bellai Langei, *Memoires. Hazañas de Antonio de Leyva en Italia.*—Miniana, continuación de la *Historia de Mariana.*

dose allí tal traza, que por considerarle los franceses superior en fuerzas, no se atrevieron á reñir con él un combate, que Leyva, como hábil y prudente, estaba también en el caso de evitar (1).

Entre tanto que esto ocurría, convencido Lautrech de la imposibilidad de tomar á Milán, resolvió dirigir su personal esfuerzo contra la plaza de Pavía, teniendo esta empresa por más hacedera y fácil. Al advertir Próspero estos designios, introdujo en la ciudad copioso refuerzo de españoles, que con maña y arrojo grande pasaron por medio del campamento enemigo, aumentando así la confianza de los sitiados, que ya no mandaba Antonio de Leyva, llamado por Colona para confiarle importante cargo en las tropas que acaudillaba.

Acudieron prontamente en socorro de Pavía la fuerzas de Próspero; y como el francés temiera ser cogido entre ellas y las del Marqués de Mántua, y por otra parte no renunciara á sus anteriores proyectos, levantó su campo de improviso para ponerse de nuevo sobre Milán, que Esforcia tenía á su cargo. Lanzóse en su seguimiento Colona, y con tal prisa, que adelantándose al enemigo, campó con su ejército en los alrededores de la aldea de Bicoca, inmediata á Milán, donde, por la fortaleza del lugar, podría desafiar el poder del adversario. De nada sirvieron los movimientos del francés para atraerle á sitio que para él fuese más favorable. Próspero, como muy astuto y diestro, desbarataba semejantes planes y aguardaba en su puesto, sabedor de que el General contrario, no podría resistir mucho tiempo las altivas demandas de sus Capitanes y los insultos de los suizos, que amenazaban con retirarse si pronto no se empeñaba batalla.

En tan dura necesidad, dictó Lautrech sus disposiciones de combate, y el día 22 de Abril de 1522 vinieron á las manos los dos ejércitos. Cubría un foso el frente del campo de Colona, y aumentaba su fortaleza numerosa artillería, convenientemente apostada. Defendían la línea, por el centro, alemanes y españoles. Esforcia, con los milaneses, guarneecía el puente que daba acceso á los reales, y en la retaguardia, se hallaban Antonio de Leyva y el Conde de Golisano.

(1) *Noticias de las hazañas de Antonio de Leyva en Italia.*—Paulo Jovio: *Historia de su tiempo.*

Arremetieron furiosamente los suizos en número de 15.000, como quienes ardían en deseos de pelear, y tal fué su ímpetu, que salvaron el foso, á pesar del nutrido fuego de artillería y arcabucería con que les diezmaban los defensores. Al arrojo de los asaltantes, correspondió, sin embargo, la bravura de los imperiales, que, tras encarnizada lucha, rechazaron el ataque de los suizos, pereciendo el jefe de éstos, en personal combate con el jefe alemán.

Imitando el valor de los suizos, cruzó Lescun dos fosos y cayó intrépido sobre las espaldas de los imperiales, llevando allí la confusión y el desorden. Huían ya ante la brusca acometida muchos de los nuestros, y fuese á poco general la derrota, si Antonio de Leyva, ayudado del Conde Golisano, no se hubiera puesto al frente de algunas compañías y, embistiendo delante de ellas, no lograrse con heroico valor contener el esfuerzo del francés. Sosteníase, con todo, Lescun bizarramente, asistido por Bayardo y otros caballeros; pero como Leyva iba aumentando sus tropas, fué al fin aquél rechazado con grandes pérdidas.

Obtuvieron así los imperiales brillante victoria, y bien puede decirse que, tanto como á la habilidad de Colona y al denuedo de Pescara, que contuvo y rechazó el impetuoso asalto de los suizos, debióse el éxito de esta jornada al valor y decisión de Leyva, que merced á su prestigio, rehizo las fuerzas batidas por Lescun.

Tan grandes fueron las consecuencias de esta batalla, que á los pocos días se habían rendido todas las plazas de Lombardía á los soldados de Carlos V.

Así acabó la célebre campaña en que España obtuvo preclaro triunfo, merced á sus expertos Generales y valerosos soldados, inaugurando la serie de victorias brillantes que alcanzó nuestra patria en aquel famoso reinado.

Arremetieron furiosamente los suizos en número de 15.000, como
 que les diezaban los defensores. Al arrojarse de los asaltantes, corrien-
 do sin embargo, la presión de los imperiales, que tras encarni-
 cada lucha, rechazaron el ataque de los suizos, haciendo el jefe de
 estos, en personal combate con el jefe alemán.

Intentando el valer de los suizos, cruzó hacia dos toros y cayó in-
 terido sobre las espaldas de los imperiales, llevando allí la confu-
 sión y el desorden. Hasta ya que la braca acometida muchos de
 los nuestros, y lanzó a poco general la batalla, al Antonio de Leiva,
 ayudado del Conde Colmano, no se hicieron punto al frente de al-
 gunas compañías, y empujando delante de ellas, no lograrse con he-
 roico valor, contentar el esfuerzo del francés, sostenidas con todo,
 la gran división, batido por batido y otros cabaleros; pero
 como Leiva iba aumentando sus tropas, fue al fin aquel rechazado
 con grandes pérdidas.

Obtuvieron así los imperiales brillante victoria, y bien puede de-
 cirse que tanto como a la habilidad de Colón y al denuedo de Tes-
 ta, que contra y rechazó el impetuoso asalto de los suizos, debiese
 el éxito de esta jornada al valor y decisión de Leiva, que metido a
 su presencia, reñó las fuerzas batidas por Leiva.

Tan grandes fueron las consecuencias de esta batalla, que a los
 pocos días se habían rendido todas las plazas de Lombardía a los sol-
 dados de Carlos V.

Así acabó la célebre campaña en que España obtuvo precioso
 triunfo, mereció a sus espertos Generales y valerosos soldados, man-
 guando la serie de victorias brillantes que alcanzó nuestra patria en
 aquel famoso reinado.

En el momento en que se celebraba esta victoria, el Emperador
 se hallaba en el castro de Salsburgo, cuando se le comunicó el
 triunfo de la batalla de Mühlberg, y se le comunicó también el
 hecho de la rendición de las plazas de Lombardía.

El Emperador se alegró mucho de estas noticias, y se le comunicó
 también el hecho de la rendición de las plazas de Lombardía.

V

Conjuración contra Esforcia. Toma Leyva la plaza de Valenza. Invasión de Italia por los franceses. Encárgase á Antonio de Leyva la defensa de Pavia. Cerco de Milán. Entran en esta capital Leyva, Lanoy y Borbón. Distinguese Leyva en la escaramuza de Rebec. Nuevos encuentros. Abandona Bonnivet la Italia. Penetran los imperiales en Francia.

Elegido Papa el Cardenal Adriano, antiguo preceptor de Carlos V, se formó una nueva liga entre Fernando de Austria, Enrique VIII, el Pontífice y el Rey de España, cuyo objeto, á lo que se decía, era llevar la guerra al turco, pero que en resolución sirvió sólo para luchar contra los franceses.

Quedara libre la Lombardía de enemigos, mas se descubrió á poco una conjuración dirigida contra Esforcia, á quien el César patrocinaba, que puso su vida en inminente peligro. Salvóse Esforcia por buena ventura del atentado de que fué objeto, y averiguado el plan de los sediciosos, púdose deshacer en mucha parte las maquinaciones que los Visconti fraguaban, de acuerdo, sin duda, con el Rey de Francia.

Obedeciendo al convenido concierto, Galeazo Birago, por no saber á tiempo el fracaso del complot, se dispuso á cumplir el encargo que se le diera, y recogiendo las fuerzas que tenía en Turín y el Monfe-

rrato, se metió en Valenza, plaza situada en la margen derecha del Pó. Al saber el suceso Antonio de Leyva, á cuyo cargo estaba la ciudad de Asti, dejó bien guarnecida esta población y la de Alejandría, y con las fuerzas que le restaban, marchó sobre Valenza sin perder punto. Estableció allí en seguida vigoroso cerco, y porque el asunto terminara en breve plazo, cual lo demandaba la tranquilidad del país, ordenó dar el asalto: opusieron los defensores tenaz resistencia, mas cedió al fin su valor ante el brioso impulso de los imperiales que, acaudillados por Leyva, penetraron en la ciudad matando é hiriendo á muchos, y haciendo prisioneros á los que se rindieron, con mayor clemencia de la que con traidores era costumbre usar (1). Satisfecho Leyva por el triunfo obtenido y por llevar presos á los más principales sediciosos, entre ellos á Galeazo Birago, se volvió á Asti cubierto de gloria y de laureles.

A este tiempo el Rey de Francia, que deseaba vengar la ignominia de la pérdida de Lombardía, determinó llevar de nuevo la guerra á Italia, apercibiendo para ello copioso ejército, que no bajaba de 40.000 hombres, dirigido por el Almirante Bonnivet. En el año 1523 traspusieron los Alpes con jactancioso alarde, poniendo en gran cuidado á Colona, quien ordenó á Leyva replegarse sobre Milán con la gente que tenía en Asti y Alejandría (2); hizolo así el activo Capitán, dejando en Cremona suficiente guarnición, y en un paso del Pó la compañía de Villaturriel (3).

Los invasores, con el ardor de la primera acometida, atacaron vigorosamente á Cremona, pero fueron rechazados por la gente que allí dejara Leyva, á quienes se entregó también la fortaleza de que era dueño el francés.

Con intento de cerrar al enemigo el paso del Tesino, adelantóse Próspero con su ejército; pero advirtiendo la gran fuerza del adver-

(1) García Cerezeda, *Campañas de los ejércitos de Carlos V*, tomo I.—Guichardini, *Historia de las guerras de Italia*, tomo II.—Bellai-Langei, *Memoires*, tomo I.

(2) García Cerezeda, Bellai-Langei, Suárez de Alarcón, Mexía.

(3) En esta compañía militaba Cerezeda.

sario, limitóse por entonces á la defensiva, y se replegó á Milán, al tiempo mismo que puso á Leyva en Pavía con 100 caballos y 300 infantes, que luégo reforzó con un contingente de italianos. Mas como á veces suele ocurrir entre tropas de diferentes naciones, suscitóse en breve seria reyerta entre españoles é italianos: proporciones grandes cobró el tumulto, y hubiera tenido fatales consecuencias, si con su autoridad y prestigio no hiciese Leyva entrar á los revoltosos en razón.

El francés, entre tanto, no permanecía inactivo; siguiendo su movimiento de avance, se apoderó de Lodi y puso cerco á Milán, donde sufría considerable daño por las frecuentes salidas que los bloqueados hacían. Para fortuna de los imperiales, la aproximación del virrey de Nápoles, Carlos Lanoy, que acudía con su gente, decidió al francés á levantar secretamente el campo, retirándose á más seguro lugar.

Habiendo muerto por entonces Próspero Colona, que mandaba en jefe las tropas de Carlos V, juntáronse en Milán Lanoy, Pescara, Leyva y el Condestable de Borbón, quien por causa de ciertos desaires que había recibido de la familia real de Francia, abandonara el servicio de su patria. Acordaron los Generales del Emperador que Pescara y Leyva acometiesen de súbito á Rebec, donde estaba Bayardo con una parte del ejército francés. Arriesgada era la empresa, por hallarse Bonnivet á una legua de Bayardo; pero las precauciones y arrojo de los españoles superaron todas las dificultades.

Salieron éstos de Milán por la noche con gran sigilo, y al amanecer cayeron bruscamente sobre los franceses, que acudieron á las armas en medio del mayor espanto y confusión. Intentó detener á los españoles una compañía de corsos, pero cedió pronto ante la furia de los asaltantes, creciendo con su retirada el desorden, que por momentos aumentaba. Mataban y herían los españoles á cuantos á su paso encontraban, y sólo en la huída hallaron la salvación muchos enemigos, contándose entre ellos Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, tan celebrado en la historia como en la poesía. Sobresalió en el combate Antonio de Leyva, el cual, colocándose en los puntos de mayor riesgo y animando á los suyos con su ejemplo, infundió gran te-

mor en el campo de los franceses, dando á conocer una vez más las relevantes prendas militares que le distinguían (1). Cumplido el objeto que se habían propuesto, volvieron con gran prisa los imperiales á Milán, sin que los enemigos pudieran seguirles, por la rapidez con que aquéllos procedieron.

Cobraron los nuestros con este triunfo grande ánimo, y tomando resueltamente la ofensiva, fuéronse apoderando de varias plazas, batiendo al mismo caudillo francés en las márgenes del Sesia, donde, en tumultuario combate, fueron heridos Bonnivet y Bayardo, espirando éste ante el Marqués de Pescara y otros Capitanes, que lloraron la pérdida del famoso caballero, cuyo cuerpo fué entregado á Bonnivet (2).

Satisfechos los vencedores con tan prósperos sucesos, que hicieron desaparecer de Lombardía al ejército francés, se retiraron á cuarteles de invierno al comenzar el año 1524.

Con objeto de aniquilar de una vez el poder de Francisco I, acordaron poco después el Rey de Inglaterra, Carlos V y el Duque de Borbón invadir la Francia por distintas partes. Reunidos en consejo los Generales del Emperador, resolvióse que Borbón y los Marqueses de Pescara y del Vasto penetrasen en Provenza con un ejército de 17.000 hombres, bien provisto de artillería, quedando en Italia el virrey, Antonio de Leyva y Alarcón (3). Marcharon, en efecto, los primeros sobre Marsella, y por si necesitaran pronto socorro, establecieron en Mondovi las fuerzas imperiales que estaban en defensa de Lombardía (4). Escribió entonces Antonio de Leyva al Emperador (2 de Junio 1524) mostrando su agrado porque el ejército penetrara en

(1) El *Diccionario histórico ó Biografía Universal*, los *Retratos de varones ilustres españoles*, *Le Dictionnaire historique et critique*, la *Biographie universelle ancienne et moderne*, *Le grand dictionnaire historique* de Moreri.

(2) Moreno, García Cerezeda, Miniana, Paulo Jovio, Guichardini.

(3) García Cerezeda, *Campañas de los ejércitos del Emperador Carlos V.*—Oznaya, *Batalla de Pavia.*—Suárez de Alarcón, *Comentarios de los hechos del Sr. Alarcón.*

(4) Oznaya, *Guerra de Lombardía y batalla de Pavia.* MSS., Biblioteca Nacional, G. 53, G. 98, H. 138.

Francia; decíale que los italianos habían visto con gran regocijo la expulsión de los franceses, y que era de suma importancia el que los imperiales estuvieran en Lombardía, porque podía perderse; aconsejábale además que tuviera gente en Nápoles y Sicilia, para que no corriesen algún peligro (1).

Abierta la campaña, arremetieron los invasores con ahinco grande la plaza de Marsella; mas fué tal el brío de la defensa, que resultaron infructuosos los diversos ataques de los sitiadores.

En tanto que así se entretenían los Generales de Carlos V, el Rey de Francia, que hábilmente aprovechaba los desaciertos de sus enemigos, disponíase á entrar en Italia con un ejército poderosísimo, que iba á capitanear en persona.

Alarmados Pescara y Borbón, levantaron el sitio de Marsella, y precipitaron tanto su marcha á Lombardía, que consiguieron adelantarse á los franceses, si bien llegaron á Italia muy debilitados por el cansancio de aquella célebre retirada.

(1) Suárez de Alarcón, *Comentarios de los hechos del Sr. Alarcón*, pág. 257, col. 2.^a

Francisco decida que los italianos habían visto con gran regocijo la
expulsión de los franceses, y que era de suma importancia que los
italianos estuvieran en Lombardia, porque podía haberse acordado
alguno de ellos que tuviera gente en Nápoles y Sicilia, para que no
corriesen algún peligro. (1)

Abierta la campaña, adelantaron los franceses con ánimo grande
la plaza de Marsella; mas fue tal el furor de la defensa, que resultó
con infatigables los diversos ataques de las artillerías.
En tanto que así se entretenían los generales de Carlos V, el Rey
de Francia, que hábilmente aprovechaba los descuidos de sus ene-
migos, disponiase á entrar en Italia con un ejército poderoso, par-
tía á capitanear en persona.

Alarabes, Pasca y Bobon, levantaron el sitio de Marsella, y
precipitaron tanto su marcha á Lombardia, que consiguió ser adelantada
tante á los franceses, si bien llegaron á Italia muy debilitados por
el cansancio de guerra, sobre retards.

El ejército de Carlos V, que estaba en Italia, se adelantó á
Naples, y á la vez se adelantó á Sicilia, para que no quedara
ninguna plaza de importancia en poder de los franceses. El ejército
de Carlos V, que estaba en Italia, se adelantó á Sicilia, para que
no quedara ninguna plaza de importancia en poder de los franceses.
El ejército de Carlos V, que estaba en Italia, se adelantó á Sicilia,
para que no quedara ninguna plaza de importancia en poder de los
franceses.

El ejército de Carlos V, que estaba en Italia, se adelantó á Sicilia,
para que no quedara ninguna plaza de importancia en poder de los
franceses. El ejército de Carlos V, que estaba en Italia, se adelantó
á Sicilia, para que no quedara ninguna plaza de importancia en poder
de los franceses.

(1) Fuente de la historia: Compendio de los hechos del Sr. Alarcón, pag. 187, col. 2.^a

VI

Llegan Pescara y Borbón á unirse en Italia con las fuerzas imperiales que allí quedaran: encomiéndose á Leyva la defensa de Pavia. Planes diversos en el campo francés: acepta Francisco I el de Bonivet y se dirige á Pavia con el grueso de su ejército, dejando cercado el castillo de Milán: repliéganse los imperiales á Lodi. Cerca el francés á Pavia: asaltos infructuosos. Intenta desviar el Tesino de los muros de la plaza: avenida que inutiliza los trabajos. Salidas que hacen los sitiados: importancia de sus resultados.

Llegaron los imperiales á Stradella, distante cinco millas de Pavia, y en su proximidad tendieron un puente de barcas para pasar á la margen izquierda. Salieron á su encuentro Lanoy, Leyva y Alarcón, y juntándose en consejo con Pescara, Borbón y Esforcia, en tanto que las tropas cruzaban el río, acordaron seguir á Milán, dejando á Antonio de Leyva en Pavia con 4.000 infantes alemanes, 1.000 españoles y 200 caballos ligeros (1). Expuso Leyva á Pescara el deseo

(1) Muy diferentes son las versiones de los autores respecto al número de soldados que á las órdenes de Leyva fueron encargados de guardar á Pavia. Según Robertson, *Historia de Carlos V*, Díaz, *Sitio y batalla de Pavia*, y Calonge, *Diccionario de batallas*, eran 6.000 hombres; Vallés, *Vida de Pescara*, y Paulo Jovio, dicen que estaban allí todos los alemanes del ejército imperial, 500 españoles y dos filas ó bandas de caballos; Oz-

de que todas sus fuerzas se constituyeran con españoles; mas no accedió á su pretensión el joven caudillo (1); y así, sin más objeciones, entró Leyva en la plaza, dispuesto á inmortalizar allí su nombre y el crédito de aquella célebre milicia.

El grueso del ejército imperial penetró al mismo tiempo en la ciudad de Milán con ánimo de defenderse en ella; mas como advirtieran sus jefes la escasa vitualla que allí había y la poca solidez de la fortificación, decidieron marchar á Lodi, donde á poco instalaron su campo.

Aconsejaban á Francisco los más expertos de sus generales, como La Paliza, La Tremouille y el Duque de Albania, que avanzase resueltamente sobre Lodi y Soncino, donde se refugiara la mayor parte de las reliquias del ejército que había sitiado á Marsella. Calculaban que estas tropas, por ser pocas y de no muy levantado espíritu, serían vencidas seguramente por la superioridad del ejército francés que, si aventajaba mucho en número al que dirigían Lanoy y Pescara, no menos creían ellos que le excedía en ardor y entusiasmo.

Á este parecer, que era, sin duda, el más sano y acertado para batir y deshacer á los imperiales antes que recibiesen eficaz socorro, se opuso Bonnivet, aconsejando que sin pérdida de tiempo se dirigiese el Rey Francisco sobre Pavía, que en su opinión fácil y prontamente sería tomada, para batir después con mayor desembarazo á Lanoy, Pescara y Borbón. De nuevo insistieron en su dictamen los Capitanes de mayor nombradía entre los franceses; mas como el Rey dispensaba marcada predilección y especialísimo favor á Bonnivet, aceptó el segundo consejo, y dejando en Milán á La Tremouille y Trivulcio, *naya, Guerra de Lombardia y batalla de Pavia, y Blasco de Lanuza, Historias eclesiásticas y seculares de Aragón, bajan la cifra á 3.000 alemanes y 800 españoles; Sandoval lo eleva á 5.000 alemanes y 1.000 españoles; Mignet calcula el número en 5.000 alemanes, 500 españoles y 200 hombres de armas; Miniana dice que eran 5.000 infantes alemanes y españoles con 200 caballos; lo mismo se lee agregando el número de 200 arcabuceros en Las hazañas de Leyva en Italia; por último, Cerezeda y Moreno fijan la guarnición de Pavía en 4.000 alemanes, 1.000 españoles, 200 hombres de armas y 200 caballos el primero, y 5.000 españoles y alemanes con 300 hombres de armas el segundo.*

(1) Vallés y Paulo Jovio.

con encargo de asediar el castillo, tomó con su ejército la vuelta de Pavía.

Hállase esta ciudad en la región que bañan el Pó y los afluentes que de altas cumbres bajan á rendirle espléndido tributo. Situada á 22 kilómetros de Milán, se eleva sobre la orilla siniestra del Tesino, en lugar risueño y hermoso. Poco antes de llegar el río á la población, que baña por su parte meridional, se divide en dos brazos, formando una isla, unida á la plaza por un puente: el mayor de los brazos pasa lamiendo los muros de la ciudad, que eran entonces por aquella parte bastante débiles. Al Norte se extendía el parque, de 20.000 pies de diámetro, cercado por un muro de dos metros de elevación, en cuyo centro estaba el palacio de Mirabelo. Al Este se elevaban los monasterios de Sancto-Spíritu, San Giacomo y San Paolo, y en el Occidente aparecían las abadías de San Salvador y San Lanfranc (1).

Antonio de Leyva ordenó las estancias de los tudescos, reforzó los atrincheramientos y construyó nuevas murallas, defendidas por profundos fosos que, por estar llenos de agua, aumentaban la eficacia de este medio de defensa exterior; y para que no faltasen vituallas, hizo traer numerosos bastimentos de los pueblos comarcanos. La ciudad de Pavía era muy adicta al Cesar y Esforcia; los mismos ciudadanos trabajaban continuamente donde Leyva disponía, y sin desmayar un instante daban ejemplo de actividad y decisión.

Llegó el ejército francés ante los muros de Pavía el 28 de Octubre de 1524, pensando Francisco I arrebatar la plaza al primer asalto. Distribuyó el Rey su gente, colocando á Monmorenci con 6.200 hombres en la isla que forma el Tesino; mas no lo hizo sin daño, porque al alojarse esta fuerza, salió de la plaza Antonio de Leyva con la mayor parte de su tropa y trabó una reñida escaramuza con los franceses, volviendo á la ciudad con escasa pérdida (2). La Paliza estableció su cuartel en el camino de Lodi, Francisco I sentó su real

(1) Díaz, Moreno, Jovio, Mariana y el Sr. Cánovas del Castillo en su erudito estudio acerca de la Batalla de Pavía.

(2) Paulo Jovio, *Historia de su tiempo*, traducida al castellano por Baeza. (1)

en la abadía de San Lanfranc, y el Duque de Lorena en la de San Salvador.

Mientras tanto que esto sucedía, los Generales imperiales que se hallaban en Lodi habían acordado que Borbón fuese á Alemania á reclutar gente con mucha prontitud, para dar batalla á Francisco ó hacerle levantar el cerco.

Eran los franceses que sitiaban á Pavía más de 50.000, formando la principal parte del ejército una legión de 12.000 esguízaros, 15.000 alemanes de la banda negra y 2.000 lanzas de la nobleza de Francia.

Luégo de establecido el sitio, algunas compañías de italianos trataron de penetrar en la ciudad sin ser sentidos; mas acudiendo oportunamente Antonio de Leyva á la cabeza de los suyos, rechazó con energía el ataque, matando gran número de enemigos (1). Comenzaron los franceses á batir la plaza el día 6 de Noviembre, y pronto consiguió La Paliza arruinar un baluarte junto á la puerta de Santa María in Pértica: por allí precipitó el francés su gente al asalto, que sostuvieron los sitiados con heróica firmeza; Leyva se colocó en los puntos de más peligro, animando continuamente á los suyos, dando ejemplo de raro valor; y aunque los asaltantes realizaron esfuerzos supremos, tuvieron al cabo que retirarse, dejando tendida mucha de su gente. Al mismo tiempo que esto ocurría en un lado de la ciudad, derribó Francisco I con su artillería una torre, que dificultaba mucho el ataque, lanzando sus tropas sin demora por la brecha abierta. Antonio de Leyva, que acabababa de rechazar á las fuerzas de La Paliza, acudió donde se presentaba el nuevo peligro, rechazando con grandes pérdidas á los que intentaron entrar en la plaza.

No varió por esto el propósito del Rey Francisco; antes persistía en él con mayor empeño, por haber recibido del Duque de Ferrara gran cantidad de pólvora y muchos cañones. Con este auxilio pudieron los sitiadores batir el muro por cuatro lados distintos, que fueron la Puerta Nueva, la de San Agustín, la Coriena y la del Tesi-

(1) Mexía, *Historia de Carlos V.* (2) Paulo Jovio, *Historia de su tiempo.*

no (1), y logrando abrir brecha por las cuatro partes, precipitáronse furiosamente al asalto. A la impetuosidad del ataque respondió la firmeza de la resistencia; la guarnición hizo en todos los puntos prodigios de valor; los habitantes unieron generosamente su esfuerzo al arrojo de los soldados; y animados unos y otros por Leyva, que daba constantes muestras de intrépida bravura y distinguida pericia, más extremaban su vigorosa defensa cuanto era mayor la violencia de la acometida. Recibían los sitiados á los asaltantes con espesas rociadas de arcabucería, que diezmaban sus filas; los ciudadanos precipitaban desde lo alto del muro gruesas tablas que sembraban la muerte en los contrarios; y al cabo de siete horas de horrenda pelea, en que compitió el denuedo de los unos con la serenidad de los otros, comenzaron á ceder los franceses: y como fuesen grandes el cansancio y vacilación de los que acometían, ordenóles el Rey retirarse después de haber sido muertos más de 2.000 soldados. Este golpe, unido á los anteriores reveses, enflaqueció en gran modo el espíritu de Francisco, el cual, advirtiendo la dificultad de la empresa en que malamente se había empeñado, mandó suspender la batería y establecer guardias en la proximidad de las puertas de la plaza, para impedir la entrada de vituallas y dinero, esperando así obtener por el hambre, la fatiga y las privaciones, lo que no podía alcanzar por más honrosos y brillantes procedimientos, aunque éstos mejor cuadraran á las condiciones de su altanero carácter y á la jactancia de los caballeros que le seguían.

Notando entonces el sitiador que la plaza se surtía de algunos molinos que fuera de la ciudad estaban, mandó demolerlos; mas el previsor Antonio de Leyva había mandado hacer molinos de mano, que bastaban para el abastecimiento de la población.

Quiso entonces el Papa Clemente servir de intermediario entre los contendientes, exhortando al Rey de Francia y á Lanoy á que cesasen en las hostilidades; mas como sus proposiciones fueron por uno y

(1) Díaz, Clonard y Guichardini sólo dan noticia de este asalto; Paulo Jovio, Mexía y Grumello, traían únicamente de los primeros. La carta del Secretario Serón los relata todos.

otro desechadas, convirtiéndose de componedor en beligerante, haciendo con el francés secreta alianza, á que también se adhirieron otros Estados italianos.

A todo esto, apurado Leyva por la escasez que en la plaza se iba dejando sentir, valíase de la buena disposición de los habitantes para alimentar á sus tropas, que al cabo de algún tiempo no se sustentaban con otra cosa que pan y agua, siendo el insigne Capitán el primero que participaba de tan gran penuria. Seguía, no obstante, adoptando todo género de providencias que pudiesen prolongar la resistencia; sin descanso rehacía y aumentaba las fortificaciones de la ciudad, é inutilizaba con sus ardides y perseverancia las intenciones del adversario.

Por su parte ideaba Francisco nuevos medios contra la plaza, cuya posesión consideraba como punto de honra: Sully (1), lugarteniente de Alenzón, presentó un proyecto, que consistía en separar el brazo del Tesino que pasa junto á los muros y echarlo por donde va el otro cauce; pensamiento acertado, pues la plaza, por aquella parte, era muy poco fuerte. Acogido este parecer, se dió principio á los trabajos, en que se invirtió mucho tiempo y grandes caudales; mas cuando estaban los sitiadores á punto de cosechar el fruto de sus afanes, una crecida destruyó los diques y muros que los franceses habían construído, arrastrándolo todo en su impetuosa corriente. Se dice que el Rey pudo seguir y llevar á término esta obra, pero que no la continuó, temiendo que Leyva rompiese á Monmorenci que estaba en la isla; pero aunque se hubiese realizado todo conforme á los designios de Sully, es lógico suponer que acaso el éxito final no coronara los esfuerzos del francés; porque Antonio de Leyva, siempre diligente y astuto, fortificó por allí la ciudad con nuevos muros y fosos, que suplían la flaqueza de su primitiva muralla.

Entre tanto no se descuidaban los imperiales de Lodi, y mientras con impaciencia aguardaban la venida de Borbón, disponían atrevidos golpes contra los enemigos que estaban inmediatos á ellos. En una de estas acometidas sorprendieron 2.000 españoles, al amanecer,

(1) Bellai-Langei, *Memorias*, tomo I.

la villa de Melzo, donde se hallaba Jerónimo Trivulcio; y tal traza se dieron para arremeter, que lograron apoderarse de casi toda la guarnición, sufriendo por su parte pérdidas muy escasas.

Conforme el tiempo adelantaba, apuraba más á Leyva la falta de dinero; y temiendo el descontento de las tropas, mandó recoger toda la plata de las iglesias y la de algunos particulares, acuñándola con esta inscripción: *Cesariani Papiæ obsessi* (1) MDXXIV. Mas como el hambre apretara y los sitiados no gustasen de permanecer encerrados ante el enemigo ocioso en sus trincheras, emprendieron una defensa activa que, siendo perjudicial por extremo á los franceses, pudiera proporcionar alivio á los de Pavía en su penuria extremada.

Recibiendo Leyva algún daño de cinco banderas de infantería de Juan de Médicis que estaban en un palacio cercano á la plaza, bien fortificados de baluartes y con guardias, llamó á varios capitanes españoles y uno alemán, para que juntasen 1.000 hombres de las dos naciones; hicieronlo así, y preguntándoles Leyva si querían tomar aquellas casas, respondieron favorablemente los soldados, con vivas demostraciones de entusiasmo. Mandó entonces salir á los infantes por la Puerta Nueva, y dijo á los jinetes que se pusieran en el puente del Tesino, y en el paraje por donde pasaban las vituallas del francés al lugar de Santa Sofía, y que cuando observaran que los infantes llegaban donde los italianos estaban, volviesen las riendas y acudiesen allí á gran prisa (2). Efectuóse la operación en la forma prevenida, y con dichoso éxito: acercándose los peones al palacio, lo asaltaron enérgicamente, se apoderaron de un baluarte, y penetrando donde los enemigos se alojaban, dejaron muertos en la refriega más de 500 (3) y heridos casi todos los demás, volviendo á Pavía con

(1) Ofreció grandes dádivas á las iglesias si tenían la victoria; pero Brantome dice que no cumplió la oferta.

(2) Grumello, *Cronaca*.

(3) Cerezeda dice que fueron muertos 800, y que de los imperiales sólo hubo 6 heridos. La carta de Pescara á Carlos V dándole cuenta de la batalla de Pavía, dice que mataron más de 500.

muchas banderas y abundante botín, antes que los italianos recibieran socorro.

Mudó por entonces el rey de Francia su alojamiento de la abadía de San Salvador á la de San Paolo, dejando en el primero de estos monasterios 2.500 grisonos. Noticioso de ello Leyva, ideó al punto una salida, que como la anterior, fué realizada por tropas alemanas y españolas, obteniendo el mismo lisonjéro suceso. Desembocaron los germanos por la Puerta Nueva, y por una contramina los de España; y arreglando unos y otros con oportunidad sus movimientos, cayeron de súbito en la hora de anochecer sobre el campo de los grisonos. Más prevenidos éstos que los italianos, opusieron valerosa resistencia al ímpetu de los sitiados; pero como los agresores se batían con ruda bizarria y su impulso era irresistible, vencieron cuantos obstáculos hallaron en su camino, matando en poco tiempo más de 600 enemigos, cogiendo tres piezas de artillería y apoderándose de rica presa. Al ruído del combate comenzaron á moverse los franceses para acudir en auxilio de los maltrechos grisonos; dió entonces Leyva á los suyos orden de retirarse, y fué tan á tiempo, que para penetrar sin quebranto en la ciudad tuvieron que dejar en el foso los cañones cogidos hasta el día siguiente, en que pudieron introducirlos en la plaza (1).

Solía también molestar á los sitiados el capitán Guevara con una compañía de españoles que estaba al servicio de Francisco; é indignado Leyva por la conducta de esta gente, que olvidando los más sagrados deberes peleaba contra su patria, se resolvió á imponerles duro escarmiento, haciendo salir 200 arcabuceros y 300 piqueros, los cuales, con tal furia dieron en los de Guevara, que les obligaron á emprender vergonzosa fuga (2).

Desesperando Francisco I del buen éxito de la empresa, pues todos los medios de que hasta entonces se valiera habían sido inútiles, hizo construir minas, que adelantaron con gran prontitud; pero An-

(1) Da cuenta Sandoval de otra escaramuza, en la cual, dirigiéndose los sitiados al paraje en que el Rey tenía su artillería, clavaron las piezas y mataron é hirieron alguna gente, sin recibir ellos ningún daño.

(2) *Noticias de las hazas de Antonio de Leyva en Italia.*

tonio de Leyva, cuyo ingenio era mayor en los grandes peligros, abrió contramina, malogrando así los intentos de los sitiadores.

Cuando así estaba comprometido el honor del ejército francés y su propia reputación, cometió Francisco la grave falta de disgregar parte de sus tropas, enviando al Duque de Albania con 6.000 hombres (1) al reino de Nápoles, donde había de unirse con las tropas de Renzo de Ceri, ya con la esperanza de apoderarse de la capital, ya para llamar la atención de los imperiales, determinándoles á alejarse de Lombardía. Alarmado Lanoy, pensó marchar rápidamente á Nápoles; pero le apartó de tal propósito Pescara, haciéndole ver que era en Lombardía donde se ventilaba el éxito definitivo de la lucha, y que el vencimiento del monarca francés decidiría por completo el resultado de la guerra, cualesquiera que fuesen las ventajas que los enemigos alcanzaran en otros puntos de Italia.

(1) Dice Doria, en su *Compendio de los sucesos de la vida de Carlos V.*, MS. Biblioteca Nacional, que eran 5.000 hombres.

VII

Continuación del sitio de Pavía. Rebelión de los alemanes. Consiguen los imperiales entrar dinero en la plaza. Tratos entre Francisco I y el Coronel alemán de la plaza. Batería dada á un puente que es cortado por los defensores. Entra en la ciudad gran cantidad de pólvora. Decidense ambos ejércitos á dar batalla.

Continuaba el sitio de Pavía cada vez más apretado; había sabido Antonio de Leyva vencer los ataques del enemigo, desconcertar sus planes, llevar al campo francés la confusión y el espanto con continuos rebatos, y sufrir los efectos de la miseria. Mas como si esto no fuese bastante para acreditar sus dotes y energía, aún tuvo que luchar con nuevos é imprevistos obstáculos: los alemanes, que no recibían las pagas hacía algún tiempo, reuniéronse tumultuariamente, manifestando su resolución de entregar la plaza al francés, para obtener buena recompensa, si no les eran satisfechos sus sueldos. Pavía se encuentra en el borde de su ruina: la bandera francesa va á ondear sobre sus combatidos muros, y á punto están de ser estériles todas las privaciones pasadas. Dirígense los alemanes hacia las puertas de la ciudad; mas por fortuna, cuando acaso iban á realizar sus fatales designios, aparece entre ellos Antonio de Leyva. Con persuasivo acento les pide el Capitán ilustre que depongan su actitud hostil; presenta ante su imaginación con vivos colores el cuadro de

triunfos y de gloria que les aguarda en aquella heróica defensa, y la vergüenza y deshonor que oscurecerá sus buenas acciones si ponen por obra la indigna bajeza de entregar al enemigo la plaza confiada á su lealtad y valor. Al escuchar la voz enérgica y las frases inspiradas del caudillo que tantas veces combatió con ellos en los puestos de mayor peligro, sin sentir desfallecimiento en las empresas más arriesgadas y difíciles, y que al tiempo mismo que sus soldados sufren los efectos de la penuria, ceden los revoltosos en sus pretensiones, y reducidos por la noble actitud de Leyva, abandonan sumisos las armas que iban á poner al servicio del sitiador. Así, merced al prestigio que el excelso Capitán gozaba entre los suyos, se salvó Pavía de gravísimo conflicto; mas porque no se repitiese, distribuyó á seguida Leyva entre los alemanes la plata y joyas que tenía.

Quedaba por entonces resuelta la dificultad del momento; pero como en lo sucesivo pudiera reproducirse, avisó Leyva á Lanoy y Pescara el apuro grande en que se hallaban por falta de dinero. Comprendiendo los Jefes imperiales lo urgente de la demanda, aprovecharon una coyuntura, deparada por imprevistas circunstancias. Un Alférez, de nombre Cisneros, había matado á un soldado que faltara á ciertos deberes; la severidad de la disciplina exigía que fuese expulsado de las filas del ejército, y pensando Lanoy y Pescara que para evitar la deshonrosa pena daría Cisneros pruebas de intrépido valor, le ofrecieron el perdón si lograba entrar dinero en Pavía. Aceptó el Alférez gustoso la propuesta, y junto con un soldado llamado Romero, se presentó al rey de Francia, exponiéndole la causa por que habían salido del campo imperial, y ofreciéndose á estar con él sin sueldo hasta acreditar su valor; acogiólos el Rey, y tomaron parte en las escaramuzas con los sitiados, en una de las cuales fué herido Cisneros. Cierta día se apartaron del campo y fueron á hablar con unos labradores, que por encargo de Pescara traían 3.000 ducados en los forros del traje. Cambiaron con ellos las chaquetas, y les dijeron que si oían unos tiros de artillería al día siguiente dentro de la plaza, manifestasen á Pescara que habían llegado; y que si no los oían, le dijese que habían muerto. Para efectuar sus planes, se dirigieron á una mina, donde mataron á la guardia, y

sin más dificultades llegaron á Pavía, entregando el dinero á Antonio de Leyva, quien al punto lo distribuyó entre sus tropas, diciéndoles, según el relato de un escritor (1), muchas mentiras mezcladas con verdades, y animándoles á sufrir las penalidades del sitio.

No cesaron con esto los peligros y azares á que se vió expuesta la plaza. Mandó Francisco I á un coronel de alemanes que escribiese al de Pavía, su pariente, ofreciéndole grandes dádivas si les abría las puertas de la ciudad: el coronel sitiado (2) respondió que no podía sufrir á Antonio de Leyva, y que les daría entrada por el puente la noche que él quedase de guardia, poniendo para ello gente de su confianza. Refiere Cerezeda que una tudésca avisó á un soldado alemán la gran traición que se preparaba, y que éste, observando en la guardia del puente tropas á quienes no les correspondía aquel servicio, creyó verdadera la noticia que se le había dado, y corrió á participarla á Antonio de Leyva. Llamó éste al punto á la tudésca, y enterado del caso, montó á caballo, se dirigió á los muros de la ciudad, mandando doblar las guardias, y al llegar al puente dijo al coronel que sabía por un espía que había mucho movimiento en el campo francés, y le encargaba que ejerciese mucha vigilancia, enviándole para ello de refuerzo al Capitán Bracamonte con 200 arcabuceros, 100 que se colocaron en medio del puente y otros 100 á la entrada de él. Vinieron los franceses á la hora convenida, y sorprendiéronse en extremo de que no les abrieran la puerta y de que, por el contrario, recibiesen un nutrido fuego de arcabucería (3), que hizo fracasar los aviesos planes que se habían fraguado. Murió el coronel tudésco á los pocos días, según se dijo, de resultas de un banquete á que fué invitado por Leyva; achacaron por esto unos su muerte á que se había excedido en la comida, y otros dejaron entrever que fué debida á un tósigo que hizo suministrarle el General español. Los autores más reputados, al llegar á este punto, se encierran en prudente reserva y

(1) Vallés.

(2) Cerezeda le llama Festtefriz, Paulo Jovio Azorno, y las *Noticias de las hazañas de Antonio de Leyva en Italia* Conde de Sarno.

(3) *Noticias de las hazañas de Antonio de Leyva en Italia*.

no presentan pruebas que acrediten una ú otra de las dos versiones. El Sr. Lafuente, sin embargo, acepta la segunda suposición, y tiene por cierto que el coronel alemán fué envenenado por Leyva; pero como no aduce testimonios de ninguna clase que confirmen sus asertos, tenémoslos por aventurados (1).

Viendo el mal éxito de la asechanza proyectada, ordenó el rey Francisco batir el puente con la artillería: defendiéronse bien las tropas que allí estaban; pero conociendo Leyva el riesgo de conservar aquella comunicación, determinó cortar el puente y construir en la parte de la ciudad que á él daba un fuerte baluarte, donde colocó tres piezas. Impaciente Francisco I al observar el mal suceso de todas las tentativas que hasta entonces se hicieran, ordenó hacer vivo fuego de cañón contra la población; mas como Leyva reconstruía los muros y aumentaba á cada momento la fortificación, en tanto que una parte de sus tropas molestaba á los enemigos con incesantes tiros de arcabuces, fueron inútiles los ataques del francés.

De nuevo escaseaba el dinero en Pavía, y Leyva, que no se fiaba en la constancia de los alemanes, solicitaba con insistencia de Pescara y Lanoy que atendiesen á conjurar el conflicto que prudente preveía. Apelaron entonces los Generales de Carlos á un ardid que produjo el apetecido resultado. Condujeron dos vivanderos al campo francés un barril que aparentaba contener vino; y como los de la plaza se hallaban advertidos de que lo que contenía era dinero, se acercaron al sitio en que el barril estaba, y apoderándose de él, lo condujeron sin demora á la ciudad, donde pudo atenderse á las más apremiantes necesidades.

Por fin, en los comienzos del año 1525 entró en Lodi Borbón con 10.000 alemanes de refuerzo. Sabían los imperiales la crítica situación de Leyva, y acordaron por esto acudir en su socorro, dejando á Esforcia encargado de guardar á Lodi y Cremona y de conservar las comunicaciones del ejército.

(1) El drama *Antonio de Leyva* nos presenta al Coronel tudesco muerto en honrosa lid por Leyva.

Con unos 18.000 hombres marcharon hacia Pavía los Generales del Emperador, resueltos á presentar batalla al rey de Francia, cuyas fuerzas, mermadas por los combates y las naturales fatigas del sitio, sufrieran también en su moral notable desfallecimiento. Mandaban los hombres de armas Lanoy, Borbón y Alarcón, y la infantería española, los Marqueses de Pescara y del Vasto; gobernaban á los italianos Papapode y César de Nápoles; dirigía los caballos ligeros el Marqués de Civita de Sant Angelo, y los alemanes se hallaban bajo la conducta de Jorge Frunsberg, que como los anteriores, era caudillo muy experto en aquellas lides.

Tomó primero el ejército el camino de Milán, pensando atraer allí al francés; mas como no lo consiguieran, atacaron y entraron por fuerza la villa de Sant Angelo y su fortaleza, y sin más detenimiento marcharon á Pavía. Fué en lo sucesivo de provecho la posesión de Sant Angelo, porque aseguraba la llegada de vituallas que enviaba Esforcia desde Cremona.

Llegaron los imperiales el día 7 de Febrero de 1525 á la vista de la plaza sitiada, recibiendo el enemigo con numerosas descargas, que afortunadamente causaron escaso daño. Con el tronar de los cañones franceses se unía el estrépito de la artillería de Leyva, que así celebraba la próxima liberación de la ciudad.

Movió Francisco su campo á fin de no dejar entrar socorros en Pavía; puso el cuartel real en el palacio de Mirabello, dentro del parque (1), colocando á su lado al Duque de Alenzón, y rompió el muro del parque, con objeto de comunicarse con los que estaban fuera. Más animado Leyva con la presencia del socorro, y confiando ya en el triunfo, menudeaba aquellos días las escaramuzas y salidas, con que llevaba la confusión al campo enemigo y recogía cuantioso botín. La proximidad de uno y otro ejército hacía inminente la batalla, y á tal punto se acercaron los campos, que en una ocasión cayó una bala de artillería disparada del campamento francés dentro de la tienda en que los Generales imperiales acababan de celebrar consejo.

Tomábale, en tanto, el Monarca francés de sus Capitanes: opina-

(1) O Bartho, como le llaman los italianos.

ban por la retirada los más veteranos, creyendo que la falta de víveres y de dinero sería motivo bastante para disolver el ejército imperial, que antes se había de destruir con la astucia y la calma que por la fuerza de las armas. Bonnivet atacó este parecer, diciendo que podía considerarse como una fuga, que el rey de Francia en modo ninguno debía tolerar, y que pues su honor se hallaba personalmente interesado, se resolviese á dar la batalla, si los caudillos enemigos se la ofrecían. Cual siempre solía acontecer, adoptó Francisco la opinión de su favorito, que por otra parte se acomodaba mejor á las condiciones de su carácter, y resuelto á decidir en una batalla el éxito de la contienda, mandó llamar á La Tremouille y que trajese 7.000 hombres, dejando 2.000 para el asedio del castillo de Milán, é hizo incorporarse á todas las fuerzas francesas que por diversos puntos del Norte de Italia estaban esparcidas (1).

Hallándose Leyva con escasez de pólvora en la plaza, procuró Lanoy enviarle abundante cantidad con una escolta de caballos ligeros; más al pasar por el campo francés, cayó el convoy en poder del enemigo.

Escaramuzaban en aquellos días de Febrero imperiales y franceses; y como en una de estas refriegas entraran en el parque los soldados de Pescara, vino contra ellos gran golpe de tropas, con Bonnivet á la cabeza, llegando también á tomar parte en el combate el mismo rey de Francia, y concurriendo fuerzas de la plaza, que al oír el estrépito de las armas salieron, enviadas por Leyva, á tomar parte en la pelea. Fué ésta por extremo favorable á los españoles, que mataron á más de 1.000 franceses.

No cesando los de Pavía en sus continuos ataques, hicieron una salida el 17 de Febrero, y con tal ímpetu atacaron á los franceses, que pusieron muchos en retirada, causándoles buen número de muertos y heridos. Realizaron á los pocos días otra salida con inusitado vigor, poniendo fuego al monasterio de San Lanfranc.

De este modo iba decreciendo el ardor de las tropas francesas, en

(1) Dos mil de los que habían defendido á Marsella fueron deshechos por Mayno, que salió á su encuentro desde la plaza de Alejandría.

tanto que los imperiales adquirirían mayores alientos. La situación de los sitiados era, sin embargo, cada vez más angustiosa; faltánbanles alimentos y veíanse precisados á comer las bestias y caballos. Antonio de Leyva avisaba continuamente á los Generales imperiales su apuradísima situación.

Siendo poco menor la escasez en el campo de Lanoy, reuniéronse los Jefes en consejo, y en él se emitieron muy distintas opiniones: decían algunos que debían arrebatár á Milán por un asalto: opinaban otros ir al Cremonés para poderse mantener; mas Pescara fué de parecer que se diese en seguida la batalla, tanto porque si la ganaban, como él esperaba, se apoderarían del campo francés, abundantemente provisto de todo, cuanto porque con la retirada sufriría, sin duda, grave daño la disciplina de las tropas y se rendiría sin dilación la plaza.

Recibió orden el Capitán Arrio de entrar en Pavía á informar de todo á Leyva y decirle que, cuando oyese dos tiros de artillería gruesa, saliera de la ciudad. Disfrazóse el Capitán, y cuando pasó por donde estaba un centinela que le pidió la seña, dijo que era soldado de Juan de Médicis, que había estado algo apartado del campamento, y no la había entendido: dejóle pasar la guardia y consiguió entrar en la ciudad, dando cuenta á Leyva de su embajada.

Contada á Pescara la disposición de la batalla, como que su dictamen prevaleció, pasó á los de decidir á empuñar combate. Urdió en la noche del 23 de Febrero á los Capitanes Salcedo y Santa Cruz, y dióles herramientas para romper el muro del parque, á donde pensó trasladar el ejército imperial, por lo mismo que era sitio en que el francés se consideraba muy seguro y era la vigilancia más escasa que en otra parte.

Hizo, Pescara, antes de comenzar el movimiento, prender fuego á las chozas y tendas, y no imaginado Francisco I que aquel incendio pudiese obedecer á otro motivo que el de retirarse, suponia ya á los nuestros abandonando aquellas posiciones y renunciando á toda idea de lucha. Error grande, que fué de felices consecuencias para los imperiales, porque en su extrema confianza, descuidó el rey de

VIII

Penetran los imperiales en el parque de Pavia. Toma de Mirabello.

Derrota Alenzón á los italianos. Descalabro de la caballería francesa. Son deshechos los alemanes por Pescara. El cañón de la plaza diezma las filas de los suizos. Sufren éstos la misma suerte que los alemanes. Rompe Leyva la tropa italiana. La artillería francesa cae en poder de los arcabuceros españoles. Retirada de Alenzón. Gran victoria de los imperiales. Prisión de Francisco I. Importante papel de Leyva en esta batalla.

Confiada á Pescara la disposición de la batalla, como que su dictamen prevaleciera persuadiendo á los demás á empeñar combate, llamó en la noche del 23 de Febrero á los capitanes Salcedo y Santa Cruz, y dióles herramientas para romper el muro del parque, á donde pensó trasladar el ejército imperial, por lo mismo que era sitio en que el francés se consideraba muy seguro y era la vigilancia más escasa que en otra parte.

Hizo Pescara, antes de comenzar el movimiento, prender fuego á las chozas y tiendas; y no imaginando Francisco I que aquel incendio pudiese obedecer á otro motivo que al de retirada, suponía ya á los nuestros abandonando aquellas posiciones y renunciando á toda idea de lucha. Error grande, que fué de felices consecuencias para los imperiales, porque en su extrema confianza, descuidó el rey de

Francia la guardia del parque, y facilitó así grandemente los planes de Pescara.

Con largas vigas, en cuyos extremos había punzante hierro, rompieron los dichos capitanes el muro por tres distintas partes, y poco antes de amanecer comenzó á penetrar el ejército por las brechas abiertas. Al advertir Francisco este movimiento, formó sus tropas en línea de batalla, paralela al muro occidental del parque. Formada la derecha ó vanguardia, el Duque de Alenzón, con buen número de tropas, se colocó en el centro; hacia Mirabello, gran golpe de fuerzas, capitaneadas por el mismo Rey y los más afamados caudillos franceses; á la izquierda, en dirección de Pavía y próximos á la plaza, se encontraban varios escuadrones de suizos. En este alto colocó el francés 50 piezas de artillería, que desde luego comenzaron á batir á los imperiales que entraban en el parque.

Avanzaban, llevando la vanguardia, que después fué á la derecha, los marqueses de Pescara y del Vasto con 6.000 infantes españoles; iban detrás 12.000 alemanes, gobernados por Jorge Frunsberg, y más á retaguardia unos 2.000 italianos, que dirigían Papapode y Cesaro de Nápoles. Lanoy, Borbón y Alarcón acaudillaban la caballería (dividida, como la infantería, en tres cuerpos), y se colocaron en la izquierda del ejército. La artillería, que era poco numerosa, se puso á las órdenes de Pescara.

Antes de que viniesen á las manos los dos ejércitos, tomó Pescara súbitamente á Mirabello, y apostando entonces dos cañones en lugar apropiado, colocó la infantería en una ondulación del terreno, aguardando allí la embestida del adversario.

Oculto, en tanto, por una alameda, marchó hacia las brechas que abrieran los nuestros el Duque de Alenzón con 5.000 suizos y 500 lanzas, y dando de sorpresa sobre los italianos, logró al tercer ataque ponerlos en desorden. Fuese de consecuencias graves esta ventaja si el francés prosiguiera en su avance, porque privados los nuestros de retirada y acometidos en todas partes por fuerzas muy superiores, viéranse en situación harto comprometida y difícil.

Desalentóse Lanoy al ver los progresos de Alenzón, y suponiendo tal vez próxima la derrota de los suyos, ordenó á Pescara que se me-

tiese en Mirabello con los españoles é italianos que pudiera recoger. Por dicha no obedeció Pescara la orden del Virrey, escusándose con que, de atender su mandato, sería luégo deshecho por la artillería enemiga; y como Lanoy insistiese, contestóle el Marqués que, una vez sacada la espada, sólo restaba vencer ó morir; que atacase con su caballería á los franceses, y que él haría lo mismo con sus tropas.

No necesitaron los nuestros moverse para chocar con el adversario. Hizo Francisco avanzar sus lucidas lanzas, en donde iban Bonnivet, La Paliza, Enrique Albret, el Príncipe de Escocia, La Tremouille, Lescun, Monmorency, Saint-Paul, Aubigny y otros célebres Capitanes; y como mucho más numerosos que nuestros jinetes y de igual bizarría, causaron algun desórden entre los de Lanoy, Borbón y Alarcón, bien que el combate fuese terrible y encarnizado. Por fortuna, Pescara, que en aquella jornada dió muestras de expertísimo caudillo, al advertir el apuro de los hombres de armas españoles, envió en su auxilio al Capitán Quesada con 200 arcabuceros, los cuales, con tal destreza se manejaron y con tal suerte combatieron, que diezmaron aquel cuerpo selectísimo, donde iba la flor de la nobleza francesa. Hubo allí notables rasgos de valor; Lanoy y Borbón luchaban en los sitios más arriesgados, y Fernando de Alarcón, perdido el caballo y rodeado de franceses, fuera en aquel momento muerto si oportunamente no acudiesen en su socorro algunos arcabuceros. El mismo monarca francés acreditaba en la refriega su personal denuedo, matando con su pica al marqués de Civita de Sant Angelo, á quien arrastró su caballo dentro de las filas enemigas. Los arcabuceros, hábilmente diseminados y cubiertos con los pliegues del terreno y los árboles del bosque, de tal modo introdujeron la confusión en los franceses con sus certeros disparos, que al fin cedieron éstos el campo, dejando entre los muertos personajes ilustres (1).

Habíase en tanto generalizado el combate, y contra la gente de Pescara se adelantaron los escuadrones alemanes en número de 15.000, que iban á probar su arrojo contra la bien dispuesta infante-

(1) El señor de La Paliza se rindió á un Capitán de arcabuceros por una crecida suma, pero fué después muerto por un soldado.

ría española. Distribuyó Pescara los arcabuceros en la línea de las picas; y al punto que sobre nuestras filas cargaron los alemanes, recibieronlos aquéllos con tan seguros golpes que, según un escritor, en lugar de 600 parecían 6.000; tal era el destrozo que en el cuerpo enemigo causaban. Llegaron así á mezclarse los infantes alemanes con los nuestros, y como si lucharan por conservar el prestigio de su fama, daban unos y otros arrogantes muestras de heróico valor. Allí fué donde Pescara, mezclándose bizarramente con sus enemigos, pudo volver á los suyos con el caballo moribundo, llevando en su propio cuerpo tres heridas, que por su suerte no le obligaron á abandonar el sitio del combate. Rompieron, finalmente, nuestros peones la formidable infantería alemana, y con tan grande estrago, que mataron en la refriega más de 5.000 enemigos.

No fué mejor la suerte de los escuadrones suizos. Apostados en el lugar llamado la Toretta, recibieron desde el principio de la batalla grave é incesante daño de los defensores de la plaza; porque Antonio de Leyva, que advirtió la proximidad de la izquierda francesa, mandó romper sobre ella el fuego de la artillería colocada en un *caballero* que á prevención había levantado en el castillo de Pavía para dominar el exterior; y hallándose los suizos muy á tiro, fué tan eficaz y certero el de la plaza, que antes de entrar en combate perdiera ya la infantería helvética buen número de hombres, con que se enflaqueció notablemente su moral. Así fué que, cuando por orden del monarca francés atacaron á los alemanes de Frunsberg, bien podía preverse el resultado de la pelea. Fueron recibidos los helvecios en la forma misma en que Pescara había aguardado la acometida de los infantes que contra él cerraron; y no menos diestros los arcabuceros en aquel punto que en el resto de nuestra línea (1), muy luégo destrozarón con sus descargas á los escuadrones suizos, obligándoles á emprender una pronta retirada, sin que fuera parte á detenerles la celebridad y prestigio que por su solidez disfrutaban.

Con ser grande el apoyo que la artillería de la plaza prestara para

(1) El rey de Francia, después de la batalla, dijo que había sido derrotado por los arcabuceros españoles, que en todas partes los había encontrado.

la fácil derrota de los suizos, aún tomó la guarnición de Pavía más directa y activa parte en la pelea. Antonio de Leyva, que á pesar de hallarse aquejado de molesta dolencia (1), seguía con incesante anhelo y previsión las peripecias de la jornada, advirtió el aislamiento en que se encontraba un cuerpo de 10.000 italianos encargados de observar la ciudad, y tratando por lo menos de inutilizar aquella fuerza, impidiéndole combatir en otro punto, hizo salir contra ella 1.000 españoles é italianos de la guarnición, que dirigió en persona, conducido en una silla, donde la gota le retenía. No obstante la escasez de su tropa, alcanzó Leyva el objeto que se propuso; y de tal modo entretuvo á los italianos con larga escaramuza, que por completo impidió que el rey de Francia los utilizara en mejor sitio durante la batalla (2).

A todo esto, no teniendo ya Pescara enemigos á su frente, lanzó 300 arcabuceros contra la artillería francesa, que guardaba un escuadrón de hombres de armas; acudió Alenzón en ayuda de éstos, y pudo contener la primera embestida de los españoles; pero como luego con mayor ímpetu volvieron los nuestros á la carga, se apoderaron al fin de los cañones enemigos.

Fué desde este momento grandísima la confusión en el campo francés. Batidos en todas partes, sin fácil línea de retirada y acosados sin descanso, pronto el desorden se hizo inmenso y el desastre terrible y espantoso. De toda aquella lucida gente, que llena de soberbia entró en batalla, únicamente se retiraron en buena ordenanza los que el Duque de Alenzón llevaba, saliendo del parque por el lado del Oriente y atravesando el Tesino por el puente que el capitán Guevara defendía. Se precipitaron luego muchos por este mismo camino; pero como fuesen de cerca seguidos por los nuestros, cortó Guevara

(1) Debió entonces comenzar la enfermedad de la gota en Leyva, pues antes siempre asistió á caballo á los combates.

(2) Sandoval, Robertson, Fabraquer, Díaz, Moreno, Calonge, Suárez de Alarcón, Paulo Jovio, Miniana, Aznaya, Pérez de Castro, Lafuente, Cánovas del Castillo, *Noticias de las hazañas de Antonio de Leyva en Italia*, *Biographie unive selle ancienne et moderne*, y Mignet,

el puente que estaba á su cargo; y no teniendo los franceses otra retirada, perecieron muchos en las aguas del río, donde se arrojaron para salvar la libertad y la vida.

Todo era matanza y exterminio en el campo de batalla; la guarnición de Pavía, aun con estar famélica y quebrantada por efecto de los rigores del sitio, se extendió por todas partes, y no fué poco el terror que causó en los restos del ejército francés (1), matando é hiriendo á gran número y cortando los puentes para impedir la fuga.

Rotos y deshechos todos los escuadrones enemigos, sólo en algunos puntos se sostenían combates parciales; el botín era inmenso, y no pocos capitanes hubo que, para salvarse, ofrecieron á los que les aprisionaban cuantiosas sumas.

Francisco I, viéndose perdido y encontrándose sin ninguno de sus Generales, pues habían muerto La Paliza, La Tremouille, Bonnivet, Lescun, Buxi d'Amboise, Tournon, Chaumont d'Amboise, Saint-Mesmes, Saint-Severin, Laval de Bretagne, el Duque de Suffolt, el Señor de Lorena, el bastardo de Saboya, Morette, Luppe y Chataigne (2), y los demás estaban prisioneros, determinó retirarse, si le era posible, tomando el camino de la muralla del parque (3), con el pensamiento de marchar hacia Milán; pero como el muro estaba por allí cerrado, vagaba sin concierto en una y otra dirección, cuando cayó su caballo (según algunos herido de un arcabuzazo), cogiendo debajo una pierna del Rey: acercóse á él entonces un hombre de armas de D. Hugo de Moncada, vizcaíno, llamado Juan de Urbietta (4), el cual le exigió que se rindiera; contestó Francisco á la intimación diciendo: «La vida, que soy el rey de Francia;» y comprendiendo el vizcaíno lo que el Rey decía, aunque fuese en francés, le pidió que libertase á D. Hugo y que manifestase que había llegado antes que nadie; pues habiendo visto que el Alférez de su compañía peleaba con varios franceses defendiendo el estandarte, se fué al punto á ayudarle. Se acercó entonces al Rey

(1) Paulo Jovio, Vallés.

(2) Champolion Figeac.

(3) Crumello, *Cronaca*, pág. 374.

(4) No Juan de Villarta, como dice el Conde de Clonard.

otro hombre de armas llamado Diego de Ávila, quien le pidió una prenda en prueba de ser su prisionero; le dió Francisco el estoque y una manopla, y el soldado trataba de sacarle de debajo del caballo, cuando se acercó á ellos otro jinete gallego, de nombre Pita da Veiga, el cual, después de haber conseguido, junto con Ávila, levantar al prisionero, le quitó el cordón de San Miguel. Vinieron entonces otros muchos soldados, que le maltrataron y le amenazaron con la muerte, y hubiérase visto el Monarca en grave peligro si el Señor de la Motte, parcial de Borbón, que estaba al servicio del Emperador, no le reconociera y defendiera contra todos los que le rodeaban. Pidió La Motte al Rey que se entregara á Borbón, mas el Soberano de Francia no quiso, y mandó llamar á Lanoy, que se presentó con mucho respeto al regio prisionero, recibiendo arrodillado su espada y dándole la suya.

Así terminó la célebre batalla que marca una de las fechas más gloriosas de nuestra historia (1). Consolidó allí nuestra infantería la fama que gozaba de ser la primera del mundo; acreditó sus dotes de General expertísimo el marqués de Pescara, con las inteligentes disposiciones que dió á los arcabuceros y la pericia con que dirigió las maniobras, y Antonio de Leyva, además del nombre y reputación que ya conquistara por la defensa de Pavía, contribuyó por importante modo al éxito de la batalla, quebrantando la infantería suiza y entreteniendo el numeroso cuerpo de italianos; y bien puede decirse que con sus acertadas resoluciones inutilizó más del tercio del ejército francés.

(1) Tratan de esta gloriosa batalla, á más de los autores mencionados, aunque no tan detenidamente, *El Crotalon* de Christophoro Gnophoso, Quiñones, y Sobrarias, poema latino sobre dicha batalla, publicado en el *Catalogus librorum Certina et Morante*, tomo VII.

este hombre de armas llamado Diego de Avila, quien se habia en-
 treado en batalla de ser su prisionero; le dio Francisco el escudo y
 una manopla, y el soldado trataba de sacarle de debajo del caballo
 cuando se acercó a ellos otro jinete gallego de nombre Pizarro, el
 qual, despues de haber coneguido junto con Avila lo venia
 al prisionero, le quitó el cordon de san Miguel. Quando entonces
 otros muchos soldados que le abastaban y le amanzaban con la
 muerte, y habiessen visto al Monarca en grave peligro al señor de
 la Motte, general de Borbon, que estaba al servicio del Imperador,
 no le reconocieron y detendiéronle contra todos los que le rodeaban. Pizarro
 la Motte al Rey para que se entregara a Borbon, para el soberano de Fran-
 cia no quiso, y mandó llamar a Lanoy, que se presentó con mucho
 respeto al regio prisionero, recibiendo encolizado en espaldas y dan-
 dole la suya. Así terminó la celebre batalla que duró una de las horas más
 gloriosas de nuestra historia (1). Conoció allí nuestra infantería la
 fama que gozaba de ser la primera del mundo, y de sus datos de
 General experimentó el método de buscar con las inteligencias las
 posiciones que dio a los arcañeros y la pericia con que dirigieron las
 maniobras. Y Antonio de Leyva, además del nombre y reputación
 que ya conquistara por la batalla de Pavia, contribuyó por impor-
 tante modo al éxito de la batalla, quebrantando la infantería enemiga
 entreteniendo al numeroso cuerpo de italianos, y aun pudo decirse
 que con sus acertadas resoluciones inutilizó más del tercio del ejer-
 cito francés.

(1) Trata de esta gloriosa batalla, además de los autores mencionados, aunque no tan
 detenidamente, El Cronista de Christophoro Groporio, Guionnes y Soderinus, como
 latino sobre dicha batalla, publicado en el catalayes librum Cesaris et Alouate,
 tomo VII.

IX

Conjuración que se preparaba contra las tropas y el poder de Carlos V. Prende á Morón Antonio de Leyva. Sitio y toma del castillo de Milán, donde se refugia Esforcia: sofocan Leyva y Vasto las rebeliones de los milaneses. Estos capitanes unidos á Borbón, rechazan de los muros de la ciudad al ejército de la Liga. Abandona la Lombardía el grueso del ejército, y queda Leyva encargado de la defensa de aquel territorio.

Después de la decisiva batalla ganada contra el rey de Francia, reunidos en consejo Lanoy, Pescara, Leyva, Alarcón y algunos otros capitanes, acordaron que se condujera á Francisco I al reino de Nápoles, acompañado de Lanoy y Alarcón; pero faltando el primero al acuerdo tomado, resolvió de improviso conducir á España al Monarca prisionero, concitando contra sí el odio de Borbón y de Pescara, que se juzgaron burlados con tal resolución (1). Pasó el Condestable á España con objeto de exponer su queja al Emperador, y el marqués de Pescara, que con Leyva quedara mandando las tropas imperiales, manifestó por escrito á Carlos su descontento, deshaciéndose en invectivas contra el Virrey.

En mal hora se suscitaron con este motivo graves discordias en-

(1) Champolion Figeac, «Captivité de François 1^{er},» publicado en los *Documents sur l'histoire de France*, Paris, 1857.

tre los Generales del Emperador; porque á la verdad, no era muy sincera la adhesión de los Príncipes italianos para que la falta de acuerdo entre los jefes imperiales no pudiese acarrear funestas consecuencias. Molestábanle á Esforcia los tributos que se le exigían para el mantenimiento de las tropas, y ya por esta causa, ó porque le pesara el dominio de Carlos en el Estado de Milán, deseaba sacudir el extraño yugo; bien que, no atreviéndose á afrontar á la luz del día las iras del monarca español, valiérase para realizar sus planes de recónditos é insidiosos manejos. No le faltaron en tal ocasión los auxilios de sus compatriotas y de algunos Príncipes extranjeros, y tampoco se mostró sordo á las excitaciones de Esforcia el Pontífice Clemente, á quien sobremanera contrariaba la preponderancia que en Italia consiguiera Carlos V, merced á los gloriosos triunfos de sus tropas.

Era ducho Esforcia en secretas intrigas, y en sus arteras maquinaciones ayudábale valiosamente Morón, su primer Ministro, hombre de gran inteligencia y habilidad. Descubriendo el descontento de Pescara, trataron con destreza de atraerlo á su partido, y conociendo del corazón humano, no economizaron ofertas que pudieran halagar al experto General. Era el proyecto de los conjurados restablecer á Esforcia en el Ducado de Milán, despojar al Emperador de sus posesiones en Italia y conferir al marqués de Pescara la Corona de Nápoles, cuya investidura le sería confirmada por el Papa. Contaban así atraer á su partido las tropas que siguieran á Pescara (1), y destrozarse con ellas las que se mantuviesen fieles á Leyva, único estorbo á sus designios.

Sintió, al parecer, Pescara, flaquezas censurables; mas fuese por que á este tiempo recibiera notorias pruebas del afecto de Carlos, ó porque se rebelase su conciencia contra la idea de una traición in-

(1) Cantú, en su *Historia Universal*, dice que era el Marqués Alfonso de Pescara orgulloso, envidioso, ingrato, avaro, rencoroso y cruel, sin religión, sin humanidad, y nacido únicamente para la ruina de Italia. Juicio apasionado y fuera de razón, porque nadie en estas palabras podrá reconocer á Pescara, á quien Cantú erróneamente llama Alfonso, acaso confundiéndole con el Marqués del Vasto.

digna, resolvióse á noticiar al Emperador la conspiración que en el misterio se fraguaba (1), é inmediatamente llamó á Morón al castillo de Novara, con el aparente objeto de terminar las negociaciones. Acudió allí el emisario de Esforcia con entera confianza; pero cuando más entretenido estaba en la discusión, sorprendióle la súbita presencia de Antonio de Leyva, á quien Pescara había ocultado detrás de un tapiz, el cual, sin demora, le condujo preso al castillo de Pavia (2). Fácilmente averiguaron entonces ambos Generales los secretos de la conjuración; y como en ella aparecía enteramente clara la intervención de Esforcia, recogieron parte de su ejército y marcharon á poner sitio al castillo de Milán, donde el Duque se había refugiado. Así se descubrió á punto la misteriosa Liga, que hubiera podido producir daño grande al poder de Carlos V; y en el negocio intervino eficazmente Antonio de Leyva, cuya adhesión á su Monarca y lealtad á su patria, jamás sufrió desmayos ni quebrantos.

Acaeció poco después la muerte prematura de Pescara, en quien se reunían excelentes cualidades de General, y vino por el pronto á recaer el mando de las tropas en Antonio de Leyva, en el momento en que amenazaba descargar sobre el ejército imperial furiosa tempestad. El Papa, los venecianos, el Duque de Milán y otros Príncipes, levantaban grueso contingente de tropas, y apercibíanse para lanzarse sobre las de Carlos V y desposeer al Emperador de sus Estados en Italia.

Difícil era la situación de los imperiales, y menester se hacían condiciones sobresalientes en los jefes españoles para conjurar el conflicto. Hablando de este asunto el Conde de Clonard en su *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería española*, supone que agravaba el estado de las cosas la muerte de Pescara; porque

(1) Guichardini, en su *Historia de Italia*, tomo III, afirma que se decía que la primera noticia que tuvo el Emperador de esta intriga fué por Leyva; sin embargo, no nos parece verosímil la versión.

(2) Guichardini, Clonard, Cantú, Robertson, Lafuente. Grumello, que trata esto detenidamente, inserta la alocución que dirigió Leyva á los de Pavia, dándoles cuenta de la prisión de Morón, que fué verificada el 16 de Octubre de 1525.

Borbón, nombrado para el mando superior del ejército, en que gozaba gran crédito por las excelentes cualidades que le distinguían, se hallaba aún en España, y Leyva, que entre tanto ejercía el cargo supremo, si era firme, intrépido, perseverante é ingenioso, carecía de aquella reputación que sólo se consigue por una larga serie de triunfos. Respeto nos merece el reputado escritor; pero, en nuestro juicio, no anduvo esta vez muy exacto y atinado en sus afirmaciones. Pues qué, ¿era acaso Leyva nuevo y desconocido en la milicia? ¿Por ventura podían conceptuarse pocos y pequeños los servicios que prestara en la guerra de Nápoles, y escaso mérito el que más tarde contrajera en las luchas de Lombardía, combatiendo victoriosamente contra las expediciones de Lautrech y Bonnivet? Y cuando esto no fuera, ¿no bastaría á enaltecer á Leyva sobre otros Capitanes la heroica defensa de Pavía, donde tan alto colocó su nombre por el talento, bravura y perseverancia que en todos los períodos del sitio tuvo ocasión de desplegar?

Borbón no había alcanzado, á la verdad, una tan dilatada serie de triunfos, ni Pescara estaba encanecido en las batallas, y es por cierto, incurrir en notable error y dar en gran extravío, desconocer la reputación y fama que injustamente niega Clonard al glorioso defensor de Pavía.

Mientras que los coligados se aprestaban á caer sobre los imperiales con numerosas fuerzas, mantenía Leyva el sitio del castillo de Milán, donde, según se ha dicho, estaba refugiado Esforcia. Como el dinero andaba escaso, tenía el jefe español que exigir cuantiosas contribuciones á los ricos y mercaderes de la ciudad al objeto de estipendar las tropas que á sus órdenes militaban, y cierto escritor de aquella época, según él siguiendo la versión de personas dignas de crédito, dice que Leyva, del dinero que exigía á los milaneses, se reservaba 30 escudos diarios para sus atenciones (1). El rigor con que

(1) Guichardini, *Historia de Italia*, tomo III, pág. 180. Prueba lo contrario la siguiente carta del Abad de Nájera al Emperador, de 2 de Junio de 1526: «Acá se ha entendido, por letras de algunos particulares, que á V. M. han dicho que, aliende de los ecessos que la gente deste exército haze en el comer y rescatar, que Antonio de Leyva lleva cada día quinientos escudos, que serían XV mil cada mes. V. M. me mande cortar á mi la cabeza

en la recaudación del impuesto hubo que proceder, motivó que el pueblo se amotinase, haciéndose necesaria la presencia de Leyva y el Marqués del Vasto, quienes con la ayuda de algunos caballeros milaneses lograron dominar el conflicto, á condición de que los habitantes no pagarían con su dinero, sino con el del Estado, y de que no entrarían en la ciudad más soldados.

Pero como á los pocos días penetrasen algunas compañías con sus capitanes, de tal modo se exaltaron los ánimos, que se promovió un nuevo tumulto, en que fueron muertos varios soldados. Acudieron españoles y alemanes á sosegar el motín, bien que para ello fuese necesario levantar por el momento el cerco del castillo; y ante el gran alarde de fuerzas, depusieron los milaneses su belicosa actitud (1).

si jamás se hallare que ha llevado directa ni yndirectamente un maravedí. Él es muy noble caballero, de limpia conciencia y tan cumplido en las cosas de la honra, quanto manifiestan las obras que fasta ahora ha hecho. Por ser limpio y fiel servidor de V. M., tiene émulos y enemigos.» «Colección Salazar,» Biblioteca de la Academia de la Historia. Posteriormente á la presentación de esta Memoria en los Juegos Florales celebrados en Logroño, el Sr. Rodríguez Villa ha publicado éstos y otros documentos de dicha «Colección.»

(1) Según los trozos de las cartas que á continuación se insertan, Antonio de Leyva estaba descontento del Emperador: he aquí lo que dice á Carlos D. Lope Hurtado de Mendoza respecto á este asunto: «Antonio de Leyva está malcontento, porque le han avisado que V. M. no se tiene por bien servido dél. V. M. debe mandalle escribir, que agora no es tiempo de tener descontento tal capitan, y sobre tales servicios y voluntad, que por mi fe, de noche y de dia anda muriendo por mejor proveer lo que es menester y el remedio deste ejército.» En parecidos términos se expresa el Alad de Nájera en una carta al Emperador, de 10 de Julio de 1526, diciendo así: «Antonio de Leyva está muy malcontento, porque ha entendido que V. M. da crédito á los que le dicen que él ha inventado esta guerra y que ha llevado dineros de rescates. Lo que yo sé por verdad, es que despues del Marqués de Pescara (santa gloria haya), no ha tenido, ni tiene V. M. en Italia quien mejor entienda las cosas de la guerra, y que con mayor diligencia y trabajo haga en ella lo que cumple al servicio de V. M. y á su propia honra; y sé que no ha llevado, despues que yo estoy en este ejército, un maravedí de rescate. él y el Marqués del Guasto han vendido y empeñado lo suyo y de los amigos, fasta las camisas. Y así suplico á V. M. que piense más en hacer al Marqués y Antonio de Leyva las mercedes que sus servicios merecen, que permitir se diga de ellos lo que no hacen.» «Colección Salazar.»

Queriendo los Generales del Emperador evitar para lo sucesivo semejantes escándalos, desterraron á los jefes de los revoltosos; pero al saber esta disposición, nuevamente se levantó el pueblo con mayor orden que en los casos anteriores. Irritado Leyva al ver la obstinación de los habitantes, decidió hacer un escarmiento, y mandó atacar á los amotinados, al tiempo que envió aviso á los españoles que presidiaban las plazas vecinas para que sin demora acudiesen á la ciudad. Hiciéronlo así éstos, mas como á su arribo se había aplacado el tumulto, dilatóse hasta el día siguiente su entrada, para no irritar con la presencia de estas tropas á los milaneses, que ya para entonces cedieran á todas las condiciones que Leyva y Vasto estimaron oportuno imponerles.

Proseguían en tanto activamente sus aprestos los de la Liga, y como muy luego los terminaron el Papa y los venecianos, avanzó sobre Lombardía el Duque de Urbino con 24.000 hombres en el año 1526. Fueron afortunados los primeros pasos de este ejército, porque Lodi les abrió las puertas traidoramente, refugiándose en el castillo la guarnición española que allí había. Acudió en seguida el Marqués del Vasto con bastante gente, pero viendo la imposibilidad de recobrar la plaza, volvióse á Milán, retirando consigo las fuerzas de la fortaleza (1).

Empeoraba así grandemente la situación para los imperiales, y de tal modo era ella difícil, que Antonio de Leyva escribía en este tiempo al Embajador de Carlos V en Roma, avisándole de la mala disposición del pueblo de Milán y manifestando que aquel estado de cosas no tenía otro remedio que la gracia de Dios (2).

Por fortuna, el General de la Liga no se dió mucha prisa en realizar sus propósitos; y como en buena sazón llegó á Milán el Duque de Borbón conduciendo tropas y dinero, pudieron los imperiales reformar la faz de los sucesos.

(1) Mientras esto sucedía, firmábase la paz entre Carlos V y Francisco I; ya sabemos que en condiciones muy desventajosas para éste, pero que no fueron cumplidas.

(2) Esta carta fué interceptada, juntamente con otras del mismo Leyva para Moncada, por el ejército de la Liga. Guichardini, *Historia de Italia*, tomo III.

El Duque de Urbino, decidido á sitiar á Milán, no se atrevía á hacerlo sin la asistencia de los suizos, que conducía Juan Jacobo de Médicis, y la gente que enviaba el rey de Francia; pero viéndose impelido por sus oficiales, no supo resistir el ajeno impulso, y el 5 de Julio de 1526 se presentó ante los muros de Milán. Logró el sitiador abrir brecha en una de las torres, y por ella lanzó siete banderas al asalto; mas fué su arrojó infructuoso, porque Borbón, Leyva y Vasto lograron contener el impetuoso ataque, poniendo á los asaltantes en completa retirada. Desesperando Urbino, oyó sólo los consejos de la prudencia, y decidió replegarse á Marignano, aunque con tal resolución causara descontento grande en sus subalternos (1).

Aún anduvieron en conciertos los de la ciudad y el General de los coligados para obtener mejor éxito por más sagaces procedimientos: pero descubrieron á punto tales manejos los caudillos del ejército imperial; y como ya á este punto no pudiera prolongar Esforcia la resistencia, rindió el castillo á las tropas de Carlos V (25 de Julio de 1526), saliendo acompañado de Antonio de Leyva hasta las puertas de la población, desde donde fué conducido al campo de la Liga por una escolta de soldados (2). Seguían á este tiempo los ejércitos de ambos partidos recibiendo refuerzos, con que combatieron luego en todas las regiones de la península itálica, obteniendo mayor ventaja las tropas del Emperador. Era uno de los más hostiles á sus designios el Pontífice Clemente VII, quien según el giro de los acontecimientos, se mostraba más ó menos adverso á la política del César. Y tan grande fué la importancia que en el Centro y Mediodía de Italia tomaron las operaciones militares, que para contrarrestar los esfuerzos de los confederados acordaron los Capitanes imperiales abandonar el Mila-

(1) Guichardini dice que él se opuso á esta retirada, que quitaba el prestigio al ejército, pero que Urbino no atendió su parecer, pudiendo decir este General: «Llegué, vi, hui.»

(2) Vallés dice que Esforcia salía con gran miedo del castillo acompañado por Leyva, porque le temía mucho. Bellai dice que, contra lo pactado, fueron robados los muebles de Esforcia.

nesado (1), contra el parecer de Leyva, á cuyas repetidas instancias se debió, sin embargo, la permanencia de nuestro héroe en Milán con cierto número de tropas, que no eran, en verdad, las necesarias para dèfender Lombardía contra los partidarios de la Liga.

(1) Para sacar el ejército de Milán, se reunieron 64.000 escudos; 40.000 entre los que dieron los habitantes de Milán, y la plata que tomaron de las iglesias y los restantes de una talla que hizo Antonio de Leyva, tasando á Borbón en 3.000 escudos, y á Vasto y á él en 1.000 cada uno, y en la misma proporción á todos los oficiales. (Carta del Abad de Nájera al Emperador).

X

Antonio de Leyva desbarata las tropas suizas de Médicis. Su perseverante y vigorosa actitud impone á Lautrech, que abandona el Milanésado. Miseria de Milán. Nuevas operaciones contra Médicis. Fin de las hostilidades con este General.

Los sucesos que en breve ocurrieron, demostraron cumplidamente con cuánta prudencia se había opuesto Leyva al abandono de Lombardía. Los confederados, que acechaban ocasión propicia para expulsar á los soldados del César de aquel floreciente territorio, lanzáronse furiosamente sobre el Milanésado, confiando vencer y aniquilar las escasas fuerzas imperiales que allí había; y realizaran, á la verdad, sus proyectos, si la defensa de la hermosa zona, tan codiciada por españoles y franceses, se hallara confiada á otro caudillo que no reuniese las excelsas dotes del conspicuo defensor de Pavía. Sólo tenía Leyva á sus órdenes 1.500 españoles, 3.000 alemanes y 2.000 italianos, escaso contingente, para cumplir con feliz éxito la difícil y delicada misión que se le confiara. Apretado luégo por venecianos, suizos y franceses, malquisto y combatido por los naturales del territorio, que ansiaban sacudir la dominación estraña, vióse Antonio de Leyva en trance peligroso y apurado, que hizo necesarios sobrehumanos esfuerzos para salir de él sin importante daño. Ceden los espíritus débiles y las inteligencias mediocres ante la gravedad

del conflicto, y aun aquellos en cuyo cerebro se albergan no vulgares pensamientos, sienten desmayo al observar el curso avasallador de mundanos sucesos que amenazan subvertir cuanto en su camino encuentran; pero el eximio ingenio y el espíritu robusto no se doblegan ni enflaquecen en momentos difíciles y circunstancias pavorosas, antes adquieren notabilísimos recursos y excepcionales bríos para luchar con desesperado coraje.

Fueron el Duque Urbino y Esforcia los primeros que contra Leyva entraron en lid. Sabiendo la pronta llegada de numerosas fuerzas francesas y suizas, avanzó Esforcia sobre Marignano con 3.000 infantes y 300 caballos, creyendo empresa fácil apoderarse de aquel punto. Súpolo Leyva á tiempo, y saliendo de Milán con 800 españoles, 800 italianos y alguna caballería, atajó el paso á su adversario, trabando con él un combate, en que llevó el Capitán español la mejor parte.

Fué Esforcia á ampararse con las tropas que mandaba el Duque de Urbino, y reunidos ambos jefes tomaron la vuelta de Marignano, llevando consigo cuantiosa hueste, que no era menor de 15.000 infantes con abundante artillería (1). Aguardáralos con su acostumbrada bizarría Leyva, si la presencia en el teatro de la lucha de 6.000 suizos que acaudillaba Juan Jacobo de Médicis (2) no alterase las combinaciones del General español. Temía éste las consecuencias peligrosas que podía ocasionar la reunión de las fuerzas enemigas, y con inteligente perspicacia decide estorbarla, ganando á fuerza de movilidad la ventaja á sus contrarios, y escarmentando rudamente á los suizos en impetuoso combate. La diseminación de las tropas enemigas, proporciona con frecuencia en la guerra brillantes triunfos á los jefes que bien saben aprovecharla; utilizó Leyva en este caso con talento, actividad y bravura el aislamiento de los suizos, y una importante victoria premió su destreza y resolución.

Había mandado Leyva á su Teniente Luis Belgioyoso que se ade-

(1) García Cerezeda, *Campañas de los ejércitos de Carlos V.*

(2) Guichardini y Clonard dicen que eran 2.500; Sandoval y Cerezeda hacen ascender el número á 6.000.

lantase á contener á Médicis, que avanzaba sobre Milán. Insuficientes las fuerzas de Belgioyoso para reñir seria refriega con los suizos, contentábanse con observarlos y detener su marcha; mas no pudieron impedir que llegase Médicis al lugar llamado Carato, unas catorce millas al Norte de Milán y no lejos de Monza. Comprendiendo Leyva que no había tiempo que perder, abandonó con sigilo á Marignano y se dirigió rápidamente á Milán, conduciendo en la vanguardia los italianos, en la batalla los alemanes, que llevaban tras sí el bagaje y la artillería; y en la retaguardia los españoles. Del recato y prontitud con que se efectuase la marcha, dependía en mucha parte el buen resultado de la operación; por eso no se detuvo Leyva en la capital, sino que sólo aguardó á que llegara la noche para salir con el mayor misterio y silencio, sin que nadie pudiese traslucir sus intenciones, dejando en la ciudad 200 hombres para atender á su custodia por corto tiempo. Tomó Leyva, con el resto de sus fuerzas, el camino de Monza. y al amanecer se puso sobre el lugar de Carato, que cercó por todas partes, lanzándose en seguida al ataque. Al bélico ruído de las trompetas, mezclado con el vocerío de los asaltantes, despiertan los suizos despavoridos, y en el mayor desorden acuden prontamente á las armas, intentando defenderse; mas es para ello tarde, porque las tropas imperiales de tal modo precipitan su acometida, que se desparan victoriosos por todo el lugar, causando en sus contrarios la mayor confusión. Aún tienen tiempo muchos de los suizos para recogerse al sitio más fuerte donde procuran organizar la resistencia; todo en vano; las tropas de Leyva, enardecidas por el triunfo, arrollan cuanto á su paso encuentran, y á poco de comenzado el combate, únicamente piensan los helvecios en la fuga; los más de ellos perecen en la lucha ó quedan prisioneros del vencedor, y muy pocos, con Juan Jacobo de Médicis, logran en la huída su salvación. Con los laureles de la victoria, regresó Leyva precipitadamente á Milán, donde su presencia era necesaria para defender la ciudad de cualquier ataque que contra ella pudiesen intentar Esforcia ó Urbino.

Produjo en los de la Liga disgusto grande esta derrota, porque el Duque de Urbino, aguardaba con ansia la llegada de los suizos para dar más activo impulso á sus operaciones; y tanta mayor fué la con-

triedad que por el desastre experimentaron, cuanto que era Médicis uno de los más reputados, y con justicia, de los Capitanes italianos. La importancia de la victoria conseguida realzó la fama de Leyva, cuyo nombre era tratado con el mayor respeto y temor por el pueblo de Milán, atónito y sorprendido al observar la rapidez y destreza con que el inteligente Capitán realizara aquella notable operación de guerra.

Desembocaba entre tanto Lautrech de los Alpes con un fuerte ejército, y desde entonces, aún se hacía más difícil la situación de Leyva, teniendo que acudir con escasas fuerzas á multitud de puntos y defenderse de la muchedumbre de enemigos que por todas partes le acosaba. Sin dificultad grande, logró el francés apoderarse de Bosco y Génova, siendo mayor la resistencia que halló en Alejandría, por que á más de los 1.500 alemanes que la presidiaban, dirigidos por el Conde de Lodrón, había penetrado en la ciudad con 500 italianos, Alberico Belgiojoso, enviado al efecto por Leyva. Fué tal, sin embargo, el empeño que en la expugnación de aquel punto tomó Lautrech, que tras varios ataques, sostenidos con valor, cedieron los sitiados y entregaron la plaza, quizás con algún apresuramiento.

Agravábase de esta suerte la situación de Leyva, que si tenía escasez de tropas, no poseía tampoco abundancia de vituallas. Vaciló por esto el Capitán español entre permanecer en Milán ó refugiarse en Pavía; pero después de meditado el asunto, resolvió defenderse en la capital, concediendo permiso para salir á cuantos habitantes lo desearan, porque de tal manera durarían más tiempo los abastecimientos. Los alemanes que con Leyva militaban, teniendo mayor confianza en los soldados españoles que en las tropas de otras naciones, exigieron la sustitución de los italianos que había dentro de Milán, y accediendo á su demanda en aquellas azarosas circunstancias, hizo Leyva venir de Lecco y Como á las compañías de Villaturriel y Pedrarias, que reemplazó por fuerzas italianas.

Con esforzado ánimo, disponíanse españoles y alemanes á defender la ciudad heroicamente contra todo el esfuerzo de los coaligados. Acercóse á ella Lautrech, mas como personalmente había recibido en anteriores campañas notoria prueba de la pericia é intrepidez de

Leyva, cuya resolución, arrojo é inteligencia se habían por otra parte acreditado más en las últimas operaciones militares, juzgó empresa árdua apoderarse de la capital, y con prudente consejo levantó el campo tomando la vuelta de Pavía, donde pensaba alcanzar más fácil triunfo (1).

No se avenía, sin embargo, la conducta del francés con la jactancia que, al decir de Cerezeda, demostrara antes intimando á Leyva á que se rindiese, pues que en otro caso, por la fuerza de sus armas entraría á comer con él. Leyva, que no era hombre á quien fácilmente intimidasen las altaneras palabras de su adversario, contestóle al punto, según el mencionado escritor, «que no le rendiría la tierra, y que de entrar á comer con él, que fuese bien venido, que hallaría bien aderezado de comer; mas que él esperaba en Dios pagaria bien el escote.»

Dirigióse, pues, Lautrech sobre Pavía, cuya guarnición se había disminuído de considerable modo, porque su comandante Belgioyoso, al saber que los franceses se aproximaban á Milán, había enviado allí parte de su gente para que coadyuvase á la defensa de la capital; y aunque después, al saber el apuro en que se hallaban, envió en su auxilio Leyva algunas fuerzas, resultó inútil el socorro, por interceptar el enemigo hábilmente todas las entradas de la plaza (2). Plantó Lautrech sus baterías contra diversas partes del muro en que habían de hacer su natural estrago; pero Belgioyoso se presentaba á una tenaz resistencia, cual cumplía á la fama de los soldados imperiales; y diera tal vez muestras de valerosa perseverancia, si al fin no ablandaran su ánimo reiteradas súplicas de los habitantes, temerosos de las consecuencias que para ellos sobrevendrían si los franceses entraban por fuerza en la ciudad. Procediendo con mayor prudencia y blandura que fortaleza de espíritu, envió un trompeta al

(1) Sandoval, Clonard.

(2) Según Cerezeda, salió de Milán Antonio de Leyva para socorrer á Pavía con 2.000 españoles, 2.000 alemanes, 500 italianos, 200 hombres de armas y 100 caballos. Llegó donde Lautrech estaba—continúa Cerezeda—teniendo una escaramuza en que estuvo afortunado; mas considerando imposible defender la plaza, se retiró á Milán.

campo adversario, con objeto de empezar los tratos para rendir la plaza en honrosas condiciones; pero al punto mismo en que salía el mensajero, precipitáronse los sitiadores en la ciudad, entregándose al saqueo y todo linaje de excesos: en vano intentó detener la embestida Belgioyoso arrojándose bizarro en medio del torrente; sin lograr ventaja alguna, fué hecho prisionero con las tropas que le seguían, siendo luégo conducido á Génova.

Quedaba ya sólo, como núcleo importante de tropas, el que en Milán acaudillaba Antonio de Leyva; y para impedir la comunicación y abastecimiento con el exterior, se puso Urbino en Marignano y Melza, á 10 millas de la capital; quedó Esforcia en Pavía y Abbiatte Grasso, y Pedro Navarro estableció sus reales en Monza. Dudo estabà Lautrech acerca del partido que había de tomar; aconsejábanle los venecianos que avanzase contra Leyva, el cual, á más de hallarse malquisto de los milaneses, tenía á su servicio muy pocas tropas, y acaso, más escasez de dinero. Contra este parecer, se pronunciaron algunos Cardenales que, huyendo de Roma, se habían acogido al campo de los confederados; y fuese por indicaciones de la corte de Francia, ó porque realmente se acomodase mejor á sus miras, decidióse Lautrech á tomar el camino de los Estados Pontificios, y batir el ejército que allí había, donde figuraba lo más selecto de las tropas imperiales, para volver después sobre Leyva, á quien fácilmente creía aniquilar cuando ya no tuviera otros cuidados que distrajesen su atención (1).

Libre ya Leyva de la presencia del francés, que era á la sazón el único temible de sus enemigos, tomó resueltamente la ofensiva. Apoderóse de varios pequeños puntos fortificados, y engrandeciendo sus operaciones, destacó sobre Novara á Felipe Torniello con 1.500 infantes y algunos caballos, que en breve conquistaron la plaza. Propóníase con esto el Capitán ilustre impedir el paso de vituallas al

(1) Lautrech hizo ver á los Cabos de su ejército, reunidos en consejo, que su Rey y el de Inglaterra le habían enviado para libertar al Papa. Paulo Jovio, *Historia de su tiempo*, traducida por Baeza, parte segunda, folio 6.

ejército contrario, y á la vez facilitar la llegada de convoyes á Milán, donde la necesidad era bien apremiante y manifiesta. Para pagar y mantener regularmente á sus tropas, tuvo Leyva que establecer almacenes, donde juntó los alimentos que había en las tiendas de la ciudad, de los cuales surtía á precios muy elevados á los habitantes que lo solicitaban. Pintando Guichardini con negros colores la precaria situación de Milán, se expresa en estos términos, en que bien á las claras se muestra la pasión con que habla del Jefe y de los soldados de Carlos V, como General que era en el ejército de la Liga. «Los soldados robaban á sus huéspedes; los habitantes se veían en la imposibilidad de subsistir; la nobleza estaba arruinada; mientras que el autor de estos males, Antonio de Leyva, vivía en una dichosa abundancia (1).

Entre tanto, Juan Jacobo de Médicis, que estaba á sueldo de los coligados, puso sitio á Lecco, procurando impedir su comunicación con la plaza de Como. Antonio de Leyva, envió en socorro de los sitiados al Conde de Agramonte con 500 infantes, 100 hombres de armas, 100 caballos ligeros y dos piezas de artillería, que lograron penetrar en Lecco burlando la previsión del enemigo. Más animados los de la plaza, hacían frecuentes salidas que entibiaban el ardor de los sitiadores; pero como éstos mantenían el cerco, se propuso Leyva arrojarlos de aquel punto, mandando contra Médicis 3.000 hombres que acaudillaban Luis de Belgiojoso y Felipe Torniello. Avistáronse en breve las fuerzas contendientes, pero como Médicis saliese con mucho daño del combate, á pesar de los refuerzos que le enviaron oportunamente Esforcia y Urbino, levantó el cerco de la plaza.

Cansado entonces el italiano de servir en el ejército de la Liga, donde no hallaba más que reveses, se decidió á negociar con Leyva, prometiendo por medio de su hermano ser buen vasallo del Emperador. Aceptadas sus proposiciones, se dió á Médicis el título de Marqués de Marignano, y con él la villa de Lecco y otras varias plazas

(1) Guichardini, tomo III, pág. 357.

que le cedió Morón (1). Las paces concertadas con Médicis, valieron al ejército imperial que militaba con Leyva 30.000 ducados, 3.000 sacos de harinas y alguna cantidad de vino, y á más de esto le proporcionaban la ventaja grande de que pudieran cruzar el lago de Como los refuerzos que viniesen de Alemania (2).

- (1) Jerónimo Morón, había sido libertado por Borbón, de quien llegó á ser consejero.
- (2) Tratan de esta campaña contra Médicis: Guichardini, *Historia de Italia*; Garcia Cereceda, *Campañas de los ejércitos de Carlos V*; Vallés, *Vida de Pescara, con los hechos de otros siete Capitanes...*; Cantú, *Historia Universal*.

XI

Llegada del Duque de Brunswik á Italia. Sale Leyva de Milán á encontrarle, apoderándose en su marcha de las plazas de Pavia, Biagrasa y Arona. Infructuoso sitio de Lodi. Retirada de Brunswik. Presencia de un nuevo ejército francés en el Milanésado. Toma de Pavia por los franceses. Nuevo refuerzo de españoles. Consejo habido entre los Generales de la Liga. Batalla de Landriano. Estrecha Leyva al ejército veneciano. Desembarco del Emperador en Génova. Su coronación. Fin de las hostilidades.

Teniendo noticia el Emperador de las escasas fuerzas que bajo sus banderas militaban en Italia, y de las muy numerosas de sus enemigos, mandó organizar en Alemania un nuevo ejército para operar en el Reino de Nápoles, confiando el mando al Duque de Brunswik, que no tardó en ponerse en marcha al frente de más de 10.000 hombres.

Urbino y Esforcia, apoyados en la plaza de Bergamo, trataron de impedirle el paso; mas comprendiéndolo Antonio de Leyva, se propuso desbaratar el plan, y al efecto llevó á cabo un movimiento atrevido, cuyo objetivo, á la par que tomar la ofensiva, era reunirse con Brunswik y hacer al enemigo emprender la retirada.

Con tales propósitos, salió de noche de Milán al frente de seis mil soldados, dirigiéndose á Pavía, defendida á la sazón por unos dos mil hombres que mandaba Aníbal Picenardo. La gente de Leyva, despre-

ciendo el nutrido fuego de arcabucería de los defensores de la célebre ciudad, atacaron con singular denuedo, escalando el muro por tres distintos lados; y ante el empuje, habilidad y destreza del General que en persona dirigía la operación, todo fué inútil para resistir á los imperiales, que se enseñorearon de la plaza, quedando prisioneros Picenardo y un hijo de Fregoso. Así, con sólo triple número de hombres del que componía la guarnición, entró Antonio de Leyva en Pavía al primer asalto, de donde en otro tiempo no pudo arrojarle un ejército francés nueve veces superior al suyo, y que tenía la pretensión de apoderarse de toda Italia. Examinando este hecho de armas, se admira Cerezeda por la manera como se realizó: «Sin dar batería, ni facer otras diligencias la toma a escala vista con el mayor regocijo e brevedad que nunca se vido (1).»

Sin detenerse el caudillo español, se dirigió á Biagrassa, que en fecha reciente había caído en poder de Nayarro; mas no fué preciso ponerle cerco, porque era tal la fama de Antonio de Leyva y el terror que infundía su nombre, que la guarnición se le entregó sin resistencia, lo mismo que la plaza de Arona y otras de menor importancia. Entre tanto, el alemán se aproximaba al río Adda, y fácilmente pudo llegar á Bergamo, donde se reunió con Leyva y convino con él en la necesidad de tomar á Lodi, antes de proseguir su marcha hacia Nápoles. En 20 de Junio de 1528, pusieron sitio á aquella plaza que, según dice Guichardini, estaba defendida por 3.000 hombres, dirigidos por Juan Paulo Esforcia. Las tropas de Leyva, lanzáronse desde luégo al asalto, trepando los muros con el valor que tantas veces habían acreditado; pero el fuego mermaba las filas; el enemigo se mantenía en su puesto, y el éxito presentábase dudoso, siendo todo esto causa de que, siguiendo el consejo de Brunswik, se convirtiese el asalto en bloqueo, que sin duda alguna habría dado el resultado apetecido, si la

(1) Describen este asalto, Sandoval, *Historia de Carlos V*; Vallés, *Vida de Pescara, con los hechos de otros siete Capitanes...*; Paulo Jovio, *Historia de su tiempo*, traducida por Villafranca; Mexía, *Historia de Carlos V*; Clonard, *Historia de las armas*; Cerezeda, *Campañas de los ejércitos de Carlos V*; Guichardini, *Historia de Italia* Mignet; *Rivalité de François 1.^{er} et de Charles V.*

peste no se hubiese declarado entre los alemanes, produciendo los naturales estragos y obligando á los sitiadores á abandonar la presa.

La situación no se presentaba entonces muy halagüeña para Leyva y Brunswik. No era prudente que éste, falto de dinero y municiones, siguiera el camino de Nápoles, porque habríanle salido al encuentro en condiciones ventajosas, florentinos y ferrarenses y un nuevo ejército francés reforzado con las huestes venecianas. Por estas razones, el caudillo alemán pensó permanecer en Milán durante el estío, y su decisión no se hubiera quebrantado, á no ser por los consejos de Leyva, que prefirió quedarse con sus fuerzas y resistir con ellas á franceses é italianos, antes que esquilmar á los habitantes de Milán para atender á la subsistencia de sus tropas y de las de Brunswik.

No sabemos si el Duque conceptuó astucia y perfidia (1), lo que al General español inspiraba al rogarle que regresara á Alemania; pero es lo cierto, que al cabo prevaleció la opinión de Leyva, el cual quedó en Milán con sus soldados y cerca de 2.000 alemanes, al tiempo que avanzaba Saint-Paul con un ejército de más de 10.000 hombres, para unirse con las fuerzas italianas.

En aquellos momentos, no vaciló Antonio de Leyva: reunió en Milán cuantos víveres pudo encontrar, y movilizó sus tropas; mas pronto hubo de regresar al punto de partida, porque Urbino y Saint-Paul rehuyeron el combate que el General de Carlos V les presentó cerca de Marignano.

Así continuaron las cosas por algún tiempo, sin ocurrir accidentes notables. El caudillo español se encerró en Milán, desde donde observaba con exquisito cuidado los movimientos del enemigo, en tanto que éste conseguía algunas ventajas, como la toma de Pavía, donde pereció casi en su totalidad la guarnición que la defendía, á las órdenes de Aponte, Pedro Botichela y Birago, y la misma suerte sufrieron las plazas de Mortara, Sant-Angelo y Biagrassa.

En aquellas circunstancias, Leyva sostenía correspondencia directa con el Emperador, al cual informaba de todo, según se advierte en

(1) Paulo Jovio, *Historia de su tiempo*, traducida por Villafranca, capítulo XII, folio XXVII.

la carta que le dirigió en 14 de Setiembre de 1523, en la que le participaba, entre otras cosas, el resultado favorable á los españoles de una escaramuza entre 20 hombres de armas nuestros y 300 jinetes franceses. Después de haber hecho inútiles el ilustre Capitán las tentativas de los coligados, se apoderó de Vigevano, donde tuvo noticia de que, enviados por Carlos V, habían llegado á Génova, libertada hacía poco por Andrés Doria, 2.000 hombres, por cierto mal armados y equipados; y comprendiendo que, si conseguía reforzar con ellos sus fatigadas, pero nunca abatidas tropas, podría obrar con desembarazo, puso desde luégo su plan por obra, comisionando al efecto á Belgioyoso, quien por caminos desconocidos y burlando la vigilancia de italianos y franceses, llevó á cabo felizmente la operación.

Entre tanto, no reinaba la mayor armonía entre los aliados; pues mientras el Duque de Urbino, con buen juicio, opinaba que debían permanecer las tropas francesas en Biagrassa, donde se encontraban; situarse los venecianos en Cassano, y ocupar á Pavía el Duque de Milán con su gente, al objeto de bloquear la ciudad de este nombre é impedir su abastecimiento; el Conde de Saint-Paul negóse á seguir este consejo y decidió, obrando por su cuenta, levantar el campo, para marchar sobre Génova, siguiendo las órdenes de su Rey, ya que no se ponía sitio á Milán. Al efecto, desde Biagrassa, pasando por Lardorago, se encaminó á Landriano, situado á doce millas de Milán, adelantando la vanguardia de su ejército, mandada por el Conde Guido Rangón, á fin de disponer los alojamientos en Pavía.

Comprendiendo Antonio de Leyva la gran falta cometida por sus enemigos al dividir las fuerzas de que disponían, y ganoso de dar un golpe decisivo antes de la llegada, ya muy próxima, del Emperador á Italia, decidió ponerse en movimiento, dirigiendo antes á sus tropas, según Sandoval, estas palabras: «Señores y amigos míos, grande es á mi ver la ocasión que se nos ofrece para alcanzar del enemigo una señalada victoria. Porque según he sabido, los Venecianos y Esforcianos se han apartado de los Franceses en Mariñano, y el Francés se está aun en Landriano. Días ha, que tengo gana de pelear con ellos, si me seguís no dudo sino que con vuestro gran esfuerzo lo tomaremos antes que se pueda armar, ni ordenar la batalla, y si acaso

se fuese de ahí antes que lleguemos, no nos puede faltar la honra de haber espantado y hecho huir al enemigo, y será cierta la presa que de la retaguardia hemos de haber.» Acogió el ejército esta alocución con señaladas muestras de aprobación y regocijo; y si hemos de dar crédito á cierto escritor, los soldados levantaron las hoces, prometiendo ir donde se les mandase, aunque fuera para llevar á cabo la empresa más arriesgada y difícil (1). Seguidamente salió Leyva por la noche de Milán, habiendo dispuesto que llevasen los soldados la camisa sobre la armadura. Componían el ejército 3.000 españoles, 4.000 alemanes y algunos italianos, formando la vanguardia los caballos ligeros y la infantería española. En esta disposición llegaron á tres millas de Landriano, donde Leyva, que iba sentado en una silla conducida por cuatro hombres, á causa de la gota, que le impedía moverse, mandó practicar un reconocimiento, gracias al que pudo saber que Saint-Paul y sus principales Capitanes, estaban ocupados en sacar del río unas piezas de artillería que se habían hundido en la arena.

Leyva aprovecha en su favor esta circunstancia: adelanta los caballos ligeros, y casi simultáneamente cae todo el resto de sus tropas sobre Saint-Paul, produciendo la confusión y el espanto en el campo francés. En vano, un tanto repuesto de tan repentino y brusco ataque, adelanta el general de Francisco I sus alemanes contra los soldados del Emperador. El coraje y la bravura con que aquéllos se lanzan á la lucha hace vacilar un momento á sus enemigos; pero á las voces de Leyva que, alzada la visera, con iracundo semblante, como dice Sandoval, penetra en el campo animando á los suyos; aquel puñado de valientes recuerda que ha llevado siempre consigo la estrella de la victoria, redobla sus fuerzas y ponen en fuga á franceses, alemanes é italianos. El mismo Saint-Paul, que tan claras pruebas había dado de su bizarría, considerando que no debe pensar más que en salvarse, toma su caballo, pero con tan mala suerte, que cae en un foso, donde es preso por Sancho de Leyva, sobrino del caudillo español. La artillería, los bagajes y gran parte de los caballos pertenecientes á los franceses, quedaron como rico botín en poder de

(1) Paulo Jovio.

los imperiales que, además de Saint-Paul, hicieron prisioneros, entre otros, á Juan Jerónimo de Castiglione, Claudio Rangón, Lignac y Morán Carbón. La vanguardia del destrozado ejército, con Guido Rangón, se refugió en Pavía, y el resto de la gente que pudo, regresó á Francia. Al entrar los vencedores en Milán, la admiración y el asombro subieron de punto entre los habitantes de la ciudad, que acababan de informarse de la sigilosa salida de Leyva para realizar un hecho de armas que hacía recordar la rota de Juan Jacobo de Médicis. Tal fué la célebre batalla de Landriano, que tuvo por consecuencia la expulsión de los franceses del Milanésado en 21 de Junio de 1529 (1), casi al mismo tiempo que se firmaba la paz de Cambray, que puede considerarse como un armisticio entre las dos naciones rivales. Reducidos de esta suerte los italianos á sus propias fuerzas, tomó Leyva la ofensiva contra los venecianos y marchó hacia Casal de Adda, sentando sus reales á dos millas de esta ciudad, donde se encontraba Urbino. Propúsose reducir á éste á la impotencia, y lo consiguió, porque Cesaro de Nápoles se situó en Trezzo por su orden, é impidió que la gente del Duque repusiera sus provisiones de boca y guerra. No contento aún con esto Leyva, bloqueó á Pavía y Sant-Angelo, y reforzado con 2.500 hombres que llegaron de España, apretó á Urbino para obligarle á aceptar batalla, bien que ésta no se empeñase, porque el General italiano, conociendo la astucia del español, decidió permanecer inmóvil.

No podía ser más brillante para las armas de España la situación de las cosas cuando desembarcó en Génova el Emperador, á cuya perspicacia no se ocultaba que las ventajas obtenidas, debíanse ante todo, á la pericia militar verdaderamente extraordinaria de Antonio de Leyva. Así se explica que, cuando éste salió al encuentro de Car-

(1) Tratan de esta batalla: Guichardini, *Historia de Italia*; Clonard, *Historia de las armas*; Garcia Cerezedá, *Campañas de los ejércitos de Carlos V*; Vallés, *Vida de Pescara.....*; Sandoval, *Historia de Carlos V*; Mignet, *Rivalité de François 1^{er} et de Charles V*; las *Noticias de las hazañas de Antonio de Leyva en Italia*; Paulo Jovio, *Historia de su tiempo*; Granvela, *Historia de Carlos V*; Mexía, *Historia de Carlos V*; Cantú, *Historia Universal*; Lafuente, *Historia de España*; Miniana, *Historia de España*; Bellai Langei, *Memoires*; Vera y Figueroa, *Historia de Carlos V*.

los V en Plasencia, como se descubriera y estuviese en pie, el Emperador le mandó sentarse y cubrirse; y viendo al Capitán español obstinado en no hacerlo, le puso él mismo el sombrero, diciendo en alta voz que «no era bien estuviese de otro modo el vencedor en sesenta combates ante un Emperador de 30 años (1).»

Posteriormente, se apoderó Leyva de Pavía, y Belgioyoso de Sant-Angelo; però poco se prolongaron las hostilidades, porque si bien el caudillo español expuso á Carlos V la conveniencia de continuar la guerra hasta hacerle Señor de aquellos Estados (2), el Monarca de la casa de Austria miraba las cosas desde otro punto de vista; y sometido Esforcia, á quien restituyó en Milán, consideró terminada su misión, al menos por entonces.

Antonio de Leyva, recibió en premio de sus hazañas el título de Conde de Monza, y de él dicen los escritores de aquel tiempo, que presenció el acto solemne de la coronación del Emperador en Bolonia sentado en una silla muy alta, al frente de sus tropas, que colocó en la plaza, ostentando rica armadura y armas blancas, por lo que fué la admiración de todos los presentes.

(1) Dicen algunos autores que Carlos V, cogiendo un mosquete, dijo al Veedor ó Comisario del ejército que pusiera: «Carlos de Gante, soldado de la compañía de Leyva.»

(2) Sandoval, Vallés, García Cerezeda, Paulo Jovio y Mexia.

XII

Jornada contra Solimán. Sosiega Leyva un alboroto de las tropas. Es nombrado Generalísimo de la Santa Liga. Muerte de Francisco Esforcia. Penetran los franceses en Italia. Detiéndenlos en su avance las tropas del Emperador. Sitio de Fossano. Rendición de esta plaza al ejército imperial. Invasión de Francia. Muerte del célebre Capitán Antonio de Leyva.

Concluída la guerra de Italia, las tropas de Carlos V tuvieron un ligero descanso, que algunos consideraron como el principio de una paz duradera. Mas los que así pensaban, desconocían la realidad, pues Solimán, que en 1527 había puesto sitio á Viena, aunque fué rechazado, manteníase en Hungría, devastando el país, y á toda costa era preciso reprimir su arrogancia, á fin de volver la tranquilidad á los ánimos.

Para acometer esta empresa, ningún Monarca de Europa se hallaba en condiciones tan ventajosas como el Emperador, ya por su prestigio y fuerza, ya por la pericia de sus Generales, considerados en Europa como los únicos capaces de abatir el orgullo del Sultán, quien comprendiendo cuál era el enemigo con quien tenía que luchar, quiso adelantarse, retando al efecto á Carlos de Austria que, por su parte, preparóse para escarmentar al turco. Los soldados españoles y alemanes, que á tantas partes habían llevado sus armas victorio-

sas, alistáronse á toda prisa para tan honrosa campaña, y los italianos formaron brillantes ejércitos, que se unieron á los del Emperador (1), el cual tomó el mando en jefe, llevando por Lugartenientes á Antonio de Leyva y el Marqués del Vasto, al mismo tiempo que una bien equipada flota surcaba los mares, llevando la insignia de Almirante la galera que conducía al célebre Andrés Doria.

En esta campaña, fueron deshechas casi totalmente las huestes de Solimán por el Conde Palatino y el Marqués de Brandemburg, y mostró Antonio de Leyva una vez más sus grandes dotes de valeroso y experto Capitán. Cuentan los historiadores de aquella época, que hallándose los españoles en Hungría, mostráronse descontentos por las posadas que les daban, produciéndose un tumulto con este motivo. Para reprimirlo, Rocandolfo, Mayordomo del rey Don Fernando, obrando con más impremeditación que prudencia, ordenó á los alemanes que atacaran, y á la artillería que hiciera fuego sobre los amotinados. La colisión causó algunas víctimas, y amenazaba tomar grandes proporciones por el coraje con que unos y otros se acometían, hasta el punto de que varios Generales, temiendo por sus personas, se refugiaron en una casa. Advertido Antonio de Leyva de lo que ocurría, sólo pensó en evitar que corriese la sangre de sus compatriotas; hizo que le condujesen en una silla allí donde la lucha era más encarnizada; sin atender al riesgo á que exponía su vida, exhortó á los sublevados con amorosas palabras, é interponiendo su autoridad, consiguió que dejaran su actitud hostil y depusieran las armas.

Posteriormente, de regreso para España el Emperador, con objeto de atender á la defensa de Italia, ajustó una alianza con el Papa, los Duques de Milán y de Ferrara, y los Estados de Génova, Florencia, Luca y Siena, y todos nombraron Generalísimo (2) á Antonio de Leyva. El Papa le presentó la rosa y el estoque, distinción que sólo se otorgaba á los monarcas defensores de la Iglesia. En este concepto

(1) El Rey de Francia y el de Inglaterra no asistieron á esta expedición.

(2) Guichardini, Vallés, Roberston, Fabraquer, Paulo Jovio, Brantome, Miniana; el Diccionario Histórico, Los Retratos de Varones Ilustres Españoles, La Biographie Universelle...

de Generalísimo, al frente de unos 5.000 hombres, de que eran Coroneles el Conde de Sarno, Federico Carreto y Agustín Espínola, permaneció algún tiempo Leyva con sus hijos en el Castillo de la ciudad de Gaeta, desde donde se trasladó después á Lombardía.

No formó parte Leyva de la expedición que organizó Carlos V para marchar al África contra Barbarroja (1). Aunque el Monarca español hubiera deseado que militar tan entendido en las cosas de guerra dirigiese las operaciones, de un lado temía proporcionarles las molestias que á causa de la gota le habría producido el viaje por mar, y de otro consideraba, que en Italia era necesario un hombre de gran prestigio, para ponerse á cubierto por aquella parte de cualquier ataque de los franceses.

Corría entonces el año de 1535, en qué ocurrió la muerte de Francisco Esforcia. Dejó éste sus Estados al Emperador, en cuyo nombre, Antonio de Leyva, nombrado Gobernador de los mismos, tomó posesión del Ducado de Milán, mandando enarbolar la bandera austriaca.

No vió con buenos ojos Francisco I este acrecentamiento del poder de Carlos V, y reunió un ejército de 25.000 hombres, que al mando del Almirante de Francia y del Marqués de Saluzzo, invadió el Piemonte y se apoderó de Turín, Fossano y otras poblaciones.

Viva inquietud produjo este movimiento al Duque de Saboya, que escribió al Emperador y á Antonio de Leyva dándoles cuenta de lo ocurrido. Este último no había permanecido inactivo, pues diera orden de aprestar gente en Alemania, y por sí mismo reunió en Italia 8.000 infantes y bastantes caballos, recibiendo refuerzos casi diariamente.

Por su parte, los franceses no se descuidaban, pues Saluzzo puso sitio á Moncribel, si bien hubo de levantarle por no enviarle fuerzas sin compañero, de lo cual quejóse aunque sin éxito al Rey; y poco después el Almirante se dirigió á Vercelli, estableciendo su campo á

(1) Dicen que Antonio de Leyva fué á Africa: Moreri, *Le grand Dictionnaire Historique*; Larouse, *Dictionnaire Universelle du XIX siècle*, *Le Dictionnaire Universelle Historique et Critique*. No aceptamos esta opinión gratuita, y ningún escritor que de este asunto haya tratado, incurre en tan craso error.

una milla de la plaza, defendida por 2.000 alemanes, á cuyo frente estaba el Coronel Lodrón.

Situóse Leyva al otro lado del río Sessia, ya para observar al enemigo é impedir que fuese reforzado, ya para marchar contra él si tomaba la ofensiva. El Almirante pensaba apretar el cerco é intentar el asalto tan pronto como se reuniesen con sus tropas 1.000 infantes y 100 jinetes italianos; pero habiendo impedido este movimiento de concentración el General español, que con buenas palabras se negó á acceder á la ridícula pretensión del francés, que le suplicaba no pusiera obstáculos al paso de dichas tropas, es lo cierto que los sitiadores, bien cediendo á la mediación del Cardenal de Lorena, que propuso una tregua, bien por otros motivos, se retiraron, abandonando después la Italia de orden de su Rey, aunque no sin dejar guarnecidas las plazas susceptibles de defensa.

Á todo esto Leyva había conseguido una importante ventaja, pues Saluzzo, á quien quiso prender Francisco I, tomó el partido del Emperador, el cual declaró la guerra á Francia delante del Papa y de los Cardenales tan pronto como llegó á Roma de regreso de África.

El primer hecho notable posterior á esta declaración, fué el sitio que Leyva puso á Fossano, inmediatamente después de atravesar el Sessia, y de tomar una torre próxima á Turín.

En esta operación militar, brilló como siempre, el ingenio del célebre caudillo español. Mandó construir atrincheramientos, y colocó las baterías en los montes vecinos que dominaban la plaza, desde donde causó gran daño á los sitiados. En una de las salidas de éstos, como hubieran ocasionado algunos destrozos en el cuartel de los lansquenets é introdujeran confusión, gracias á su superioridad numérica, colocóse Leyva al frente de sus soldados é hizo retroceder á los franceses, que se guarecieron en la ciudad, siendo heridos Wartis, Saint-Pietre y algunos otros capitanes de los que, á las órdenes superiores de Montpezat, y juntamente con el caballero de la Rochedumaine estaban encargados de la custodia de Fossano.

Continuando las hostilidades, quiso Leyva intentar algo decisivo contra los sitiados, á los que privó antes del agua, y al efecto, su artillería abrió en la muralla una brecha por donde podían entrar

de frente 30 hombres. Seguidamente, ya de noche, moviéronse los imperiales para dar á entender que iban á lanzarse al asalto; mas de esto hubo de desistirse, ya porque el Capitán español quisiera reservar su gente para la conquista de Francia, si hemos de creer á Du-Bellai, ya porque los alemanes anduvieran remisos y los italianos no se mostrasen dispuestos á pelear mientras no se les entregaran sus pagas. Así continuaron las cosas durante doce días, seguro el Capitán español de que la ciudad había de entregarse por carecer de víveres, en cuya opinión le ratificó Saluzzo. Pero llegado un momento en que se agotó la paciencia de Leyva, mandó maniobrar de nuevo la artillería y dispuso resueltamente á su gente para el ataque. Al ver caer parte del muro y penetrar las balas en la ciudad, los franceses pensaron en rendirse, y con este objeto enviaron un parlamentario, que fué muy bien recibido por el General español, el cual manifestó que sólo trataría con la Rochedumaine de las condiciones de paz. Ajustáronse éstas, quedando convenido que permanecerían en rehenes la Rochedumaine y algunos otros oficiales franceses entrando luégo triunfante en Fossano el invicto General. Pocos días después, el Emperador pasó revista en Asti á su ejército, á cuyo frente iba Antonio de Leyva vestido de punta en blanco.

Constituído á poco consejo de Generales bajo la presidencia de Carlos V, para decidir el partido que debiera tomarse, casi todos los presentes opinaron que se acometiesen todas las poblaciones del Piamonte que tenían en su poder los franceses. Sólo Antonio de Leyva disintió de esta opinión. Él, que como dice Paulo Jovio, por sus victorias se había acostumbrado á menospreciar la milicia francesa y quizás imaginara morir en París rodeado de laureles después de haber conquistado la Francia para el César, aconsejó á éste que invadiera los dominios de Francisco I; porque á su juicio, «los cazadores deben buscar á los animales fieros en sus cuevas, donde se refugian con sus hijos.»

El Emperador, no desdeñó el consejo de hombre tan práctico en cosas de guerra, y aceptó el plan como Leyva se lo propuso.

Llevóse á cabo, pues, la invasión, y ¿quién sabe cuál habría sido su resultado? La bravura de aquellos soldados, la inteligencia supe-

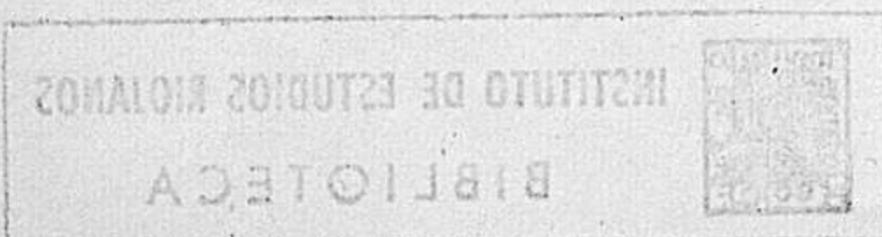


INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

rior de Leyva, á quien debemos vindicar de la infundada acusación de haber tenido parte en la muerte del Delfin, y la perseverancia y animosidad de Carlos V, hacían de facil ejecución las más extraordinarias empresas.

Desgraciadamente, la peste primero, y después la muerte de nuestro héroe, ocurrida en Aix, á causa de los ataques de la gota que poco á poco fueron minando aquella preciosa existencia, libraron al monarca francés de la terrible falange que, como gigantesca ola, amenazaba extenderse por todos sus Estados.

Carlos V lloró la pérdida de General tan ilustre, cuyos restos mortales se conservaron en el templo de Sant Dionis de Milán. Y tenía motivo para llorar, porque su muerte causó gran desaliento. Ingenios como el de Antonio de Leyva son para la ciencia de las armas lo que á la humanidad los grandes cometas. Aparecen de tarde en tarde, y sólo á contadas generaciones es dado contemplarlos.



JUICIO DE LOS AUTORES

ACERCA DE ANTONIO DE LEYVA

Extraordinarias eran las dotes militares de Antonio de Leyva: hábil, astuto y valeroso, conocía el momento oportuno para caer sobre su enemigo y destrozarle; con un puñado de valientes, no temía los ataques de los ejércitos que contra él campeaban; siempre exacto cumplidor de sus deberes, duro con el que no estaba pronto á obedecer, leal hasta el extremo para su patria y su Rey, severo, aunque cariñoso con sus soldados, supo granjearse el respeto y la obediencia de sus tropas, que entusiasmadas le seguían á los mayores peligros. Fué su celebridad reconocida por multitud de escritores nacionales y extranjeros, que pregonan las altas dotes del héroe.

Muestra Oznaya, relatando la batalla de Pavia, el aprecio que todos hacían de las cualidades de Leyva, escribiendo de esta suerte: «El día de la batalla en la tarde vino al campo el señor Antonio de Leyva bien acompañado de sus capitanes y buenos soldados, fue bien recibido de todos aquellos señores y fue luego á besar las manos al Rey el qual le mostro grandes favores loandole por uno de los mejores Capitanes del mundo y diziendo palabras de placer» (1).

(1) *Historia de la guerra de Lombardia y batalla de Pavia.*

Paulo Jovio, en sus *Elogios de varones ilustres en valor de guerra*, aplaude la pericia de Leyva en estos términos: «Ninguno de cuantos en nuestro tiempo han pasado de España á Italia, y despues del Gran Capitan han alcanzado nombre ilustre, fue mas excelente que Antonio de Leyva en grandeza de ingenio y gloria de grandes hazañas... Porque Antonio (que en la viveza de los ojos parecia capitan admirable e incomparable) vencio con valor extraño infinitas batallas, que es la cosa mas principal que en la guerra puede haber, y si alguna vez no vencio, nunca se pudo decir que fue vencido. Porque proveyendo divinamente y obrando esforzadamente, impedia los designios del enemigo. Cogiale de antemano lo que tenia ordenado, y con astucias admirables dejaba en vano sus grandes aparatos, y quando era menester, sabia con brava y valerosissima mano quebrarle la cabeza... Fue enterrado en Milan con insigne autoridad y pompa, con tal opinion de los hombres que si no estuviera tan enfermo y tullido, excediera no solo á los capitanes de su tiempo, sino á los capitanes de los tiempos pasados (1).»

Y el mismo autor, en la *Historia de su tiempo* (2) se expresa de esta manera, refiriéndose á la entrevista de Leyva con Carlos V: «Vino tambien á Plasencia á besarle las manos, y á informarle de los negocios Antonio de Leyva, el qual fue bien recibido, y parecio al Emperador y á los señores de su corte Capitan admirable y incomparable, especial porque habiendo hecho tan grandes hechos, y ganado tantas victorias, y doliendole todos los miembros, tenia cuerpo y animo indomito, y no dejaba los trabajos de la guerra. Porque muchas veces haciendose llevar en litera, y yendo atado con vendas por los grandes dolores que en todos los miembros tenia de gota, avia peleado en batalla y ganado por fuerza lugares y quebrantado la furia de muchos y diferentes enemigos que contra el venian.»

Vallés (3) dice: Estando paralitico, se hacia llevar en una silla y combatir á los enemigos; cercaba ciudades y las mandaba batir

(1) Folios 179 y 181. Está traducida al castellano por Baeza.

(2) Esta obra es la traducida por Baeza, lib. XXVII, folio 31.

(3) *Vida de Pesca a...*

como estaba. Era Capitan de extraña industria y maña en las cosas de guerra.

Fernández de Oviedo (1) admira las cualidades de Leyva, diciendo: «Al qual las armas e arte militar fueron tan sociables e a su proposito, que en su tiempo y nuestro, ningun caballero fue su igual en las cosas que a la guerra pertenescian, ni que asi lo proveyese e ejecutase, puesto que otros menearon mejor quel las manos, pues que dellas y de los pies tollido de la gota no se podia mandar. Mas alcanzaba tanto su entendimiento, y era tan copiosa y excelente su prudencia, que, trayendole en una silla sentado, desde aquella provehia y gobernaba de tal manera sus milites que siempre quedaba vencedor. Cosa fue aquesta de tanto extremo e valor, que no se ha visto, ni oido, ni escripto de alguno su semejante en el mundo.»

La *Historia de la casa de Leyva, y especialmente la del Sr. Antonio* (2), elogia la conducta de este General cuando defendió á Milán en la siguiente forma: «Y en una silla, gotoso, inmóvil, sin dineros y con poca gente, rompio tres ejercitos, que contra el campeaban, ganando tantas victorias, venciendo tantas vatallas, que justamente es reputado, por uno de los mayores Capitanes que ha tenido el mundo, porque echo a los franceses de Italia, y puso por tierra las fuerzas de los naturales.»

López de Gomara (3) escribe. «Fue siempre buen capitan y nunca parecia ser vencido.»

Dice Blasco de Lanuza (4), relatando el sitio de Pavía por Francisco I: «El que defendia la ciudad era Antonio de Leyva, uno de los mejores y mas prudentes soldados que ha tenido Europa.»

Refiriéndose Guichardini (5) al socorro que llevó á Nápoles Manuel de Benavides, se expresa así: «Con quien paso entonces á Italia

(1) *Las Quncuagenas*, tomo I, págs. 145 y 146.

(2) MS. Biblioteca Nacional, P. 39.

(3) *Anales del Emperador Carlos V.* MS. Biblioteca Nacional; G. 53, fol. 57 vuelta.

(4) *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón*, tomo I, lib. III, pág. 257.

(5) *Historia de Italia*, traducida por Betisana; no se confunda esta obra con otra del mismo autor citada frecuentemente.

Antonio de Leyva, que ascendiendo de Soldado sencillo, por todos los grados militares, al supremo de la Capitanía General, obtuvo tantas victorias.»

Tratando del mismo asunto Suárez de Alarcón (1), ensalza de este modo al afamado Capitán de Carlos V: «Paso en esta Armada Antonio de Leyva, que despues fue asombro de valor, y destreza militar, y por sus grandes merecimientos Principe de Asculi.»

Varen (2) traza en pocas líneas las virtudes de este afortunado Capitán: «.....Valiendose del medio de una litera, y de apretadas ligaduras, para sentir menos los agudos dolores de los nervios, habia peleado en campaña, expugnado Ciudades, y quebrantado los brios de diferentes enemigos, que le acometieron. No dudando alguno, que si gozara de prospera salud, sobrepujaria en gloria y alabanzas, á los Capitanes de su edad y de las pasadas.»

Ensalza Sandoval las cualidades de este caudillo, haciendo ver que de no hallarse enfermo de la gota, habría sido uno de los mejores Capitanes del mundo; pues aun cuando estaba con agudísimos dolores, ganó muchas batallas; lo cual no contradecían sus enemigos (3).

Brantome no puede menos de reconocer las extrañas virtudes de que estaba adornado tan experto General, afirmando que estando gotoso é inmóvil, se hacía llevar en una silla, en la que peleaba como si fuera á caballo, venciendo de este modo batallas y tomando importantes plazas (4).

Preséntale Larouse (5) como el más hábil de los Generales de Carlos V, no ensalzándole menos que su compatriota Brantome.

Vera y Figueroa (6) expone la situación de Antonio de Leyva en Milán de este modo: «Con poco numero de gente, cercado del exercito de la liga, supliendo el valor de aquel Español el defecto de las fuer-

(1) *Comentarios del Sr. Alarcón*, páginas 102 y 103.

(2) *Continuación de la Historia de los Emperadores austríacos*, pág. 620, col. 1.^a

(3) *Historia del Emperador Carlos V*, tomo II.

(4) *Vies des hommes illustres*.

(5) *Dictionnaire universelle du XIX siècle*, tomo X.

(6) *Epilome de la vida y hechos de Carlos V*.

zas, no solo defendiéndose detras de los muros, pero veces muchas buscando al enemigo en su alojamiento.»

He aquí cómo nos presenta Robertson (1) al distinguido General: «Oficial de calidad distinguida, de experiencia consumada, de valor tan impaciente como activo, fertil en recursos, celoso de sobresalir, acostumbrado desde largo tiempo á obedecer como á mandar, y por consiguiente capaz de sufrir todo, y todo intentarlo, por salir bien.»

Léese en *Los retratos de varones ilustres españoles, con un epitome de sus vidas*: «Su actividad y su talento en el trance de una batalla, no conocieron competidor, ni jamás tuvieron otro objeto que el interés y gloria de su Rey. Su educación, puramente militar, y su vida, que paso siempre entre los horrores de la guerra, daban cierta aspereza á su trato, en la cual no dejaban de apoyarse sus émulos para tratarle de cruel y de impío. Pero ¿quién será el héroe en quien la envidia no encuentre ligeros deslices ó defectos que gradúe de faltas graves, cuando aun las mismas virtudes sabe convertir en vicios?»

No prodiga menos elogios á Leyva el *Diccionario histórico ó Biografía universal*: «En vano intenta Francisco I rendir la plaza de Pavía, la guarnición estaba confiada al mando de Leiva, y Leiva estaba determinado á vencer ó morir. Ni los agudos dolores de la gota que le incomodaban en extremo, ni los rigores del hambre que la tactica de Francisco habia logrado introducir en la Ciudad, nada de esto ocasiono el mas pequeño desaliento en el animo de Leyva, tanto mas esforzado cuanto mayores eran los peligros, no habia poder humano que pudiese resistir á su inalterable constancia (2).»

He aquí la opinión de Miniana (3) acerca del héroe objeto de esta Memoria: «Hombre esclarecido en la guerra, que por su valor y admirable talento ascendió á los supremos grados de la milicia, y adquirio grandes riquezas, las cuales dejo a sus descendientes junto con el Principado de Ascoli. Aventajose en la fidelidad al Cesar, y le fue muy util en las empresas mas arduas y peligrosas, habiendo con-

(1) *Historia de Carlos V.*

(2) Tomo VIII, pág. 538.

(3) *Continuación de la Historia de España, por Mariana.*

tribuido mucho á la fortuna de este Principe con su intrepidez y audacia.»

Según Cantú (1), cuando Antonio de Leyva entró en Pavía para defenderla contra Francisco I, había asistido á treinta y tres batallas y cuarenta sitios.

Pérez de Castro comenta así el valor del caudillo imperial, refiriéndose al sitio y batalla de Pavía: «Antonio de Leiva, uno de los Generales españoles más distinguidos, cuyo nombre inmortalizo en este memorable sitio..... con su ejemplo, su incontrastable firmeza, su tacto y su generosidad mantenía la disciplina en sus soldados» (2).

Más pródigo aún en alabanzas el Conde de Clonard (3), define á Antonio de Leyva con las siguientes palabras: «Era uno de esos hombres extraordinarios que juzgan que nada resiste al doble esfuerzo del ingenio y de la perseverancia humana, y como todos los seres superiores, tenía el privilegio de transmitir el ardor de su alma y la firmeza de sus convicciones á los que dependían de él inmediatamente. Rígido como todo el que debe sus progresos al cumplimiento de sus obligaciones, se irritaba contra la menor infracción de la disciplina; pero cuando la necesidad le obligaba á mostrarse indulgente, tenía bastante habilidad para presentar como una gracia otorgada á la impaciencia lo que era en rigor una concesión indispensable hecha al crimen victorioso. Sus soldados, testigos de su valor, le idolatraban, y Leiva, aunque careciera, bien por ingratitude de la naturaleza, bien por falta de instrucción, del don de la elocuencia, mandaba más con el ejemplo que con la palabra.»

Vilar y Pascual (4), siguiendo á López de Haro, se expresa de esta manera: «..... porque cercándolo en Pavía el potentísimo Francisco, Rey de Francia, en cuatro meses que duró el porfiado cerco, le mantuvo el invicto y valeroso Capitán....., habiendo sobresalido

(1) *Historia universal*.

(2) *Atlas de batallas*, tomo III, pág. 38.

(3) *Historia de las armas de infantería y caballería*, tomo III, pág. 104.

(4) *Diccionario histórico, genealógico y heráldico*.

en todas las revueltas de aquellos tiempos por su valor y gran celo hacia su soberano.»

Dice Lafuente (1), relatando la derrota de Saint-Paul: «El heroico y hábil defensor de Pavía, que atacado, doliente y casi postrado de la gota, se hacía conducir en una litera á los combates, supo triunfar con unos pocos imperiales de los esfuerzos aunados del Duque de Urbino, de Sforza y de Saint-Pol á fuerza de actividad y de inteligencia. El gotoso General hizo prisionero al robusto y ágil Saint-Pol con lo mas florido de sus oficiales.»

D. Martiniano Moreno (2), tratando del sitio de Pavía, escribe de este modo: «Había sido nombrado Gobernador de Pavía el español Antonio de Leyva, hombre de nacimiento humilde, que había empezado á distinguirse en la guerra de Granada y asentado tan sólidamente su reputación en las de Nápoles y Lombardía, que había llegado á General en un tiempo en que los títulos nobiliarios eran una condición casi indispensable para hacer fortuna, y merecido que el soberano le diera el título de señor... Prudente, reservado, infatigable, creía como Metelo, que el secreto era el mejor resorte para la realización de los designios difíciles. Dotado de un genio vasto y profundo, descubría recursos en el fondo de las situaciones más desesperadas; asistido de un carácter estoico, permanecía igualmente impasible en medio de los horrores de los combates, de las sediciones de las tropas y de los sufrimientos producidos por la miseria.

Díaz (3) dice que el nombre de Leyva es célebre por más de un concepto, y nos trae seguidamente á la memoria el de Pavía, cuya población, no sólo defendió durante cinco meses en medio de las mayores calamidades, sino que poco después la tomó por asalto estando en poder de los franceses, que no supieron sostenerse tras sus débiles muros.

(1) *Historia de España*, Madrid, 1869, tomo VI, pág. 242.

(2) *Consideraciones sobre el estado del arte militar á principios del siglo XVI y sobre la batalla de Pavia*. No era Leyva de familia humilde, según queda desvirtuado con lo dicho en el primer capítulo.

(3) *Sitio y batalla de Pavia*.

ILUSTRACIONES

1.^a He aquí el discurso que Antonio de Leyva dirigió á los habitantes y guarnición de Pavía durante el sitio de esta ciudad, para animarles á la defensa (1):

«Hermanos míos: en ninguna manera os habeis de espantar, ni perder la esperanza, antes bien debeis poner toda vuestra confianza en aquel cuyo poder es harto mayor, que el del Rey de Francia, y que otro cualquiera principe de la tierra, y cuando solamente quisiese mirar á las cosas humanas, no tendriais ocasion alguna, por la cual hubieseis de tener tanto miedo, porque la gente francesa la misma osadia y fuerza tiene ahora que ha tenido hasta aqui, y debeis estar ciertos, que no tendran mas valor de hoy adelante, que han tenido hasta el presente. Considerad, que si ha venido á dar el asalto á la ciudad, pensando hallar en su defensa algunas mujeres temerosas, y no hombres valerosos, y criados en las armas (como son sus soldados) no han descendido en Italia para vengarse de alguna injuria recibida, sino porque tomando ocasion conveniente de sus fuerzas maravillosas, juzgan, que les ha ayudado á buen tiempo gran numero de gente. (si esto se puede llamar fuerza, el haber mucha gente en un ejercito)

(1) Vallés, *Vida de Pescara con los hechos memorables de Colona, Moncada, Borbón, Lanoy, Orange, Leyva y Guasto.*

y así animados por nuestra flaqueza, y poco número han venido á destruir nuestra ciudad, es cosa esta, que os debe causar espanto, porque si vosotros creyereis que el verdadero valor y fuerza esta en la multitud de la gente, estariáis envueltos en gran error. La consideración y providencia de los acaecimientos, la orden prudente y sabia, y los avisos subitos de los sabios capitanes en los casos repentinos son los que dan la victoria. Estas virtudes y artes, no número de gente ó grandes tesoros, de los cuales tenían mayor abundancia otras naciones, sojuzgaron al imperio Romano innumerables provincias, la Toscana, el mar Caspio y el Atlantico. El glorioso hijo del rey Filipo, y gran Julio Cesar, uno y otro conquistadores del universo, gravísimamente vituperaban, los capitanes que llevaban soberbias capitánias consigo á la batalla, solamente estos, (leyendo yo, las historias antiguas) he hallado muchos capitanes, cuya fama vive aun en nuestros tiempos, que siempre en hechos maravillosos, y hazañosos pelearon con muy pocas hileras, señaladamente en semejantes rotas subitas y no pensadas. El capitán Milciades no dudó de acometer en los campos rasos de Maraton con 10.000 ciudadanos y mil aliados, y Artajerjes 200.000 Persas en donde gano en una sola batalla para sí gloria, á su patria salud, á toda la Grecia libertad y sosiego. Marcelo no trajo á Nolas más de 6.000 caballeros Romanos, cuando fue rompido y vencido el victorioso ejercito de Annibal, que era diez veces mayor, á lo menos en número, y la ciudad fue librada del peligroso cerco, el cual la tenía por todas partes ceñida, y apretada, cuanto mas que vosotros no habeis de pelear contra las infinitas hileras de Dario, ni contra las victoriosas de los soberbios Africanos, sino con aquellos que han acostumbrado las mas veces peleando en esta Italia, dejar los huesos: esto pues os ha de dar gran animo y ha de hacer alegrar vuestros corazones y mas os debeis alegrar, que si es verdad (como lo es ciertamente) que las cosas malas desagradan mucho á la soberana bondad de Dios y que siempre pero mas claramente en la guerra es favorable á la parte que tiene razon. Vosotros vereis viniendo en batalla con ellos, que les haremos tanta ventaja en la pelea, cuanto ellos nos hacen en el número, y no penseis, que toda esta gente, que veis en torno de nosotros sea escogida y valerosa: antes digo, que si

jamás hubo ejército cogido de varias naciones, este es uno de ellos, y aun de más varia gente si no me engaño. Por estas razones os certifico, que alcanzaremos la victoria de esta gente Francesa. Y para que tengais más entera causa de alegraros, veis aquí estas cartas que he recibido hoy de Don Carlos Lanoy, y del marques de Pescara que nos avisan de la buena nueva como el Duque de Borbon, esta ya en la campaña de Verona con gente muy lucida, que trae de Alemania de pie, y de á caballo, y muchas piezas de artillería de campaña, y en juntandose todos en Lodi vendran luego á librarnos del cerco.»

2.^a Colocamos aquí la enumeración de las causas que tenía el ejército imperial para la invasión de Francia en 1536, porque la mayoría de los autores censuran acremente la conducta de Antonio de Leyva al aconsejar al Emperador efectuar la dicha invasión. El documento en que esto aparece existe en el Archivo de Simancas, legajo número 34, y ha sido trasladado por el Sr. Lafuente á su *Historia de España*.

Por estar redactado este secreto, según se nota, por persona de la confianza del Emperador, y al mismo tiempo perita en cosas de guerra, dice el Sr. Lafuente que tal vez fuera su autor Antonio de Leyva; y considerando, además, que Leyva era el único que, reuniendo estas condiciones, instara á Carlos V á penetrar en territorio francés, casi nos aventuramos á creer que es obra de nuestro héroe. El documento dice así:

«*En Saviñan, á 13 de Julio (1536).*»

«*Las dificultades que ocurre que ay en la passada de S. M. en Francia.*»

«El primer inconveniente es la falta del dinero, porque aunque se busque y halle para cumplir lo que sera menester para este mes de Julio, pasado el mes, si no se halla algund expediente para anticipar los dineros que se esperan, á lo menos para media paga del mes de

Agosto, para poder entrar en Francia, seria cosa de mucho peligro y inconveniente; y si para entonces no llegan los dineros de España, lo que se cree que no llegará, parece que buscarlos aca, segund está la tierra y el tiempo, será muy dificultoso, aunque se harán todas las diligencias que sean posibles, asi en Genova y Milan, como enviando á Napoles y Roma.»

«Lo 2.º es lo de las vituallas; porque aunque se ha proveido lo que es menester para ir hasta Niça, seria menester saber lo que hay adelante, y para esto parece que se debe enviar persona expresa con gran diligencia, que vaya y vuelva para tomar á S. M. antes que parta de aqui ó en la primera jornada, con la certinidad de lo que en esto hay, y que la informacion sea asi de lo que hay en Niça, como de lo que de Genova se ha enviado alli, y de lo que el Rey de Francia ha proveido en quemar y gastar las vituallas de alli adelante, y hasta saber la certinidad de lo uno y de lo otro, parece que se debe caminar mas despacio que estaba acordado.»

«El tercio es que el tiempo está muy adelante, que no quedan sino dos meses para guerrear, y se va á parte y Reyno muy apercibido y proveido y fortificado por la parte de la mar y de la tierra.»

«El 4.º es lo que se dice que tienen concertado en siendo Su Magestad pasado los montes, juntar la gente que tienen acordada en Italia y enviar mas de Francia, y hacer un cuerpo de toda y de la que queda en Turin, y mover las cosas de Italia y apoderarse de todo lo que pudieren, para lo cual hacen fundamento que el Papa y Venecianos tienen celos de la pasada de Su Magestad en Francia, y de su grandeza, y no estaran firmes en la devocion de S. M., y se mostraran por ellos y se alteraran todas las cosas de Italia de manera que se pongan en condicion y aventura.»

«El 5.º qué se ha de hacer del ejército pasado Agosto y Setiembre, porque se tiene por dificultoso podello deshacer estando dentro en Francia no lo pudiendo sostener adelante.»

«*Los inconvenientes que ay en dexar de passar S. M.*»

«Lo primero, que por lo que hasta agora esta hecho y la publicacion que se ha hecho desta entrada, habiendo venido S. M. para ello

de tan lejos, dejarse de hacer seria perder mucha reputacion y credito, que es lo que mas se debe mirar, y aun no podria dejar de ser deshonorra.»

«El mismo inconveniente que hay en la falta de dinero para pasar en Francia, hay dejado de pasar.»

«Lo otro, que el Rey de Francia, dejando de pasar, y hallandose, como está, armado, podria dar sobre España, para donde ya tiene encaminada mucha parte de su gente.»

«Lo otro, que Musr. de Nasao quedaria en evidente peligro de perder el ejercito, y quedarian las tierras de Flandes en mucha aventura, y seria faltar á lo que S. M. les ha prometido, que entrarian por acá, y retiradose el armada, dejarian de pagar el servicio que han otorgado, y se amotinarian los vasallos y podria recibir mucho daño Gueldres.»

«Lo otro, que el Duque de Saboya quedaria perdido, y de su estado á lo menos lo que tiene de los montes de allá, y así mismo lo de Salucio.»

«Lo otro, que el Rey de Francia, no pasando S. M. quedaria tan soberbio, que no vernia á paz sino con gran ventaja suya, y tractaria de tractar al Turco el año que viene y no se haria el concilio.»

«Lo otro, que no se halla lugar para la persona de S. M. ni adonde debria ir.»

«Que con esta perdida de reputacion, se cree que el Papa y los otros Potentados de Italia no vernan en mas liga con S. M. que la que tienen hecha, antes se cree que con este favor el Rey de Francia terná mas parte de la que tenia.»

«Que el Rey de Inglaterra, con quien se tiene esperança de tractar conveniblemente y aunque se declarara á ayudar contra el Rey de Francia en esta empresa, se meterá en mas estrecha amistad con el Rey de Francia, ya nunca tornará á la obediencia de la Iglesia romana y meterá en notorio inconveniente las tierras de Flandes, Lubech y Dunquerque y otras de aquellas partes.»

«Que con esta derreputacion, no solamente S. M. perderá el credito con los soldados alemanes que han tenido esperança de esta pasada en Francia, mas aun los electores, principes y estados del Im-

perio, y tomarán para esto mas atrevimiento los desviados de la fee para juntarse y colligarse estrechamente con los Reyes de Francia y Inglaterra, en perjuicio de S. M., del Rey de romanos, y de sus dignidades, y para continuar con sus errores y atraer por desesperacion lo demas de Alemania.»

«Demas de esto, el vayvoda, que es un punto de concertarse con el Rey de romanos, y que segund se escribe de allá no spera otro sino ver que S. M. entre en Francia, dexará de concertarse y ocupará todo el Reyno de Uñgría irremediabilmente.»

«Y no solamente esta derreputacion dañará á S. M. y á la Cristiandad, mas aun el Turco tomará osadia, aunque el Rey de Francia no le ayudase y sollecitase, de emprender contra S. M. y la Cristiandad.»

«Por los cuales inconvenientes entre otros, puede parescer que menos mal es pasar en Francia, aunque no se hiciese otro efecto, y que alli se harán otras excusaciones mas convenientes que dejando de pasar.»

Después de esto dice:

«Trasladadme esto esta noche de letra que parezca á la mia, haciendola algo pequeña, y nadie la vea.»

3.^a El Sr. Cánovas del Castillo escribe, como nota á la *Dominación de los españoles en Italia*, que Antonio de Leyva estaba enterrado en San-Dionís de Milán, Iglesia que fué derribada hace años; leyéndose sobre el sepulcro esta inscripción grabada en letras de oro:

ANTONIO LEIVAE HISPANO HEROI ASCULI PRINCIPII OMNIUM SUE AETATIS DUCUM BELLII VEL CONSILIO CAPIENDO SOLERTISS. VEL IN EXEQUENDO EFFICACISS. QUI A CAROLO EJUS NOMINIS V EXERCITUI APUD INSUBRES PRAEFEC. ITALIAE PRINCIPIBUS AC GALLOR. REGE IN CAESAREM CONSPIRANTIBUS VEL IN MAXIMA RERUM ANGUSTIA INGENII ACUMINE HOSTIUM

SIBI INCUMBENTIUM SAEPE CONATUS INFREGIT OPPIDA EXPUGNAVIT AC
MULTIS VICTORIIS PARTIS DUCIBUSO. ETIAM CAPTIS MEDIOLAN. PROVINCIAM
AB EORUM FAUCIBUS EREPTAM IMPERIO RESTITUIT ET SERVAVIT MAGNISQ.
MOX ALIIS REBUS PRO CAESARE GESTIS DEMUM INTOLLERANDIS MISERABI-
LIS MORBI DOLORIBUS OMNIBUS ARTURUS CONTRACTIS PERPETUO OCCUPATIS
SUMMA CUM LAUDE APUD AQUAS SEXTIAS IN FATA CONCESSIT. OSSA EX
TESTAMENTO HUC TRANSLATA SUNT OBIIT XVII. KAL. OCT. MDXXXVI.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

